

MANIFESTACIONES
DE VIOLENCIA
EN LA ESCUELA PRIMARIA:

E L E M E N T O S D E
P E R F I L A C I Ó N D E
A G R E S O R E S Y
V Í C T I M A S



CÉSAR
AUGUSTO
SIERRA
VARÓN

Sierra Varón, César Augusto
Manifestaciones de violencia en la escuela primaria: elementos de perfilación, agresores y víctimas / César Augusto Sierra Varón; editor Eduardo Norman Acevedo. -- Bogotá: Editorial Politécnico Grancolombiano, 2011.
255 p.; 24 cm.

Incluye bibliografía e índice.

ISBN 978-958-8085-99-9

Libro Digital 978-958-8721-00-2

1. AGRESIVIDAD--EDUCACIÓN PRIMARIA-- COLOMBIA. 2. VIOLENCIA EN LA EDUCACIÓN-- INVESTIGACIONES--COLOMBIA. 3. DELINCUENCIA INFANTIL--EDUCACIÓN PRIMARIA-- ESTUDIO DE CASOS--BOGOTÁ (COLOMBIA). I. Tít. II. Sierra Varón, César Augusto. III. Norman Acevedo, Eduardo, ed.

371.782 cd. 21 ed.

Biblioteca María Cristina Niño de Michelsen
Politécnico Grancolombiano, Institución Universitaria

© Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

Miembro de American University System

ISBN 978-958-8085-99-9

Libro Digital 978-958-8721-00-2

Editorial Politécnico Grancolombiano

Calle 57 No. 3 – 00 Este. Bloque A Primer piso

PBX: 3 46 88 00 ext. 811

www.poligran.edu.co/editorial

Octubre de 2011

Bogotá, Colombia

Politécnico Grancolombiano Institución Universitaria

Facultad de Ciencias Sociales

Billy Escobar Pérez

Decano

Eduardo Norman Acevedo

Director editorial

David Ricciulli

Coordinador editorial

Blanca Marlene Huertas Acero

Revisión de textos

Santiago Arciniegas Gómez

Diseño y armada electrónica

Cargraphics S.A.

Impresión y encuadernación

Impreso y hecho en Colombia

Printed in Colombia

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia, ASEUC.

Las opiniones expresadas son de exclusiva responsabilidad del autor.

Í N D I C E

<i>Nota del autor</i>	7
<i>Prefacio</i>	9
<i>Prólogo</i>	19
<i>I. Introducción</i>	13
<i>II. Problema</i>	27
<i>III. Algunas bases teóricas sobre “agresividad”</i>	49
<i>IV. Algunas bases teóricas sobre “violencia”</i>	65
<i>V. Violencia escolar</i>	87
<i>VI. Algunas investigaciones sobre perfiles de víctimas y agresores</i>	133
<i>VII. Perfiles de víctimas y agresores: contexto bogotano</i>	149
<i>VIII. Como discusión</i>	189
<i>Referencias</i>	215

A maestros, psicólogos, padres de familia, y alumnos: personajes quienes diariamente construyen la práctica pedagógica de nuestros niños y jóvenes colombianos, y en especial, a los niños y niñas, centros angulares del fenómeno de la violencia escolar, con miras a que muy pronto salgan de ese protagonismo.

NOTA DEL AUTOR

El objetivo principal del presente estudio es describir rasgos y aspectos psicológicos característicos de niños (as) víctimas más frecuentes del fenómeno de la violencia escolar, así como también los igualmente característicos de niños (as) que ejercen agresiones hacia otros compañeros, con un grupo de alumnos pertenecientes al estrato 2 de un Centro Educativo Distrital ubicado al suroccidente de Bogotá, cuyas edades oscilan entre 5 y 9 años. Las fuentes bibliográficas y conceptuales que irradian la investigación provienen de estudios realizados sobre el tema en cuestión, complementadas con profundización en autores que han llevado a cabo análisis sobre la violencia escolar, involucrando elementos de perfilación. Así, con relación a las técnicas de observación directa y entrevistas semiestructuradas, el motivo por el cual son elegidas como instrumentos para guiar la investigación respecto al fenómeno de la violencia escolar y los procesos de victimización, es llevar a cabo una descripción detallada sobre tales fenómenos para generar conocimiento desde el contexto mismo de la dinámica que presenta el fenómeno de la violencia en una escuela primaria. Así mismo, este se logra generar desde una perspectiva que tenga en cuenta los perfiles de los protagonistas de la violencia escolar (víctimas, agresores), antes que generar un conocimiento que reproduzca temas de discusión pertinentes sobre el tema. Los resultados analizados en categorías y su posterior descripción e interpretación, permiten considerar las prácticas que se juegan en la influencia de diferentes contextos para que los niños mantengan dinámicas de violencia en su escuela. Por otro lado, tales categorizaciones facilitan extraer características generales de los protagonistas de la violencia escolar, generando sus respectivos perfiles.

PREFACIO

Manifestaciones de violencia en la Escuela Primaria. Elementos de perfilación de agresores y víctimas, no es otra cosa que una aproximación e inicio al análisis de una realidad que se encuentra presente en muchas de las instituciones educativas del mundo, es decir, la violencia entre escolares. Posiblemente, también se convierta en la continuación de algunos temas esenciales trabajados alrededor de esta temática tan importante en los contextos educativos.

Este libro no se hubiera podido concluir, es necesario mencionarlo, sin la confianza y el aliento de muchas personas involucradas en los espacios académicos centrados en las ciencias de la Educación y la Psicología. De gran ayuda fueron las constantes reuniones para discutir el tema con estudiantes del Programa de Psicología del Politécnico Grancolombiano, las cuales llevaban a excelentes discusiones de la temática a tratar, y sobre todo, la gran colaboración y apoyo que obtuvimos de la Institución Educativa Distrital donde se llevó a cabo el presente estudio, ya que siempre hemos tenido las puertas abiertas para esta constante búsqueda y construcción del conocimiento a partir de los trabajos de investigación.

La Educación, la Academia y la Investigación, como puntos constantes de referencia respecto al interés por involucrarnos en una problemática presente, real, actual y frecuente en el ejercicio

de la educación, nos han posibilitado explorar con eje central definido, más allá de las fronteras del saber cotidiano.

Nosotros, los psicólogos y profesionales del campo educativo, no somos más que aprendices y principiantes en permanente capacidad de asombro ante el descubrimiento de las problemáticas que se pueden presentar en los vínculos y relaciones dadas entre pares escolares, entre niños y niñas de educación Pre-escolar y Básica Primaria, que trascienden lo estrictamente académico, involucrando de una forma muy estrecha los estados emocionales por los que atraviesan estos (as) niños (as) constituyendo una formación de su estructura psicológica en la escuela.

Son ellos, los niños y las niñas protagonistas de este fenómeno, a quienes podríamos estar dedicando la construcción de este libro, pues son quienes viven una realidad que muchas veces se encuentra oculta o desapercibida a nuestros sentidos y nos deja ingresar en sus vidas para darle voz a algo que ha estado en silencio por mucho tiempo.

Entre la rigidez de la estructura académica – formativa, que muchas veces se limita a la transmisión exclusiva de contenidos académicos y curriculares, dejando de lado los estados emocionales de los niños y las niñas, y la visión de estos niños y niñas como personas y no como simples estudiantes con un

código en la lista, y entre la espontaneidad de los personajes que actúan en un drama de violencia en la escuela, trabajamos con una esperanza en la construcción de un futuro mejor.

El compromiso con los que nos abrieron el camino para explorar esta realidad es grande y no pretendemos negarlo, pero se irá trabajando mediante las continuas investigaciones de estas temáticas para lograr contrarrestar las trascendencias inmanejables que puedan tomar los comportamientos agresivos de algunos niños y, en lo posible eliminar de los centros educativos el fenómeno de la violencia escolar.

Ojalá este esfuerzo contribuya para añadir posibles cuestionamientos en el personal que trabaja en los centros educativos, y lograr generar una reflexión sobre la temática de la violencia en los colegios entre pares, que permita llegar más allá de la simple descripción y aventurarnos a plantear estrategias de solución.

EL AUTOR

PRÓLOGO

Observar la violencia en los niños es un acto científico que no muchos se atreven a hacer. Puede ir en contra de la visión romántica de verlos como angelitos, mutilados de sentimientos y de odios, de amores y rencores. Desde hace más de 120 años la psicología se dio cuenta de que nuestros infantes, lejos de pertenecer a una raza de ángeles, abrigaban dentro de sí todo lo que, años después, socialmente nos empeñamos en ocultar: una serie de impulsos de naturaleza primitiva, si se quiere animal – pues al fin y al cabo somos fruto de la evolución- que matizan las interacciones y se ponen en juego en el ejercicio de la sociabilidad desde las primeras relaciones en la casa, y luego, a escalas mucho más grandes, en el colegio.

Por eso, llamo a los lectores de este libro, a que se ubiquen no simplemente dentro de la psicología, ni circunscriban sus miradas a lo puramente disciplinar, pues el fenómeno aquí analizado es el fenómeno humano por excelencia; el comportamiento, las pasiones, los afectos, las respuestas emocionales y físicas de los infantes ante las fuentes de displacer que les propone el mundo y la interacción con los otros.

Aborden este libro como un manual de observación crítica del fenómeno de la violencia escolar, que fácilmente podría

dar a luz a muchos otros manuales sobre la violencia como factor constitutivo de la naturaleza humana, desde la evolución de nuestra especie. Abórdenlo como científicos Darwinianos, observadores natos y puros de los objetivos y las consecuencias de la selección natural que hoy podría explicar gran parte de las conductas agresivas en el ser humano.

Adicionalmente, el libro propuesto por el autor es un llamado de atención a la sociedad para que se dé cuenta de que una de las fuentes de la violencia social que vivimos, inicia desde los más tempranos años, con la colaboración de las cálidas, frías, angustiadas o enfermas madres, y con el auspicio de “buenas intenciones” de padres que pagan su cuota mensual en pesos, pero no en besos.

Que se asuma este libro como una guía para los padres de familia; un intento de reflexión sobre su responsabilidad en la crianza de los hijos; un llamado a que sean contenedores, tranquilizadores y buenos intérpretes de cada una de las manifestaciones que hacen los niños.

¡Que se tenga el sistema educativo tradicional colombiano! Pues aquí les va, de mano del autor, una crítica total a la mera transmisión de conocimientos sin preparación para la vida; un llamado de atención a los colegios que como eslogan ponen maravillas como “preparando caballeros cristianos del futuro”, pero internamente se vetan y castran los intentos de expresión. Que se pregunten los psicólogos educativos de qué ha servido

poner y repintar en las caras de los niños las etiquetas psiquiátricas que guían la medicación. Que nos preguntemos todos de qué forma funciona el mantenimiento de estereotipos sociales como “hiperactivo”, hiperquinético”, “agresivo”, entre otros, lo cual ha generado más incompreensión y más falta de conocimiento sobre lo fundamental.

En general, hago un llamado a que los lectores de este libro piensen sobre su propia capacidad para abusar de los más débiles. Lean y no piensen en los niños. Piensen en ustedes mismos y en las veces en que han abusado, maltratado, denigrado y excluido personas a su alrededor. Con eso, respóndanse la pregunta acerca de lo desgarrador y de lo triste que es encontrar en el mundo de afuera la proyección tinturada de los fantasmas internos.

JUSTO ANDRÉS MESA O.

AGRADECIMIENTOS

Dedicatoria especial a:

A mi mamá, quien como autora de textos, siempre fue mi motivación para escribir.

A mi esposa, quien siempre ha estado conmigo en las buenas y en las malas.

A mis hijas, quienes están creciendo y haré lo posible para que nunca se conviertan en víctimas ni en agresoras.

Al Doctor Billy Escobar Pérez, de quien admiro la manera de liderar su equipo de trabajo y en quien he encontrado a una persona que apoya a su equipo de trabajo de manera incondicional.

A la Dra. Sandra Posada, al Dr. Rodrigo Riaño y al resto de mis compañeros de trabajo de quienes he aprendido bastante en este camino de la docencia, la investigación y la vida Universitaria.

A mi buen amigo Justo Andrés Mesa, mi prologuista, con quien comparto la perspectiva psicoanalítica para el estudio y comprensión del ser humano.

A la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano, que me dio la oportunidad de iniciar el camino de la docencia y la investigación y a quien le debo grandes satisfacciones para mi vida.

Y a las siguientes estudiantes quienes colaboraron con una gran entrega en la realización de este proyecto...

María Luisa Barreto

Diana María Beltrán

Lina Beltrán Ramos

Katherine Castañeda

Alejandra García Sachica

Yenny Paola Giraldo

Jimena Marín Naffah

Daniela Moncayo

María Fernanda Montoya

Luisa Fernanda Rodríguez

A todos y todas... Gracias,

INTRODUCCIÓN



En estos momentos recuerdo mis días como alumno de bachillerato en el colegio, a mis compañeros de aula e incluso sus comportamientos que, actualmente, en mi experiencia como psicólogo interesado por los aspectos clínicos de la personalidad humana y la práctica en el campo educativo, empiezo a observar y analizar más detenidamente. Primero, noto que algunos de mis compañeros de aula tenían algo en especial, una particularidad que muchos alcanzan a advertir y algunos otros se aprovechan de ello; tal particularidad se refiere a que ellos, gran parte del tiempo que permanecen en el colegio (en clases, en las aulas, en el patio de recreo, entre otros lugares) son víctimas de maltratos físicos como golpes, los llamados “calbazos”, “zancadillas”, “empujones” y algunos más; y de maltratos psicológicos como insultos, burlas constantes, apodos, bromas pesadas, adicional a otras expresiones agresivas.

Observando más detenidamente este tipo de personajes y su situación escolar, me doy cuenta que en el aula de clases hay un niño - o unos pocos - que es “el humillado”, “el matoneado” del salón de quien todos se aprovechan y maltratan de las formas anteriormente mencionadas. Por otro lado, observando aún más detenidamente dicha situación, advierto también que este personaje, que es “matoneado” por otros niños no sólo estaba presente en mi salón sino que también se encontraba en los otros salones. ¿Será que esta situación es más frecuente de lo que creía?, ¿será que al menos un niño por salón es matoneado sin que los

demás se den cuenta de ello ni hagan nada para ayudar a este alumno y remediar la situación?

¿Qué sigo notando? que este niño encuentra otro personaje que sería su contraparte, el “matón”, entendido este niño como aquel que, identificando rápidamente las características que hacen vulnerable al niño matoneado, se convierte en su “pesadilla”, en su “perseguidor de tiempo completo”, y gasta gran parte de su tiempo al acecho del niño matoneado. Este niño “matón” es quien maltrata constantemente – tanto física como psicológicamente - a otros niños, en especial al “matoneado”.

Este otro personaje de la pareja “matón – matoneado”, también lo recuerdo como protagonista en el salón de clases. De igual forma, no sólo estaba en mi salón, sino que también había otros niños “matones” en otros salones. Estos niños están presentes en mi memoria, porque eran aquellos a los cuales los demás les tenían miedo e intentaban evitar cualquier conflicto con ellos. Casi su popularidad se debía al amedrantamiento y hostigamiento que llevaban a cabo con otros niños. Esta situación la percibo no solamente en los grados de bachillerato, sino también en los grados de primaria.

A partir de la observación y del interés por este tema me intereso en investigar las características particulares que poseen tales niños, tanto el “matón” como el “matoneado”. Parece que algo deben tener en común los niños que son “matones” (agresores) y los

niños que son “matoneados” (víctimas). Y es que el problema no se presenta únicamente como lo percibía en la privacidad de mi salón de clases, sino que este fenómeno también se evidencia en otros salones y además, en otros colegios.

En el presente libro, se da una visión general de manera descriptiva, de lo que es el problema de la violencia escolar en una institución educativa, basada en una observación llevada a cabo en una escuela de la ciudad de Bogotá, con niños que cursan los grados de Transición a Tercero de Primaria. Para iniciar, en la primera parte, se presenta el planteamiento del problema, describiendo de esta manera una perspectiva global de lo que sería el fenómeno de la violencia en las escuelas colombianas; surgiendo así una diversidad de preguntas que propongo sean tenidas en cuenta por el personal educativo (docentes, psicólogos, padres de familia, alumnos) que puede presenciar dicha situación o le es familiar en el contexto escolar.

Posteriormente, se pasa a la información bibliográfica relevante para el tema en cuestión, iniciando por recuento teórico de lo que se puede entender por “violencia” y lo que se puede entender por “agresión”. Se continúa entonces, con la presentación del tema de la violencia escolar, basándose en los estudios que se han realizado y en la bibliografía especializada en esta materia, de esta manera se aclara y delimita la visión que se tiene del problema, para poder penetrar aún más en la situación y conocer lo que

varios teóricos de la temática han tratado en aras de esclarecer y dar posibles alternativas de solución a dicha situación conflictiva, la cual se encuentra inmersa en una realidad actual y ante la que es necesario actuar y tomar una postura crítica y reflexiva, debido a que la violencia escolar es un problema que está aquejando a la población más joven de la sociedad, es decir, tanto a los niños como a los jóvenes que inician su proceso de formación educativa.

El objetivo principal del estudio es la descripción de algunas características particulares de cada uno de los personajes protagonistas en la situación del “matoneo” en los colegios; generando los perfiles psicológicos de las víctimas (matoneados) y los victimarios (matones). Al referirse a “perfiles” es importante dejar en claro, que se trata de establecer aspectos o características comunes que tendrían tanto las víctimas como los victimarios, protagonistas de conductas violentas y agresivas en dicha institución educativa.

En esta ocasión se hará referencia al fenómeno conocido como *bullying*, denominación dada por varios teóricos especialistas en el tema, específicamente como lo plantearían Olweus (1998) y Ortega (1997), entendido como “un vínculo social entre compañeros en el que un chico (a) o un grupo de chicos (as), abusa con cierta regularidad de su poder físico, social o psicológico sobre otro (os) u otra (as), al que someten o maltratan.....”(p. 25).

Considero necesario aclarar que no solamente los docentes que laboran en estos centros educativos, son los únicos responsables de que este tipo de fenómenos de violencia se genere en nuestras escuelas. En este punto, también es competente a la psicología como ciencia que se dedica al estudio del comportamiento humano, con la cual se pretende llevar a unos estudios profundos del tema en cuestión, para así facilitar a los docentes los conocimientos necesarios y también, el desarrollo de las habilidades para el manejo y la prevención de la violencia y la intimidación en los centros educativos (Campart y Lindström, 1997).

Así mismo, los padres de familia, también juegan un papel muy importante en la formación integral de sus hijos, que forman parte de un contexto escolar, y que se encuentran en proceso de formación para ser ciudadanos íntegros y responsables en un futuro.

De esta manera, el personal que hace parte del campo educativo, se dotará de herramientas básicas pero fundamentales que le permitan comprender la labor de las figuras autoritarias competentes de este campo, y a su vez contribuirán al esclarecimiento de las posibles explicaciones del fenómeno de la violencia escolar.

PROBLEMA

Vivimos en una época en donde día a día la criminalidad, las agresiones y la violencia van en aumento. Cada día nuestro país se ve desgarrado por los actores de la violencia, y el ciudadano común se ve envuelto en un laberinto sin salida. El personal profesional encargado de administrar justicia y orden en la sociedad, a pesar de todos los esfuerzos que se realizan, no logra responder de manera pronta y eficaz al fenómeno de la violencia. Es por esto, que todo el personal que labore en el campo educativo (maestros, psicólogos, padres de familia, alumnos) debe prepararse y dotarse de conocimientos relacionados con el tema de la violencia escolar, y así contribuir de manera eficiente con aspectos justos y buenas intervenciones para prevenir este tipo de situaciones.

A lo largo de los años, siempre ha existido el problema de los conflictos violentos al interior de las instituciones educativas. Sin embargo, aunque el conflicto de la violencia y la agresividad, es una realidad que se ha dado a lo largo de la historia de la humanidad, es importante tener en cuenta que, específicamente hablando, la agresividad intimidatoria entre los alumnos es un fenómeno muy antiguo, y el hecho de que varios alumnos sean blanco de las agresiones y el hostigamiento de otros niños se presenta descrito en obras literarias. Así mismo, muchos adultos lo han experimentado personalmente en sus tiempos de estudiantes (Olweus, 1998), y también los profesores quienes lo vivencian directamente en su labor diaria.

Sin embargo, debido a que en la actualidad nos enfrentamos ante una grave crisis de violencia que atraviesa el país, se cree que las únicas manifestaciones de violencia que se dan entre personas, son aquellos comportamientos que conllevan al maltrato físico del otro, sin darle importancia a otros tipos de agresión que implican maltrato hacia los demás sin necesidad de recurrir a la fuerza física; en este caso me refiero a comportamientos tales como, la humillación, la burla, el desprecio, el rechazo, entre otros.

Por otra parte, se advierte que se le pone un interés al problema cuando solamente se observa que la agresión y la violencia escolar se presentan entre alumnos (as), aunque es también considerado por muchas personas como normal al creer en la idea de que se tiene derecho a “no caerle bien a todas las personas”. Esto no justifica el comportamiento violento hacia otros que no nos caen bien o no son de nuestro agrado, ya que pueden haber otras formas de solución al comparar nuestras diferencias con los demás teniendo en cuenta valores como la tolerancia y el respeto por el otro, siendo éstos, los principios que se deben inculcar en la escuela, ya que es obligación de ésta, formar ciudadanos capaces de actuar de una manera adecuada en una sociedad tanto a nivel académico como cultural.

También se dan los casos de violencia y agresión por parte del profesor hacia el alumno, por parte del alumno hacia el profesor

o entre maestros, pero como se explicaría en la introducción, en el presente libro se tratan solamente las agresiones entre pares.

En este sentido, una investigación sobre la violencia escolar no se debe limitar a examinar las conductas violentas y agresivas entre los alumnos a nivel físico, sino incluyendo otras posibles manifestaciones de violencia en todo el contexto educativo. Indagar sobre las causas y las consecuencias que tiene la violencia a nivel escolar, es sin duda, un gran paso para el mejoramiento de una sociedad colombiana, llevándola a reflexionar y a no seguir el camino de la violencia para la resolución de conflictos.

Entender el problema de la violencia en la escuela, resulta fundamental para determinar qué clase de educación están recibiendo nuestros alumnos en los diferentes planteles educativos y la manera de formarlos para un futuro basado en la convivencia social. También es importante por el hecho de que no sólo la formación de cada persona le compete a las instituciones educativas, sino también a la familia y al contexto cercano en el cual estos jóvenes y niños se desenvuelven. Muchos de ellos viven en condiciones que generan y desencadenan comportamientos violentos, afectando esto en la formación de cada muchacho por el hecho de que el ejemplo que están recibiendo es el que ellos van a asumir como el mejor.

A medida que van conviviendo en un ambiente de violencia, agresión y maltrato hacia los demás, van creando comportamientos

fundamentados en lo que ellos observan, construyendo sujetos agresivos y violentos que no ven otro camino que el de la violencia para lograr convivir y poder relacionarse con los demás, sin tener en cuenta los intereses de las otras personas.

Diariamente en los planteles educativos se dan distintos comportamientos agresivos de diferentes formas, trayendo esto como consecuencia unas condiciones no muy óptimas para el desarrollo y la formación normal de un individuo. Hay alumnos que agreden a otro no sólo física sino psicológicamente, a partir de las burlas, el desprecio, las groserías o el rechazo, generando en estas víctimas una frustración, una baja autoestima y otra clase de conflictos a nivel de personalidad, por el hecho de sentirse solos y aislados de algunos quienes los hacen sentir indignos de estar donde están.

Las consecuencias que pueden tener las agresiones en las víctimas de estas, podrían tomar medidas extremas, conllevando en muchas ocasiones a la deserción escolar, a trastornos depresivos graves, o en el peor de los casos, al suicidio. Tal y como lo comenta Olweus (1998), citando un comentario de un periódico el cual decía que en 1982, tres chicos del norte de Noruega, que tenían edades entre los diez y los catorce años, se habían suicidado como consecuencia del grave acoso al que les sometían sus compañeros (Olweus, 1998).

Al hablar ahora de los maestros, son estos quienes cotidianamente deben resolver una diversidad de problemas, que en su mayoría se deben al ámbito académico, sin importarles e involucrar en sus intereses los sueños, las expectativas, los anhelos, los deseos y los problemas personales de cada uno de sus alumnos. Solamente se limitan a realizar una buena labor, basándose en si el alumno en realidad aprendió o no los diferentes contenidos que aborda su materia. Si en efecto el alumno pasó todos los exámenes y él logra ser promovido para el año siguiente, el maestro se siente satisfecho y feliz con lo que ha hecho. ¿Pero será que a este tipo de maestros se les ha pasado por la cabeza si sus alumnos lograron formarse como personas, o más bien, como simples máquinas que reproducen contenidos curriculares?

Pareciera que la única importancia que le dan las directivas de los colegios a la violencia escolar, es cuando encuentran a dos alumnos peleando y dándose golpes mientras ellos caminan por ahí. ¿Qué se hace en estos casos? Se asume que la solución más fácil es llevar a estos alumnos a rectoría o coordinación disciplinaria, citar a sus respectivos padres, imponerles una sanción a los alumnos implicados y regañarlos o humillarlos “para ver si aprenden”. Pero ¿aprenden a qué? ¿a no ser violentos? Se considera que de esta forma no se logrará llegar al núcleo del problema, ya que estos maestros no indagan más allá de lo que han visto, y eso les es suficiente para catalogar a los alumnos como rebeldes e indisciplinados.

Pero los maestros no se dan cuenta que los alumnos solamente van creando un resentimiento cada vez más grande ante este tipo de corregimientos. No es raro ver que si un profesor grita a un alumno, éste gritará más fuerte si le es posible. Otro aspecto importante a tener en cuenta es que con estas sanciones no se logra finalizar con los comportamientos violentos o las peleas. Puede que dentro de la institución sí se finalice con tales comportamientos reprobables, pero los alumnos encontrarán otros escenarios fuera del plantel educativo para llevar a cabo sus peleas o sus humillaciones hacia otros.

Sin embargo, la violencia escolar ha sido un tema que para muchos maestros y psicólogos atrae su interés y se han dedicado a estudiar la problemática en aras de lograr establecer las posibles causas y consecuencias y plantear alternativas de solución al conflicto. Pero desafortunadamente, este es un problema que no se ha erradicado en su totalidad y aún persiste la violencia en la escuela.

A partir de esta perspectiva parece importante indagar sobre el tema de la violencia escolar por el hecho de que en el ámbito educativo, es decir, en los planteles educativos, es donde se lleva a cabo la formación a todo nivel de todos los individuos, pero si se observan ambientes que propicien la violencia, entonces ¿qué es lo que en verdad se está haciendo?

De esta manera, y dentro de tal perspectiva interpretativa alrededor de la violencia escolar, se podrían plantear los siguientes interrogantes:

1. ¿Cuáles son las distintas formas de violencia y agresión que se dan en el plantel educativo?

2. ¿Cuáles son los posibles factores que desencadenan violencia en los sujetos (alumnos) que conviven en el plantel educativo?

3. ¿Existen diferencias en las posibles consecuencias de los comportamientos violentos dependiendo de si es a nivel físico o psicológico?

4. ¿Cuáles son las características comunes de los niños agresores?

5. ¿Cuáles son las características comunes de los niños víctimas de agresiones?

En general, el fenómeno de la violencia escolar es un problema que hasta estos momentos, no se ha trabajado de manera rigurosa, (o por lo menos en Colombia) y son pocos los estudios que se dedican a este tema. Tal es el caso de análisis realizados por el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo, Idep, en *Vida de Maestro. Violencia en la Escuela* (1999), así como también el proyecto trabajado por Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón y Bustamante, en auspicio con la Fundación FES (1994).

Otros trabajos investigativos sobre dicho tema lo proponen los proyectos “Ciudad educadora” (Villa y Moncada, 1998) y “Pléyade” (Parodi, 1999).

De esta manera, la ciencia se cuestiona el aumento de la violencia en las escuelas en particular, aunque existe un amplio consenso con relación a la idea de que no se puede hablar de un crecimiento general de la violencia en las escuelas (Funk, 1997). Este planteamiento de Funk se podría cuestionar, ya que es un fenómeno que en varias instituciones se sale de las manos de los maestros, y la única alternativa al parecer sensata que tienen estos, más los directivos, es la exclusión del plantel educativo de los alumnos partícipes en comportamientos violentos y antisociales.

La pregunta base que encausa el propósito del estudio es: ¿Qué características en común (psicológicas, académicas) y qué condiciones contextuales (escolares, familiares), tienen los alumnos que son tanto víctimas como victimarios en el fenómeno de la violencia escolar? Teniendo como base dicha pregunta, se aclara que aún faltarían muchas más investigaciones para llevar a cabo una generalización de todos los niños de las características comunes que aquí se describen; sin embargo, se realiza una descripción de aspectos claves y relevantes que los lectores podrían encontrar y coincidir con los alumnos con los cuales trabajan diariamente.

Observamos que la cuestión que se trabaja en el presente estudio por la particularidad que tiene el fenómeno de la violencia

escolar, no puede ser vista ni analizada desde una sola perspectiva, ya que en el contexto escolar se presenta una intersección de disciplinas que van en una misma dirección, la educación y formación de niños y jóvenes. Ante tal hecho, es necesario aclarar que en el contexto educativo se deben articular las distintas disciplinas para lograr un mismo fin.

Se presenta, por tanto, una triple pertinencia con la cual se puede abordar el problema de la violencia escolar: una *pertinencia disciplinaria*, una *interdisciplinaria* y una *social*.

Teniendo en cuenta una visión muy general de lo que se ha expuesto hasta este momento con relación al problema de la violencia escolar, serían justificables las diferentes investigaciones que se tendrían respecto a este tema y con una gran pertinencia en los niveles *social*, *disciplinar* e *interdisciplinar*. De esta manera, frente a la *pertinencia social*, la violencia en las escuelas es un fenómeno que afecta a muchos de los actores de los planteles educativos, ya sean maestros, padres de familia o alumnos, y es necesaria una pronta intervención, ya que el proceso de la educación en Colombia debe lograr una buena formación integral de estos niños y jóvenes, que más adelante ingresarán a una sociedad que actualmente se está viendo muy afectada por las situaciones de violencia. Aunque se observa cómo actualmente, la violencia se está intensificando a nivel mundial y no solamente a nivel local.

Si se lograra una mejor orientación en la resolución de conflictos, sin necesidad de llegar a mecanismos que impliquen violencia o agresiones, la realidad de Colombia podría cambiar de una manera satisfactoria, y teniendo en cuenta este planteamiento, es muy cierto que el futuro de Colombia estaría a cargo de los niños y jóvenes que en estos momentos se encuentran en su proceso de formación escolar a niveles de Pre-escolar, Educación Básica Primaria y Secundaria. Así mismo, es necesario tener en cuenta que dicha formación estaría a cargo de personal capacitado para la pedagogía, dándole espacio a una formación integral de los alumnos, es decir, que también se formen como personas con valores, y no sólo que sean unos seres receptores de conocimientos científicos de las diferentes disciplinas, para que posteriormente los reproduzcan en sus exámenes de Estado (Icfes, Ecaes).

Por esta razón, a partir de estudios sobre el tema de la violencia escolar, se podrían plantear acercamientos ante una realidad, con el fin de lograr y facilitar que los maestros adquieran un desarrollo de habilidades en el manejo y la prevención de la violencia y las intimidaciones entre los alumnos (Campart y Lindström, 1997). Pero esto se logra en la medida en que los propios maestros crean en lo que están haciendo y le vean una motivación a su labor, teniendo la plena creencia en un futuro, y que sus alumnos se están formando por algo y para algo.

De otro lado, con relación a la relevancia a nivel disciplinar, se ve cómo claramente, la psicología es una ciencia que se dedica a estudiar el comportamiento humano otorgando posibles causas y alternativas de modificación de conductas, por esta razón sería muy pertinente, que desde esta ciencia se lograran dar pautas o parámetros que conlleven a posibles explicaciones del fenómeno de la violencia y el maltrato entre los escolares. El fenómeno de la violencia escolar, es un problema que podría llegar a tomar eventos inmanejables que se saldrían de las manos de los maestros por lo cual determinan enviar al alumno o alumnos agresores, o al que es víctima, al psicólogo, porque ya se torna un problema grave dentro de la dinámica del curso y de la institución. Es por este hecho, que el papel de la psicología en el contexto educativo, y siendo una herramienta para examinar el problema de la violencia escolar, se debería incrementar exigiendo el uso de nuevas técnicas que auxilien el proceso de la formación de los alumnos, la educación, ya que la formación de todo ser humano, en especial la población escolar (niños y jóvenes) debe estar a cargo de personal capacitado para ello. Sin embargo, la simple actuación del profesorado especializado en las diferentes áreas de los saberes disciplinarios e interdisciplinarios, no sería suficiente. La actuación del personal de psicología, es muy importante para complementar esta formación integral de la población estudiantil y lograr capacitarla de manera tanto académica como personal, teniendo en cuenta que estos niños y jóvenes, tendrán a lo largo de sus vidas varios conflictos

por los cuales atravesarán, y será necesario darles pautas para una mejor resolución de dichos conflictos sin necesidad de recurrir a mecanismos violentos.

En el contexto educativo, es necesario un proceso de trabajo interdisciplinar, en el que actuarían en conjunto tanto profesionales de la pedagogía así como también profesionales en psicología, para compartir experiencias y saberes, que conllevarán a una complementación de la labor de formar personas que serán más adelante ciudadanos con buenos principios y valores que formarán parte de nuestra sociedad colombiana.

Con relación a lo anteriormente mencionado, el presente libro contribuye con la ciencia con base en su pertinencia y relevancia a nivel interdisciplinar, ya que como se ha mencionado, la psicología tiene la posibilidad de aportar alternativas y metodologías para contrarrestar problemas que se puedan presentar en los centros educativos. Pero para esto es necesario ingresar a estudiar una realidad social más detenidamente.

Aunque los maestros son personas formadas en los saberes específicos que hacen parte de las diferentes ciencias (matemáticas, lenguaje, ciencias, entre otras disciplinas), y tienen una pequeña porción de conocimientos con relación a la psicología, lo que rige su formación profesional, es el saber científico relacionado con su área de conocimiento. Por esta razón, el personal de psicología que labora en los centros educativos, observa una gran

contribución a los fenómenos que se puedan presentar en los colegios, ya que posee un conocimiento más amplio de lo que lo pueden experimentar los propios maestros con relación al comportamiento humano.

La psicología tiene una visión más explicativa de las posibles causas de dichos problemas y su incidencia en la buena convivencia en las aulas de clase. En cuanto al aspecto educativo, así como es muy importante que los alumnos adquieran conocimientos con relación a la formación académica, también es necesario que se formen como personas, y que aprendan unas mejores alternativas de resolución de conflictos, que a su vez les servirá como formación para enfrentar situaciones similares en un futuro.

El aporte a nivel interdisciplinar del presente estudio, tendría que ver con el hecho de aportar conocimiento para el campo de la educación a niveles tanto teóricos como prácticos, con relación al fenómeno de la violencia escolar, específicamente tratando de establecer posibles rasgos y características comunes de alumnos agresores y de alumnos víctimas. Con este trabajo se aporta una descripción más detallada del problema de la violencia en las escuelas, para que de esta manera se establezcan alternativas de solución con miras a un mejor manejo en la resolución de conflictos en los centros educativos, ya que como dice Carrasco, citado por Jácome (2003) en conferencia dictada en el curso de

Psicoanálisis y educación, “Una Mirada a la Relación Educador-Alumno”, la educación tendría que ver mucho más que con enseñar al que no sabe, con disponer al hombre para que pueda encontrarle sentido a la vida y así también, encontrarse con sentido en la vida. Esto sería disponerlo para que pueda leer ese sentido o inventarlo dentro de la dinámica de su historia.

La *pertinencia social* es parte fundamental de esta investigación, ya que la pregunta por las características comunes que presentan las víctimas y los victimarios en el fenómeno de la violencia escolar, constituye un punto clave para la contribución de la formación adecuada de niños con valores que entrarán a pertenecer a una cultura adulta colombiana con buenos principios y valores formativos, dando paso a la construcción de una sociedad mucho más tolerante y con menos manifestaciones de violencia. Esta *pertinencia*, la *social*, es quizás la más valiosa, puesto que está además, directamente relacionada con cuatro aspectos que considero importantes:

(a) Tendríamos que ubicarnos en una sociedad que se dirija a practicar las formas de tolerancia, al igual que hacia la aceptación de la diferencia en los diversos grupos sociales. En particular, me refiero al hecho de considerar posibles alternativas de solución con estos niños que sufren directamente el fenómeno de la violencia escolar ya sea de forma pasiva o activa, teniendo muy en cuenta las diferencias a nivel individual, y no estigmatizar a todo niño

indisciplinado y violento, como el niño problema con el cual ya no habría nada más que hacer, sino llegar a la exclusión del sistema escolar.

(b) Nos encontramos en un país en donde se presenta la discriminación entre clases sociales, así como también el hecho de que con el pasar de los años habrá una brecha mucho mayor entre pobres y ricos. Se menciona por el hecho de que existe una gran diferencia entre el sector público y privado con relación a la educación y respecto a los fondos económicos destinados para cada uno. En el sector público, el sustento económico para la educación se encuentra en manos del sistema de gobierno, sin embargo, se observa por diverso tipo de experiencias que tal objetivo económico no se cumple como se debería. Con esto no se pretende plantear que el fenómeno de la violencia escolar se presente únicamente en los sectores de clase social baja, ya que se ha demostrado que en el sector escolar de clase alta también se presenta dicho fenómeno. Sin embargo, se tiene el prejuicio de que el sector de clase social baja es más violento que el de la clase social alta.

(c) Se puede observar cómo, en las instituciones escolares, se logran escuchar comentarios por parte de los docentes que tienen que ver con el hecho de encontrarse en sus aulas de clase con alumnos que son muy agresivos e indisciplinados y maltratan violentamente (física o psicológicamente) a sus compañeros de

clase considerados como más débiles que éstos. Sin embargo, a pesar de dichos comentarios, los maestros mismos aún no saben qué es lo más adecuado hacer con estos alumnos, optando en casos extremos por la expulsión del alumno agresivo e intolerable.

Por tanto, el presente libro sería una posible propuesta hacia una formación instructiva sobre aspectos a tener en cuenta con los alumnos agresores y víctimas por el fenómeno de la violencia escolar, para que de esta manera se logre un mayor acercamiento a la comprensión de dicho fenómeno, y a su vez se tomen posibles alternativas de solución. No se pretende plantear con esto que las instituciones educativas sean inadecuadas ni ineficientes, sino que se postula que en ellas existen ciertos hechos que se salen muchas veces de las manos de los docentes y directivos de las instituciones; por tal razón, se considera necesario llevar a cabo más investigaciones sobre este tema, frecuente en el sistema escolar colombiano, siendo muy poco lo que se sabe sobre formas de intervención o descripción de éste.

(d) En este punto se encuentra una relación con el anterior por el hecho de que es claro que en nuestro país no se han llevado a cabo muchas investigaciones que tengan que ver con el fenómeno de la violencia escolar. Se logra observar que es muy poco el interés que quizás se tenga sobre este tema, mostrando con esto un lento progreso hacia el avance de posibles alternativas

de solución sin importar que entre los maestros es un tema que los afectaría de alguna forma.

Hablar de la escuela en nuestro país implica revisar ciertas posiciones de los maestros frente al sentido que ésta tiene en la dinámica de nuestra vida social y particular. Es claro además, que los maestros aunque se encuentren convencidos del fuerte impacto que tiene su labor sobre el tejido social, usualmente se encuentran enfrentados a situaciones de profunda complejidad, que no saben cómo asumir (Idep, 1999).

En consecuencia, el impacto de este estudio estaría dirigido a que se sienten unas bases teóricas y experienciales para que se implementen nuevas técnicas o alternativas con miras a contrarrestar el problema de la violencia en las escuelas colombianas, no solamente por la necesidad de responder a los índices de agresividad que se presentan en los centros escolares, sino también, porque en los centros educativos colombianos se encontraría personal con gran capacidad para llevar a cabo alternativas de solución frente a este fenómeno. Pero es necesario tener unas bases teóricas y contar con una visión más profunda de los problemas que se presentan en determinadas instituciones educativas.

Es necesario mencionar que este fenómeno de la violencia escolar, no se ha trabajado con suficiente profundidad en investigaciones educativas en Colombia (a pesar de los estudios

mencionados anteriormente). Una de las posibles razones por las cuales no se ha manejado fuertemente en nuestro país, sería probablemente, la carencia de artículos científicos que investiguen al respecto y así sería poca la bibliografía que se podría ubicar con relación a dicho problema contextualizado a nuestra población, situación que a su vez justifica el presente trabajo porque respondería a la necesidad de dar descripciones detalladas de aspectos relacionados con problemas de agresiones y violencia en las escuelas colombianas, así sea de forma introductoria mediante la investigación en una escuela bogotana, y a contribuir con planteamientos descriptivos que permitan una visión más comprensiva del tema, para asumir actitudes que impliquen intervención.

Es así como los resultados que se obtienen de dicho trabajo, son de mucha importancia, por el hecho de que en las últimas décadas se ha producido un incremento muy preocupante de la violencia y de otras conductas de tipo antisocial en las sociedades más industrializadas (Olweus, 1998).

Debido a la naturaleza de este estudio descriptivo de corte etnográfico naturalista, se parte de la búsqueda de información bibliográfica sobre el problema de la agresión, la violencia y específicamente la violencia en las escuelas, además basándose en los relatos propios de los maestros que viven este tipo de situaciones. A partir de allí, surge un interés particular del

investigador por conocer esta problemática, con el fin de colaborar con la descripción del fenómeno de la violencia escolar para lograr aportes a nivel de intervención, que podrían ser implementados en posteriores investigaciones interesadas en el mismo tema.

De esta manera, se considera importante crear un entorno escolar, así como también familiar, que se caracterice por una mejor resolución de conflictos, basados en la cordialidad, el diálogo, un interés positivo y la implicación de los adultos (maestros, psicólogos, padres de familia), dejando muy en claro unos límites para las conductas inaceptables. Es decir, también es necesario tener en cuenta que la implicación del personal adulto que tiene relación con el ambiente escolar, debe reconocer igualmente como propia, la responsabilidad de controlar en cierta medida lo que pasa entre los niños y los jóvenes de las escuelas (Olweus, 1998).

Otro impacto que tiene el presente trabajo, tiene que ver con el hecho de que va dirigido a que se sienten unas bases teóricas con el fin de que en un futuro se puedan implementar técnicas de intervención en las instituciones educativas que padezcan del fenómeno de la violencia escolar, así como también los centros educativos que no tendrían mayores dificultades con este problema, que a su vez servirá como técnicas de prevención y manejo de un mejor ambiente escolar, y para prevenir que este tipo de situaciones aparezcan o reaparezcan.

Lo que se propone a partir de este estudio es intentar llevar a cabo un aporte significativo al personal a cargo de la educación colombiana teniendo en cuenta una concepción de educación-formación encaminada a una orientación para la resolución de conflictos en forma no agresiva, una psicoeducación. Como lo menciona Kogan (1994) es encaminar la educación a una formación personal que estimule la creatividad necesaria para encontrar los medios que conlleven a una traducción en realizaciones de hecho, para progresar hacia una cultura de tolerancia, de convivencia y retroceso de la existencia de un narcisismo desenfrenado.

ALGUNAS BASES
TEÓRICAS SOBRE
“AGRESIVIDAD”

La violencia, es uno de los problemas más importantes que actualmente enfrenta nuestro país, por la existencia de los conflictos armados basados en razones políticas. En la actualidad es muy común ver situaciones en las cuales se vea involucrada la violencia o la agresión, viendo en estas circunstancias muchas formas de manifestación de la violencia. Según el libro “Violencia en la escuela” (Idep, 1999) de los libros “Vida de maestro” que dirige la Alcaldía de Bogotá, la violencia se manifiesta de varias formas: desde el simple desconocimiento por el otro al ser ignorado, o cuando su nombre nunca es pronunciado, pasando por el uso de la autoridad, el someter a alguien abusando del conocimiento y de la edad, así como también, al subyugar a los más débiles a una voluntad ajena a sus deseos.

Antes de llevar a cabo una aproximación al tema específico de la violencia escolar, es necesario abordar aspectos como la agresión y la violencia, lo cual permitirá aproximar de una forma más clara las prácticas violentas que se presentan en los centros educativos y lo que se entiende por este fenómeno, nombrando algunas perspectivas que se han propuesto alrededor de asuntos como la agresividad y la violencia.

La psicología lleva interesándose por la realidad de la agresividad, desde que esta existe como ciencia. Para empezar, la

agresividad, vista desde el aspecto semántico, sería el impulso que nos hace acometer, mediante el uso de la fuerza, o la amenaza de ella, o un sustituto equivalente, el *statu quo* que existe para modificarlo (Rivarola, 1993). La palabra agresividad viene del latín *aggredior* y esto significa ir contra otro acometer.

Es importante recalcar, que desde una mirada de origen antropológico, con relación al estudio de conductas agresivas a lo largo de la historia de la humanidad, se tiene una gran carencia en términos de estudios profundos que trabajen dicho tema. Sin embargo, son pocas las excepciones que desde testimonios etnográficos revelan que entre los pueblos primitivos la agresión ha sido endémica, llegando en ocasiones a ser mortal. Estas culturas primitivas, exhibían en varias ocasiones, expresiones extrañas de crueldad y agresión humanas en ritos de sacrificio, ceremonias de iniciación, cultos caníbales, entre otras, vistas como formas de comportamiento simbólico que iba paralelo a las fantasías agresivas mitológicas que se pueden observar en todas partes del mundo (Freeman, 1977).

Por otra parte, existe un tratamiento naturalista que le ha dado a este tema la Etología, así como un enfoque desmitificador que se propone desde el Psicoanálisis, con lo cual se ha contribuido a desarrollar la creencia social de que la agresividad forma parte de la naturaleza humana, pero no habría razón alguna para considerarla como un imponderable al que haya que someterse

(Ortega y Mora-Merchán, 1997). Dicha ciencia, la Etología, es la ciencia que estudia el comportamiento animal en su medio natural, y frente a lo cual se han realizado unos estudios muy importantes para el conocimiento del hombre (Ledesma, 1980), y que pueden contribuir ofreciendo explicaciones al comportamiento agresivo en éste.

Los etólogos tienen una perspectiva de la agresión humana, enfocándola como lo harían otras ciencias como por ejemplo, la biología. De esta forma se plantearían interrogantes como ¿de qué manera influiría la agresión en las posibilidades de supervivencia de un organismo? (Lorenz, 1963). Teniendo en cuenta el aspecto de la supervivencia de las especies, la agresión tendría ventajas en términos de las presiones que trae la selección de modo que los seres más agresivos serían los más afortunados y de esta manera sobrevivirían mejor como especies (Gunn, 1976).

Pero a pesar de que la agresividad forma parte de un ímpetu de crecimiento y autorrealización, o cuando sea vista como defensiva, esta agresividad entre los hombres tiende invariablemente a ocasionar un perjuicio de orden material u otro, a sus semejantes o a un grupo en especial que llegará a ser considerado como rival. Sin embargo, no habría una explicación establecida al por qué de esta situación, ya que se podría deber a que dicho rival posee ciertas cosas que los agresores ambicionan y esto despertaría sentimientos de ira, envidia o venganza o bien,

debido a una simple irritación circunstancial, entre otras emociones (Kogan, 1994).

Existen ciertos patrones básicos de tendencias de los comportamientos que se heredan más allá del cambio acelerado por las condiciones naturales y culturales en las que debe tener lugar el desarrollo de todo individuo, las cuales pueden no corresponder ya con un esquema heredado. De esta manera, se puede aceptar que disponemos de cierta dosis de agresividad destinada a la supervivencia, tanto en los individuos como en las especies (Ortega y Mora-Merchán, 1997).

Pero los tipos de comportamientos exhibidos por diferentes especies de animales que intentan ganar ascendientes sobre sus compañeros de especie con frecuencia no llegan a la auténtica lucha, al menos en un ambiente natural. Lo que expresarían son despliegues ritualizados y movimientos con intención amenazadora que serían en apariencia efectivos a favor de la supervivencia de la especie. Es decir, los comportamientos agresivos, suelen ser adaptativos en las condiciones ecológicas de alimentación, reproducción y defensas naturales (Hall, 1977).

Por esta razón, también desde una perspectiva antropológica, se puede argüir que la naturaleza y habilidades humanas, y en general toda la civilización humana, deben la existencia a un tipo de adaptación predadora (Freeman, 1977), lo cual se basaba en conductas de tipo agresivo. Una buena parte de

las conductas agresivas en los humanos podría ser considerada como respuestas a amenazas potenciales de sus necesidades de supervivencia y desarrollo (Pinillos, 1980).

La mayoría de los etólogos elaboran conclusiones sobre la agresividad humana a partir de comportamientos observados en los animales. Sin embargo, si las agresiones intraespecie alcanzan tan frecuentemente extremos mortíferos, esto muy raramente ocurre entre los animales (Kogan, 1994). De hecho, la naturaleza exacerbada de la destructividad y la crueldad humanas puede ser vista como una característica que por el lado del comportamiento, distingue al hombre de los otros animales (Freeman, 1977).

Siguiendo por la misma línea de estos autores, pero mediante enfoques diferentes, que dan una perspectiva sobre el tema de la agresión, nos encontraríamos con Albert Bandura y Richard Walters (1963), aunque ellos ya no se encuentran dentro de una perspectiva etológica de la agresión, son quienes plantean que este tema debería ser visto desde la perspectiva del aprendizaje social, lo cual refiere que este tipo de aprendizaje representa un énfasis en la forma en que se aprenden y mantienen los patrones de comportamiento agresivo.

Estos autores investigan además, la agresión que se aprende como medio de obtener determinados fines, por ejemplo, el obligar a un niño a ceder un dulce u obtener una aprobación paternal, por medio de la imitación de su comportamiento

agresivo. Mientras los etólogos explican las actividades agresivas suaves como forma de reducir la instigación combativa que ellos consideran innata, quienes se fundamentan en las teorías del aprendizaje social, sostienen que tal actividad simplemente aumenta los hábitos agresivos y genera un decremento en las inhibiciones contra la agresión.

Desde una perspectiva conductista ortodoxa, se diría que los comportamientos o hábitos agresivos se adquirirían principalmente a través del reforzamiento positivo directo de las respuestas agresivas. Los adolescentes y niños podrían sufrir de acosamiento y humillación, por lo cual, más adelante, siendo jóvenes adultos reproducirían estos comportamientos agresivos si se les presenta la ocasión oportuna para ello, ya que se encuentran constantemente rodeados de modelos agresivos (Bandura y Walters, 1963).

Esta perspectiva que tiene que ver con la explicación de las conductas agresivas vistas como un resultado de un aprendizaje, también se puede relacionar con lo que plantea el conductismo, ya que se propone que la agresividad sería una conducta aprendida, y así mismo, mediante aprendizaje se produce o reprime la agresión, o bien puede aumentarse o disminuirse. Varios estudios sustentan estos planteamientos, al demostrar que en la mayoría de los casos se evidencia que la observación de la violencia aumenta la agresividad en las personas que la observan (Ledesma, 1980).

Otra posible perspectiva haría referencia a un nivel del medio ambiente en el que se desenvuelve una persona, ya que se plantea que una persona llegaría a ser agresiva, producto de un ambiente caracterizado por el rechazo de los padres, disciplina punitiva o discordia familiar (McCord, McCord y Howard, 1961). Teniendo en cuenta esta perspectiva ambientalista, se desarrolla una investigación en la cual se obtienen como resultados varios supuestos. En primera instancia, una de las conclusiones que se plantea es que la relación emocional entre el niño y sus padres será fundamental en dos formas: primero, afectando el nivel de frustración del niño (y sus deseos agresivos), y segundo, moldeando su conceptualización de la naturaleza de las interacciones humanas. Esto se confirmaría, por lo hallado durante esta investigación:

“los ataques directos de los padres contra el niño – sea que se manifiesten en disciplina punitiva física, amenaza frecuente o constantes comentarios desfavorables sobre el valor del niño – resultaron estar fuertemente asociados con un alto nivel de comportamiento agresivo”..... (McCord, McCord y Howard, 1961. p.67).

La perspectiva social de dicho tema, concede una gran importancia en la agresividad al aprendizaje, lo que conlleva a una actitud optimista con relación a la educación de la misma, ya que el aprendizaje socio-cultural puede conseguir tanto hábitos de

violencia, como también una inhibición habitual de la agresividad (Pastor, 1980). De acuerdo con la teoría del aprendizaje social, es posible producir un niño altamente agresivo con sólo exponerlo a modelos agresivos exitosos y gratificarlo al reproducir comportamientos agresivos (Bandura y Walters, 1963).

Muchas veces, cuando se habla de agresividad se sobreentiende la existencia de un instinto destructivo que actúa en el hombre, el cual funciona de una manera fatal y prefijada por su constitución específica, como sucedería con cualquier otro instinto como el sexo o el hambre. De igual forma, algunos sostienen que las pulsiones agresivas son acumuladas de forma progresiva en una especie de reservorio mental o biológico, con lo cual llegaría el momento en el que dichas pulsiones se disparan fatalmente y de manera irracional contra las cosas, los individuos o los grupos cumpliendo ciertos requisitos de victimización (Pinillos, 1980).

Los comportamientos agresivos pueden ser observados en cualquier ser humano que sea normal psíquicamente y aparece en la cotidianidad bajo muy diversas formas que van desde comportamientos agresivos subconscientes, que se encontrarían latentes, tales como por ejemplo conducir imprudentemente vehículos a motor, con reacciones muy descontroladas, que impresionan por su salvajismo (Prieto, 1980). Ya lo explicaba Freud (1933), en la respuesta a una carta de Einstein, cuando Hitler subió al poder:

“No hay posibilidad de liquidar enteramente los impulsos de agredir, pero sí es posible desviarlos de sus objetivos primitivos, de manera tal que no se expresen en contiendas” (Freud 1933).

La agresividad podría ser vista como una pulsión que significa intención de daño, la cual influye en el curso de los conflictos al introducir la fuerza y la búsqueda personal de triunfo, con la rendición del contrincante, o con la aniquilación de éste (Kogan, 1994).

Al principio, Freud ignoró la agresión en su principal obra *La Interpretación de los Sueños*. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial le obligó a enfrentar la destructividad en los niveles más profundos. Por dicho motivo, como se mencionaba anteriormente, surgió la teoría psicofilosófica del instinto de muerte, aunque una gran parte de los psicoanalistas, no acepten dicha teoría. Pero, ante todo tiene el mérito de enfrentar la agresión en su nivel básico, subrayando el hecho de que la agresión se dirige principalmente contra uno mismo, pero que debe volverse hacia los otros para evitar la autodestrucción (Rivarola, 1993).

Por otro lado, se han criticado las posiciones respecto a este tema desde la Etología y desde el Psicoanálisis, dados sus discursos biologicistas, la difusión de la creencia en la inevitabilidad individual de la agresión. Las críticas de ambos modelos, insinúan

que el hecho de insistir en la existencia de impulsos innatos de agresividad intraespecífica, estaría liberando a la sociedad de la responsabilidad de construir un mundo pacífico (Ortega y Mora-Merchán, 1997).

Claro está que es necesario recalcar que tanto la mayoría de los etólogos, así como buena parte de los seguidores de Freud, consideran la agresividad como una pulsión innata, o como una reserva de energías de índole filogenético que lo mismo que la sexualidad, el hambre y la sed, requiere una descarga periódica de una manera espontánea. Pero como los seres humanos no se encuentran programados rígidamente, sus manifestaciones de expresión de agresividad serán muy diversas (Kogan, 1994).

Sin embargo, las dos posturas poseen sus grandes diferencias con relación a este tema y su origen, ya que por un lado, la escuela psicoanalítica sostiene que la agresión es un impulso espontáneo innato que se va acumulando lentamente como el agua en un tanque y que debe ser liberado por un camino u otro. Por otra parte, la escuela opuesta considera que para que se den comportamientos agresivos, es necesario cierto estímulo (Gunn, 1976) que haría reaccionar al organismo.

Al parecer, la agresividad podría ser vista como una de las formas de respuesta de los individuos ante ciertos estímulos que generan conductas agresivas. Podría comentarse además, que existe una imaginación agresiva, con arraigadas disposiciones a la

competitividad y a los desafíos cargados de hostilidad, que muchas veces prevalecen en lugar de salidas negociadas o llegando a conciliaciones de intereses originariamente contrapuestos (Kogan, 1994).

Con lo anterior, se puede observar que el tema de la agresividad ha sido tratado desde diferentes puntos de vista, sin embargo, desde una perspectiva general, la agresividad es un término abordado por distintas teorías psicológicas, las cuales no han llegado a un acuerdo en una definición consensuada, sin embargo, para lograr una generalización, la agresividad estaría definida en cuanto a su fin de lesionar a otro organismo o al propio, pero sería necesario añadir a lo anterior la intención de producir un daño, destruir, contrariar o humillar.

De todas maneras, sería pertinente dejar clara la diferencia entre agresividad y agresión, ya que, la agresividad es entendida como el término para designar la tendencia o disposición inicial que daría lugar a la posterior agresión, entendiendo por esta última, el término que debería utilizarse para designar un acto en sí, un acto palpable y efectivo (Fernández, s.f.).

En términos abstractos, por agresión se puede entender, una conducta de ataque contra algo o contra alguien, motivada por diferentes razones, ya sea por alejar un presunto invasor o atacante de nuestro territorio, o por defender algo, o por simplemente

descargar una hostilidad a nivel personal, entre otras motivaciones (Pinillos, 1980).

Sin embargo, a pesar de que existen quienes sostienen perspectivas de origen social respecto a la agresividad, también están quienes piensan en la agresión como una carga a nivel biológico insuperable, y otros quienes la atribuyen al ambiente cultural. Pero es importante recalcar que ambos enfoques, tanto el biológico como el cultural no se excluyen. La agresión es vista como parte del equipo básico del hombre, pero también se encuentra condicionada, exacerbada u orientada culturalmente (Rivarola, 1993).

Pese a la ubicuidad de la agresión humana, no se poseen registros que lleven a una aproximación de una historia adecuada de la crueldad y la destructividad humanas. No se dispone de, por ejemplo, ninguna clase de compilaciones científicas las cuales hayan descrito y analizado cabalmente la fenomenología del comportamiento agresivo que conllevaría, posiblemente a violencia en masa (Freeman, 1977). La agresividad puede ser vista como necesaria aun en la especie humana, sin embargo, sin ser llevada a los extremos del ejercicio de la fuerza física con la intención preconcebida de causar daño a otros. (Amat, 1980).

De igual manera, al tratar el tema de la agresividad se encuentran autores como Luckert (1972) citado por Armenta, (1999) quien distingue tres formas básicas de agresión:

1. Agresión Abierta. Sería el ataque directo a la integridad y al valor inherente a una persona o a una cosa, ya que se vivencia dicha cosa o persona como un obstáculo para desplegar las propias facultades. En este tipo de agresión se pueden observar por medio de las siguientes expresiones:

- a. Agresión física - Golpes, arañazos, puñetazos, patadas, entre otros.
- b. Agresión verbal - Manifestada por amenazas, insultos, sarcasmos, burlas, groserías, críticas destructivas, desprecios y demás.

2. Agresión oculta. Se dificulta reconocerla tanto para la persona que arremete como para la que es agredida, y es expresada a través de tres formas básicas:

- a. Medios simbólicos - Cuando el objeto o meta de la agresión permanece oculto. Por ejemplo, falta de interés por parte de un maestro respecto al logro de un alumno.
- b. Agresión contraria - La agresión es sustituida por sobreprotección o excesivo mimo, y siempre acompañada con tensión y angustia. Esta forma de agresión impide el desarrollo de la autonomía del otro.
- c. Agresión invertida - La agresión es desviada hacia sí mismo. Por ejemplo, el dejar de comer.

3. Agresión representativa. Es el tipo de agresión que se descarga contra un objeto o persona que nada tiene que ver con la que arremete.

Con la fundamentación teórica anteriormente tratada, se puede observar cómo, las definiciones concretas de “agresividad”, son prácticamente interminables y muy poco uniformes (Funk, 1997). En concreto, es bastante complicado calificar un acto humano como agresivo y sería algo muy relativo, ya que lo que para unas personas es agresión, para otras podría ser vista como una mera defensa o alguna otra cosa (Pinillos, 1980).

De igual forma se puede concluir que las manifestaciones de agresividad se dan en toda la sociedad humana, ya que hasta en las culturas calificadas como las más pacíficas del mundo se observan manifestaciones agresivas, tal es el caso de los *Bosquimanos*, los *Zuñi*, los *Arapesh* de Nueva Guinea, que siendo calificados como los pueblos más pacíficos, y si bien no practican la guerra, someten a agresiones de distintos tipos a sus propios miembros, por ejemplo, observando sus crueles ritos de iniciación a los que son sometidos los adolescentes, que se dan entre ellos, también mediante el maltrato a las mujeres y otros comportamientos. (Kogan, 1994).

ALGUNAS BASES
TEÓRICAS SOBRE
“VIOLENCIA”



Para iniciar este capítulo, se considera necesario mencionar que en la actualidad, nuestro país,— al igual que la realidad mundial — se encuentra viviendo varias situaciones que afectan a la población con manifestaciones de violencia muy marcadas representadas en guerras, en asesinatos, en secuestros y otras situaciones de tensión.

En nuestro territorio también es muy frecuente encontrar en la cotidianidad, manifestaciones de violencia. Hoy como en otras épocas de la historia colombiana, el ejercicio de la violencia tiende a generalizarse con sus múltiples hechos, manifestaciones, actores, víctimas y escenarios. Sin embargo, es necesario recordar que la violencia en Colombia no es un fenómeno reciente, producto de una sociedad moderna. Si se pensara un poco en un breve repaso por la historia de nuestro país se evidenciaría la paralela consolidación de una cultura enfrentada a la dominación y a la intolerancia, a la diferencia, cuya esencia se basa en la apropiación irracional y el irrespeto a la persona y a su vida (Armenta, 1999).

La violencia es claramente un acto de agresión contra otra persona. Si se está hablando en términos de violencia entre personas, eso quiere decir que, en un conflicto se haya implicado más de una persona. Se presenta entonces una relación combinada víctima-ofensor. La mayoría de las veces, la violencia se encuentra dirigida hacia una persona particular o a un grupo particular (Gunn, 1976). De esta forma, parece difícil tener que aceptar que solamente es violento el acto que culmina con algún daño físico o

hasta la muerte, y con ello se excluyen otros tipos de agresión de orden más psicológico y simbólico (Camargo, 1997).

No toda violencia es perniciosa ni objetivamente dañina, ya que existe un potencial el cual es ejercido efectivamente dado como defensa o para la realización de fines esenciales de los individuos, constituyendo de esta manera una reacción natural. Todos los seres vivos sienten el deseo de expandirse, de tener más, de crecer, y estas pretensiones, la mayoría de las veces, solamente pueden realizarse a costa de los otros (Rivarola, 1993).

También se encontrarían ciertas formas de violencia que se hallan justificadas y que son necesarias. Por ejemplo Cristo, quien predicó doctrinas netamente pacíficas, se lo encuentra en cierto período de su vida estallando en un fuerte comportamiento violento con los mercaderes de su pueblo. Este tipo de violencia ilustra el hecho de que para varias doctrinas humanas llega un punto en el que se justifica el uso de la violencia (Gunn, 1976).

Galtung (1985) citado por Fernández (s.f.) presenta una definición de violencia, entendiendo por esta como “algo inevitable que obstaculiza la autorrealización humana explicando que las personas sufran realizaciones afectivas, somáticas y mentales..... por debajo de sus realizaciones potenciales”. Por otro lado, Planella (1998), citado por Fernández (s.f.), considera la violencia como una situación en la cual dos o más individuos

se encuentran en una confrontación en la que una o más personas sale perjudicada, siendo agredida física o psicológicamente.

Todo conflicto que se presenta entre los seres humanos, posee además una vía dialogada y negociadora, pero para esto es necesario aprender a reconocer a un otro como semejante y además comprender que la cooperación es más fructífera que la confrontación violenta. La violencia tiene lugar en el momento en que, dada una confrontación de intereses, uno de los protagonistas se coloca en un lugar de dominio y prepotencia, dejando al otro en un lugar de impotencia, viéndose obligado a la sumisión. El esquema psicológico de la violencia tendría que ver con un modelo de dominio-sumisión (Ortega, 1997).

El mecanismo de la violencia se presenta en todos los contextos, en todos los niveles del sistema social, en todos los países, en todas las culturas, y cotidianamente lo podemos observar en lo que los medios de comunicación presentan todos los días mencionando manifestaciones de violencia como las masacres, los secuestros, los encuentros armados entre soldados, terrorismo, maltrato a niños, entre otros escenarios, los cuales experimenta hoy nuestro país. Se observa que es un tema que se presenta en la cotidianidad y que sus manifestaciones pueden ser múltiples (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

Para la mayoría de los comportamientos que son propios de los seres humanos - o por lo menos se compartirían además varios

con los animales, teniendo en cuenta dicha comparación con la parte instintiva del ser humano -, se han tomado como referencias las observaciones que se realizan sobre los comportamientos de las demás especies animales en sus hábitat naturales. Por esta razón, si lo que se pretende examinar es el mecanismo de la violencia en el hombre se podrían considerar, quizás algunas de las diferencias entre la violencia humana y animal. Como primera instancia se tendría en cuenta el hecho de que, en los seres humanos, se la aplica de una forma más “inteligente”, o por lo menos racional para un fin; segundo, se observan también mecanismos psicológicos especiales y sutiles disponibles en la raza humana que alteran la violencia en determinadas situaciones; tercero, la violencia, vista en un nivel mas grupal, evidencia un marcado grado de cooperatividad; cuarto, las herramientas utilizadas son empleadas de una manera bastante eficaz; y quinto, algunos mecanismos inhibitorios que son utilizados por muchas especies con el fin de evitar derramamientos de sangre en algunos encuentros antagónicos, o se encuentran débilmente desarrollados en el hombre o tal vez otros mecanismos los transformen en ineficaces (Gunn, 1976).

Seguidamente, se abordaría dicho tema desde una perspectiva de corte ambiental, en la cual se tendría en cuenta como premisa fundamental, el aprendizaje, con lo que se puede mencionar que un aspecto que se encuentra fuertemente influido por el aprendizaje es el predominio, ya sea en la esfera individual

o a nivel colectivo de la violencia, incluyendo el uso o amenaza de uso de la fuerza física (aunque también se puede observar violencia verbal). La violencia, también entendida como esa agresividad súbita y explosiva y que emplea el uso de la fuerza, no es considerada por todo el mundo como un fenómeno negativo ya que, por ejemplo, con los movimientos revolucionarios, exaltan la violencia como medio para alcanzar sus ideales (Kogan, 1994).

El desarrollo humano siempre va a encontrarse influenciado por la crianza y educación proporcionada por el ambiente y por los adultos experimentados en una determinada sociedad. En los primeros años, se depende enteramente de otras personas, lo que conlleva a que se necesite ser atraídos hacia ellas, tal sería el ejemplo de las manifestaciones de amor, ya que se aprendería a amar a los demás en etapas posteriores de nuestro desarrollo, pero si en los primeros años de vida este aprendizaje resulta deficiente, la habilidad de amar resultaría incompleta (Gunn, 1976).

Se observa de esta forma cómo se hace referencia a la gran influencia que tiene el medio como método de aprendizaje para cierto tipo de comportamientos. Así, se podrían reforzar los comportamientos violentos en el ser humano. Gunn (1976) menciona como uno de los mecanismos para la adquisición o formación de comportamientos violentos el “aprendizaje por imitación” que consiste en un proceso humano educacional muy poderoso. Muchos criminólogos sostienen la teoría de que el

adulto cruel y violento ha adquirido tales características de sus padres.

Una de las caras que este tema tiene es la intrafamiliar; la familia puede ser el vehículo para descargar las frustraciones y limitaciones sociales del individuo, quien la utiliza para ejercer poder sobre los débiles. En el espacio familiar también se dan formas de violencia subjetiva, lo cual conlleva a que se reproduzcan esquemas que generan violencia en otras instancias sociales (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

Teniendo en cuenta los anteriores planteamientos, se esperaría que niños que viven con padres violentos sean propensos a producir comportamientos violentos. Un niño que se encuentre en contacto con un padre que reacciona violentamente ante ciertas circunstancias en su hogar, en su trabajo o en su barrio, tenderá a emular el modelo paterno. Sin embargo, en el estudio de McCord, y Howard (1961) sobre los correlatos familiares de la violencia en niños delincuentes, se refiere el hallazgo de que, aunque lo que se esperaba era encontrar que niños con padres violentos presentarían a su vez bastantes conductas de tipo violento, en su estudio encuentran que dicha tendencia no alcanzaba a ser significativa.

De todas maneras, es muy probable que cualquier tipo de ejemplo agresivo fijado por los adultos o pares sea seguido de un comportamiento similar en el niño. De esta forma, la televisión

cumpliría un papel importante ya que este es un medio en el que se transmite mucha violencia y se encuentra altamente difundida dentro de las comunidades con su alto poder de influencia en un alto número de personas al mismo tiempo (Gunn, 1976). Se puede observar esta gran influencia de la televisión en los juegos de los niños cuando se juega a matar (*Rambos, Karatekids*, en los roles de las pandillas de barrio) y que se interpretan perfectamente en las horas de recreo (Valdés, 1991).

En la difusión de los medios de comunicación con relación a la violencia, el mensaje que pareciera transmitirse tiene que ver con la emisión implícita o explícita de que es difícil llegar a una negociación en casos de conflictos y que lo más efectivo y conveniente es imponerse y dominar. Si se realiza una reflexión al respecto, este es el mensaje típico de innumerables ficciones cinematográficas o televisivas, en las cuales se suele asociar superioridad física, justicia y éxito, actuando como refuerzo de la violencia (Kogan, 1994).

Sin embargo, el aprendizaje vicario de la violencia que es difundido por los medios no es suficiente por sí solo para dar cuenta del aumento de las conductas violentas en la sociedad (Ledesma, 1980).

También tendríamos la visión de la violencia desde una perspectiva de orientación psicoanalítica, la cual refiere que existen mecanismos mentales que actúan en nosotros, en la vida

estas manifestaciones cotidianas tales como el amor, el odio, y la ira pero que es necesario encontrarlos para expresar o llevar estas manifestaciones a una descarga sin que sean exteriorizadas directamente; es necesario reencausar tales sentimientos con el fin de transformarlos y tomar los socialmente aceptables. La teoría psicoanalítica hace referencia al mecanismo de la “sublimación”, mecanismo en el cual la energía, en este caso una energía agresiva, es transformada en una forma más aceptable antes de ser descargada. Una persona que se encuentre muy furiosa con alguna situación frustrante, puede emprender una tarea de trabajo o creando una obra de arte, en lugar de descargar esa furia en violencia.

Otros mecanismos relacionados con el estudio de la violencia (así como también de la agresión) son la represión, la formación reactiva, el volverse contra sí mismo y la proyección (Gunn, 1976), mecanismos que en el presente libro no es necesario llevar a una explicación más profunda.

Respecto a los interrogantes acerca de si la violencia podría ser considerada en el orden de lo individual o lo grupal, se está generando la categoría de *institución* como un instrumento necesario de trabajo, ya que a partir de ella, las Ciencias Sociales han intentado dar cuenta de ciertos procesos que, por medio de las leyes y los procesos que regulan las normas, controlan las formas de articulación de la vida social. Asumir la violencia en la manera particular que esta tiene para anudarse en la experiencia vital de

cada persona, conduce directamente a interrogar a las instancias que pueden llevar a mediar entre lo que podría llegar a considerarse como individual o como grupal y colectivo (Alvarado, 1995).

De esta forma, la violencia es concebida como un fenómeno que trasciende la simple conducta individual para convertirse en un proceso interpersonal porque afecta al menos a dos protagonistas: quien la ejerce y quien la padece (Ortega, y Mora-Merchán, 1997 p. 11).

La violencia constituye una de las realidades más preocupantes y de mayor incidencia social. Hablando en términos generales, no solamente es la violencia a nivel político la que cobra víctimas, sino que también debe ser tenida en cuenta la violencia que se evidencia en las formas de agresión en las cuales se da una imposición de dominio de unos sobre otros. En realidad, el fenómeno es presentado mediante diferentes manifestaciones y connotaciones. La sociedad en que vivimos es una sociedad violenta, en la que se presentan manifestaciones de violencia física y psicológica con el fin de demostrar y mantener las relaciones de poder, ser más que los demás, demostrar poderío, imponer ideas y formas de pensar, entre otras actitudes. (Blanco, Docal, y Villamizar, s.f.).

En la actualidad, existen formas de violencia humana que llevan a cabo un alto nivel de cooperatividad que se exhibe en el hombre. La guerra es un ejemplo evidente, ya que en esta se ven

formas de jerarquía obedeciendo órdenes de un comandante con el fin de conducir una batalla exitosamente. La guerra puede ser considerada como hostilidades violentas a gran escala, y surge de otras formas de violencia grupal distinguiéndose simplemente por su seriedad y severidad.

Lo importante para analizar en el tema de la violencia es conocer las posibles motivaciones que hacen que en las sociedades prevalezcan algunos tipos de conducta. De esta forma, varios autores se encuentran de acuerdo con la idea de que la cultura es un sistema de valores y normas que son compartidas por medio de la socialización y orientan la cultura asumida por los miembros de la sociedad (Blanco, Docal, y Villamizar, s.f.).

Los procesos de violencia suelen tener una dinámica de tipo social circunscrita a entornos que la reproducen, ya sea porque se presente en entornos donde es alimentada o ya sea porque no existan quienes puedan contrarrestar este fenómeno. Por esta razón, se puede considerar que quien tenga la poca fortuna de vivir en un barrio o estudiar en un colegio en donde un ambiente de violencia se respira en todo momento, puede verse fácilmente involucrado en este fenómeno, ya sea como víctima o como agresor “activo” de la misma sin proponérselo (Peláez, 1991). Se observa con esto cómo, la influencia del medio en el que se desenvuelve un individuo, puede contribuir en un alto grado en la adquisición de comportamientos violentos y agresivos.

Se destaca entonces la importancia del hombre tratado como animal social que vive y convive en grupos y que, ante ciertos estímulos ambientales, como por ejemplo las frustraciones, actúa con mucha frecuencia como indicadores de la violencia. Algunos de esos factores externos podrían ser el “hacinamiento”, ya que pareciera que este se ha convertido en una pesadilla contemporánea, responsable de nuestros males. Es realmente de vital importancia el poder controlar el crecimiento de la población ya que es posible que la violencia se encuentre vinculada con el hacinamiento. Así mismo, se puede observar que si se presiona a muchas personas a permanecer en un espacio fijo y reducido, habrá una mayor interacción y entonces aumenta la probabilidad de que se presenten peleas y confrontaciones entre ellas.

La violencia tanto física como psicológica puede presentarse en dos contextos: por un lado, estaría la violencia colectiva que proviene de la acción conjunta en la cual los miembros de la sociedad buscan fines comunes. En este caso, los conflictos que se presentan pueden ser desencadenados por razones de orden público. Por otro lado, encontraríamos la violencia privada, en la cual las contradicciones se manifiestan espontáneamente en la vida de las personas y de las familias, afectando a toda la sociedad.

La violencia privada ha quedado relegada a un segundo plano, contrario al primer contexto (Blanco, Docal, y Villamizar, s.f.). La razón podría estar en el hecho de que no debe olvidarse

que las formas de violencia humana realmente serias son los fenómenos grupales, siendo la guerra considerada como la más extrema. De igual manera, en cuestión de género, se observa cómo, sin duda, el género masculino pareciera ser de especial importancia en las actividades grupales y en la violencia grupal, siendo ésta una actividad casi exclusivamente masculina (Gunn, 1976).

Con relación a las posibles culturas y poblaciones en donde se daría un mayor número de manifestaciones de violencia, muchas veces se tiene en cuenta el factor de la clase social. En algunas investigaciones se ha encontrado que por lo menos en lo que se refiere a manifestaciones de violencia en áreas urbanas, estas evidencian mayor violencia entre los sectores marginados. Por ejemplo, en sectores de bajos recursos económicos, la pobreza traslada al interior de las familias, las angustias y frustraciones que genera la búsqueda del sustento diario. Por esta causa es que se puede encontrar una relación entre pobreza y violencia o más bien, se podría ver la relación entre economía y pobreza. Sin embargo, no necesariamente la violencia tiene una relación directa con la pobreza (a mayor pobreza no necesariamente sigue mayor violencia) (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

De esta manera se puede continuar con la sustentación que sobre las posibles causas se han postulado con relación a la violencia en la sociedad. Se encuentra con esto que no solamente son las condiciones de pobreza y miseria las que favorecen la

proliferación de condiciones de violencia. También estarían de antemano la escasa satisfacción y realización de necesidades fundamentales para las personas en general, como protección, afecto, participación, identidad, entre otras (Armenta, 1999).

En su libro *Marginalidad y Violencia*, Blanco, Docal y Villamizar (s.f.), proponen una serie de causas para el fenómeno de la violencia, las cuales serían:

- Socio-psicológicas - Se podría ver en este aspecto un origen genético-patológico con relación a este fenómeno de la violencia, tocando aspectos como el machismo, falta de oportunidades, incapacidad de tener relaciones afectivas.

- Económicas - Este aspecto tiene que ver con la relación pobreza-violencia.

- Políticas - Se hace referencia a temas como el debilitamiento de los mecanismos de control social, la lucha por el control de los recursos de grupos en conflicto, la crisis de la justicia, entre otros.

- Culturales - Se habla de una cultura de “violencia” con relación a la “Modernidad”, con la pérdida de valores religiosos que no son reemplazados por una ética civil.

Otra de las posibles razones de la violencia en general que mencionan estas autoras, tiene que ver con la consideración importante de las ansias de poder, la búsqueda de reconocimiento

y la imposición de formas de pensar o de ideas. De este modo, se daría un autoritarismo el cual se impone de manera violenta, por ejemplo, en la relación del maestro hacia el alumno, o de un niño hacia otro niño.

De similar forma, la pertenencia de la cultura al orden social, permite plantear que la violencia se presenta no como lo propio de una cultura determinada, sino como un resultado del impedimento de la experiencia cultural como producción de sentido, esto quiere decir, que no es preciso explicar la violencia no ya desde la idea de una cultura de la violencia que instaure hábitos culturales agresivos sino más bien, esto depende de la instauración de disponibilidades para la violencia desde la imposibilidad de la experiencia cultural. Lo importante en este caso serían las prácticas de las instituciones y no los actos de las personas (Daza, 1995).

Existen además, autores que se refieren al sentimiento de la “frustración”, para determinar otra de las posibles causas que generan comportamientos violentos. Es así como Gunn (1976), menciona este aspecto haciendo referencia a que en la vida cotidiana es posible observar que la “frustración” constituye un factor bastante importante para generar irritación en los individuos y tal vez para la adquisición de un comportamiento violento. Como ejemplo, se podría mencionar la situación en la que una persona se puede encontrar en un embotellamiento y de esta forma, no le es difícil sentir irritación y hasta tener pensamientos de violencia.

En un contexto mucho más específico, así como lo es la familia, el fenómeno de la violencia también se presenta en muchos de los hogares de nuestro país. Al parecer existe en familias donde se presentan condiciones y dinámicas basadas en métodos jerárquicos y autoritarios, cobrando víctimas más débiles como las mujeres y los niños. En la ciudad de Bogotá por ejemplo, los hechos de violencia en contra de las mujeres tienen consecuencias alarmantes, no solamente para ellas, sino también para sus hijos. A pesar de que se han llevado a cabo estudios para establecer correlaciones entre el estrato social de las familias y el nivel de violencia presentado en los hogares, no se encuentran datos que muestren una correlación significativa entre tales variables.

Sin embargo, Profamilia, ha llevado a cabo encuestas en las cuales se encuentran resultados que muestran dicha correlación teniendo en cuenta dos aspectos: el primero, tiene que ver con el nivel educativo de las mujeres y el segundo, con la ocupación del esposo. Con relación al primer aspecto, cuanto menor es el nivel educativo, mayor es la proporción de mujeres agredidas física o psicológicamente. En cuanto al segundo, se evidencia que los esposos de las mujeres golpeadas o insultadas en su mayoría se ocupan en labores de comerciantes, trabajadores de los servicios, trabajadores agropecuarios, conductores (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

De esta forma se puede observar que las manifestaciones de violencia en la sociedad, pueden ser estudiadas desde muy diversos aspectos, teniendo en cuenta diversas variables de estudio, para llegar a posibles hipótesis sobre las causas que conllevan a comportamientos violentos, ya sean presentados a nivel social, cultural o familiar.

Como se han venido describiendo hasta este momento las diferentes perspectivas que se presentan para abordar el tema de la violencia, se evidencia que, forma parte de la cotidianidad tener un acercamiento directo o indirecto con manifestaciones de violencia en la sociedad. Se han realizado estudios que tienen que ver con mecanismos que son empleados para contrarrestar las conductas violentas en los seres humanos, y si estos mecanismos son iguales o similares a los que pueden presentar las demás especies de animales, con el fin de que en ciertos enfrentamientos, ningún participante salga herido de gravedad.

Es de esta manera como los etólogos, mediante sus observaciones se dan cuenta de cómo, cuando dos animales se encuentran luchando, uno de los dos adopta una postura de sumisión, la cual conlleva a que el contrincante conozca que él ha sido el vencedor y se da fin al enfrentamiento violento. Son diferentes las posturas de sumisión que puede adoptar el vencido: puede empuñarse, acurrucarse, escapar, entre otras, con el fin de inhibir el ataque del otro.

En el hombre, también es posible observar un gran número de posturas autoprotectoras para contrarrestar los graves efectos que podría presentar un encuentro violento. Tales posturas pueden ser inclinándose, arrodillándose, colocar las manos levantadas por encima de la cabeza y otras más. Sin embargo, en los humanos, tales mecanismos no siempre cumplen con su objetivo de inhibir el comportamiento violento en el otro y dar por culminado el conflicto, ya que los adversarios, a pesar de observar dichas conductas de sumisión pueden dar muerte cruelmente a algunas de sus víctimas (Gunn, 1976).

Es así como se puede observar que los mecanismos de violencia en los seres humanos, funcionan quizás con una lógica diferente a la de las demás especies animales, dando por sentado que tales mecanismos inhibitorios de comportamientos violentos en un conflicto, no siempre dan resultado y se presentan a pesar de todo, graves consecuencias para la salud e integridad de un ser humano.

Como se menciona más arriba, para llevar a cabo un buen análisis de lo que implica la violencia, sería necesario tener muy en cuenta que lo importante es conocer las motivaciones que hacen que en las sociedades prevalezcan algunos tipos de conducta, en este caso, las referidas a comportamientos violentos.

Las personas quienes analizan el fenómeno de la violencia a nivel macro, tales como sociólogos, antropólogos, historiadores,

confirman que hay un escaso conocimiento cuando se refieren a los vacíos en la investigación y comprensión del impacto sociocultural de la violencia (Camargo, 1997).

Con los breves comentarios que se presentaron anteriormente sobre las diferentes posturas que se tienen para abordar el tema de la “Violencia”, se puede llegar a concluir que se considera necesario mencionar que este fenómeno es visto como un hecho común en nuestras vidas y no como una excepción, pero lo que se tiene que aclarar es cómo, por qué y dónde se presenta, con el fin de identificarla y crear los mecanismos, competencias y responsabilidades para combatirla (Armenta, 1999).

La violencia es considerada en sentido estricto, el comportamiento más antidemocrático que existe, ya que supone coerción, abuso y dominio prepotente de una persona sobre otra, o de un grupo sobre otro. Siempre se tiene la oportunidad de observar conflictos, pero la reflexión sobre la violencia estaría encaminada a pensar sobre si la educación y la formación de las personas está orientada a llevar a las personas a enfrentarse a los conflictos de forma negociada, solidaria, justa y democrática (Ortega, 1998).

Como se mencionó anteriormente, aunque se establece en varias ocasiones que los niveles de violencia entre las familias o comunidades pequeñas, tienen una alta relación con los niveles socioeconómicos, es decir, se presentaría en mayor medida en

los sectores de más pobreza, también se observa además que la pobreza no debe entenderse como un problema económico únicamente, y que por esta razón se registrarían mayores niveles de violencia. Existen también aspectos que trascienden el ámbito económico como lo son la cultura, las instituciones sociales, la política y la historia (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

Se menciona con lo anterior, los aspectos que tienen que ver con los análisis que se hacen al respecto del fenómeno de violencia en general, pero también se puede observar que la violencia puede presentarse en contextos e instituciones que no se encuentran a un nivel macro, en la sociedad. Tales contextos pueden relacionarse con la familia, el barrio, la escuela, entre otros entornos. Por esta razón, es necesario plantear ahora la presentación de dicho fenómeno en el contexto escolar, ya que éste es un ámbito importante en la formación de las personas, como ciudadanos.

Tanto la escuela como la familia, son contextos en los cuales se pueden presentar manifestaciones de violencia y maltrato infantil, ya sean estos comportamientos violentos entre pares o en dirección adulto-niño. Los castigos extremadamente estrictos, los gritos, los insultos, las respuestas déspotas, la sobreprotección que limita la autonomía en los menores, son formas de maltrato infantil imposibles de medir, pero que se presentan diariamente en los hogares y en los centros educativos (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

VIOLENCIA ESCOLAR



Centrándose un poco más en lo que respecta al tema fundamental del presente estudio, es decir, las manifestaciones de violencia en las escuelas, es necesario abordar antes, ciertos aspectos que hacen referencia a la manera como el niño se inscribe en una cultura educativa y formativa, en la cual se enfrentará ante varias circunstancias que conllevan aspectos formativos para su posterior desempeño en la sociedad.

En la niñez el individuo se inscribe en un sistema educativo llamado colegio o escuela, en el cual pasará gran parte de su tiempo conviviendo con pares y maestros. El objetivo fundamental de tal inscripción es la formación integral del ser humano, es decir, formación que abarcaría aspectos académicos y personales que harán de ese individuo, un sujeto que participa dentro de las normas de una sociedad específica. Es importante que los maestros conozcan de antemano que su labor se centra en la formación de unos sujetos, que así como tienen una posición pasiva en la adquisición de conocimientos, también tienen un papel activo dentro de este proceso de aprendizaje actuando y asimilando tales contenidos de diferentes maneras.

Por esta razón, es necesario conocer la “brecha” entre adultos y niños, y si ésta es considerada como un problema, se requiere pensar entonces en los modos de manifestación que esta división puede traer, permitiendo de esta forma que los niños

conozcan más de la vida adulta, y que los adultos conozcan más sobre la niñez (Booth, 1982).

En la escuela es donde también se inician los procesos de socialización de los niños; las vidas sociales de los pequeños giran en torno a parejas exclusivas y estrechamente unidas, prevaleciendo muchas veces un espíritu comunitario. Los niños empiezan la formación de vínculos afectivos con los demás niños y se dan las relaciones de amistad entre ellos, adoptando múltiples formas, ya que, por ejemplo, un aspecto del entorno de las amistades es el estilo de interacción social que caracteriza a una determinada cultura o subcultura y es valorado por ella.

Desde luego, la escuela no es la única influencia para el proceso de socialización, ya que también entran en juego contextos como el barrio, la familia, los medios de comunicación, entre otros escenarios. (Booth, 1982). Los padres, los hermanos, los maestros, los medios de comunicación imparten cada uno de ellos sus propios mensajes acerca de la socialización y las relaciones con los demás y los niños y niñas pueden recibir comunicaciones muy diversas. Todas estas implicaciones convierten a la transición de valores y estilos de socialización en un proceso irregular e imprevisible. Es necesario tener presente que tales estilos de socialización que pueden presentar los niños, por diferentes que sean, a su vez se encuentran influenciados por los estilos y los valores de una cultura en particular. Las amistades infantiles no

solamente se encuentran en los centros educativos, sino también en los barrios que habitan (Rubin, 1981).

Para concluir este aspecto, se debe considerar que tanto la familia, como la escuela y el entorno, deben cumplir tareas en el proceso de socialización complementarias, armónicas y simultáneas, ya que varias veces alguno de tales agentes presenta deficiencias, y éstas deben ser suplidas por alguno de los otros, si se pretende erradicar comportamientos agresivos y lograr que no sean convertidos en actos violentos. Es decir, mientras más deficiente sea el medio familiar, de mayor importancia será el papel que está llamado a jugar la escuela frente a la formación de los niños y de los jóvenes. Aunque es claro que la escuela no puede ser considerada como el único sustituto de lo que los niños debieran recibir del medio familiar (Peláez, 1991).

De esta manera se le da una gran importancia al contexto educativo, que es donde el niño también se desenvuelve en sus relaciones sociales y tiene que convivir con otros niños. Sin embargo, no todas las relaciones que tienen los niños con sus demás compañeros de escuela o de aula, se presentan de forma pacífica, ya que entre ellos también se generan conflictos y en ocasiones la única salida ante la resolución de tales conflictos lleva implícitas vías de violencia y agresión. Se sabe que este fenómeno de violencia puede adoptar niveles inmanejables con niños

bastante agresivos, que maltratan con mucha frecuencia a otros compañeros suyos, que consideran como más “débiles”.

Como toda institución, la escuela se constituye en tres planos: primero que todo se encontraría el plano de la socialización, en segunda instancia, estaría el plano de la instauración de las disponibilidades para la violencia a partir de detenciones en el movimiento de la socialización, y finalmente, se hallaría el plano de la institución vista como la producción de sentido (Daza, 1995).

La escuela es considerada como una de las instituciones sociales más importantes para el desarrollo de la sociedad, ya que en ella tienen lugar procesos de instrucción y de socialización, que son al igual que los que se producen en la familia o en el contexto cultural, responsables de la integración social de los jóvenes. Pero los propósitos que tengan los diferentes centros educativos en la formación de niños y jóvenes que se desenvolverán más adelante en una sociedad, no se lograrán solamente a partir de la transmisión de conocimientos ni del aprendizaje de contenidos curriculares, sino que también se requiere de una compleja red formada por los sistemas de relaciones personales y los procesos psicosociales de convivencia y comunicación que vayan articulando los procesos instructivos y socializadores (Ortega, 1997).

Por esta razón, es necesario nombrar el contexto educativo para empezar a abordar el tema referente a la violencia escolar, ya que es un fenómeno que se presenta con bastante frecuencia en

los centros educativos, pero que parece que en muchas ocasiones pasa desapercibido por el personal que allí actúa.

Abordar el tema de la violencia escolar en Colombia, refleja ante todo un compromiso por parte de las instituciones educativas, siendo una realidad social compleja que afecta a nuestro país, el cual es definido por algunos como uno de los más violentos, a la vez que como país de contradicciones: de armonía y maltrato, de paz y de guerra, de alegría y de tristeza (Mejía, 1997).

El contexto escolar no puede ser ajeno a toda la problemática que se genera desde hace bastante tiempo en nuestro país ni a las formas como dentro de él, son canalizadas las fuerzas de tipo agresivo que son presentadas de manera natural en todos los seres humanos, pero que tendrían la posibilidad de expresarse de forma mucho más positiva, mediante el arte y la ciencia, por ejemplo. Desafortunadamente, tales formas de expresión tienen muy poco espacio y apoyo dentro de la escuela colombiana. Si se continúa con la creencia de que la violencia es el único mecanismo de expresión de las emociones y mecanismos de acción para la supervivencia, la escuela como componente interactuante de esa totalidad, no puede funcionar de otro modo.

En Colombia, la situación de muchos escolares aún se encuentra muy distante de lo que se desea en cuanto a condiciones favorables para la salud, el aprendizaje y la calidad de vida. A pesar de que los índices de mortalidad y morbilidad en los escolares no

son muy altos, existen prácticas y condiciones por las cuales aún se pueden controlar y evitar mediante el desarrollo de estrategias que tengan como objetivo el promover oportunidades de vivir y convivir mejor en los centros educativos (OPS/OMS, 1998).

Angulo (2003), en su artículo “Violencia escolar, un fenómeno mundial”, menciona que durante los últimos años la preocupación aumenta por el creciente registro de hechos violentos y conflictos en las instituciones educativas. Tal fenómeno se encuentra trascendiendo fronteras, no distingue niveles de desarrollo de las naciones y se encuentra convertido en un asunto de la cotidianidad. Es posible suponer que las formas de expresión de dicho fenómeno varían de acuerdo con las condiciones sociales de cada centro educativo y con el entorno social que rodea la institución.

Es importante tener en cuenta que la sociedad convive con acciones violentas todo el tiempo y en todos sus contextos. Un contexto en el cual se observan muchas manifestaciones de violencia es el escolar, sin embargo, penetrar en el tema de la violencia escolar no es tan fácil, por el hecho de que plantea una gran ambivalencia: por un lado, no es un tema que se encuentre muy bien precisado, su uso es generalizado, muy amplio y sin especificaciones. Por otro lado, porque en la escuela, la problemática de la violencia es trabajada muy escasamente, conllevando con esto a no reconocer su existencia, ni reflexionar sobre ella. Es difícil

delimitar el problema por el hecho de que no todo lo que pasa en la escuela es violencia, pero tampoco se puede pensar que allí no pasa nada violento (Camargo, 1997).

La violencia en la escuela se entendía, y se sigue entendiendo con bastante frecuencia, como resultante de una violencia de la escuela. Una idea que frecuentemente es compartida por la comunidad educativa, es que la violencia en los centros educativos es muchas veces reactiva (Debarbieux, 1997). Se observa con esto uno de los prejuicios que se tiene sobre este fenómeno, con relación a que los comportamientos violentos de muchos de los alumnos son llevados al contexto escolar provenientes de otros ámbitos de socialización, excusando con esto cualquier influencia por parte de la escuela hacia la generación de este tipo de comportamientos. ¡La escuela nada tiene que ver!

Por esta razón, es que es necesario involucrarse en una problemática que, aunque en muchas ocasiones no se conviva directamente con la violencia en el contexto escolar, no podemos dejar que pase desapercibida una situación que se presenta pero en diferentes grados y no en todas las instituciones con la misma intensidad. Los niños reproducen muchas veces en la escuela todo tipo de violencia circundante y ellos la imitan y juegan con ella, siendo un patrón común el hecho de que estos niños también son maltratados por sus padres en sus hogares, y generalmente los más violentados son los más violentos en la escuela (Valdés, 1991).

Como lo menciona Angulo (2003), al referirse al nivel cultural que se juega en los centros educativos, la escuela no puede verse ajena al mundo que la rodea y las cosas que suceden en el contexto social del cual hace parte, ya que esto puede incidir considerablemente en la vida de los individuos que hacen parte de la comunidad educativa. Tales circunstancias pueden promover manifestaciones de violencia y escalonamiento de los conflictos, siendo posible su presencia especialmente en aquella población vulnerable como lo es la niñez y la juventud.

De igual importancia se considera el tener en cuenta el papel que juegan los agentes de socialización tales como los medios de comunicación - la televisión sobre todo – así como también ese espacio que se llama “calle”. Se debe anotar en primera instancia que para muchos niños y jóvenes, estos medios de comunicación y el contexto callejero, cumplen papeles sustitutos en el tiempo en que los padres no están con ellos (Peláez, 1991).

Ardila (1999), menciona que para los muchachos, el “parche” significa la posibilidad de encontrar el afecto y el amor que por lo general no encuentran en los miembros de sus familias. Tales amigos que conforman el parche se convierten entonces en la fortaleza del pandillero. Al ingresar a un grupo social pandillero, sus integrantes adquieren varios cambios en su forma de ser y hasta en su personalidad habitual, se transforman. Pueden llegar a

adquirir hábitos en sus comportamientos, que se trasladan a otros contextos como el escolar.

Hay que reconocer que los educandos tienen una vida social que trasciende el espacio de su escuela y su hogar hacia la calle, en donde hacen parte de grupos de pares organizados en sistemas de galladas, de pandillas, entre otro tipo de vínculos. En consecuencia, es importante reconocer este otro espacio como agente socializador, ya que se establece la presencia de otros actores que influyen a veces con mayor fuerza en los educandos que los maestros mismos o que sus propios padres (Escobar, 1996).

Ese espacio de socialización que es la “calle”, en donde los grupos de niños y jóvenes se van formando en un ambiente de vecindario, en el cual pueden suceder muchas cosas, desde el grupo que se divierte jugando dentro de un ambiente de cordialidad, hasta los grupos formados con marcadas tendencias agresivas, en los que convierten un oficio como cualquiera, el aprovecharse de los demás, volverse llamativos y poderosos basados en su capacidad de intimidación (Peláez, 1991). Esto puede llevar a que los niños y jóvenes pertenezcan a este último tipo de grupos y que generen conductas de tipo agresivo y violento en su ambiente escolar.

En los niños se suelen presentar conductas de imitación, y por consiguiente, imitan varias cosas consideradas como buenas y como malas. Por tal razón, es posible encontrar alumnos de cierta edad, con tendencias y comportamientos inadecuados e

indisciplinados en la escuela. Por ejemplo, el hecho de empezar a hacer justicia por su cuenta. Si los niños observan por influencia de los medios tales conductas así como también en el ambiente callejero en el que se desenvuelven, se puede observar que ante un conflicto con algún otro compañero, ya no verán necesario acudir al maestro y plantear su caso, sino que ellos mismos ejecutan la acción y se cobran del mal que les causaron (Parra, González, Moritz, Blandón, y Bustamante, 1994).

Por tal razón, tales hábitos de solución de conflictos por la vía de la aplicación de la “justicia privada”, puede ser llevada a la escuela, ya que dichas relaciones son aprendidas y ejercidas en el ámbito extraescolar y se pueden presentar o manifestarse dentro de la escuela mediante expresiones tales como: “a la salida nos vemos, sapo”; se generan con esto conductas de amedrantamiento e intimidación hacia otros escolares. Al parecer en lo extraescolar reina otro tipo de normas; se establecen otros criterios de autoridad, la calle se torna un lugar en el que se purgan las culpas, se pagan las deudas; la autoridad es más difusa y se da mayor evasión de responsabilidades (Medina, 1991).

Como se planteaba anteriormente, la violencia tiene muy diversas formas de manifestarse, formas que pueden ir desde el simple desconocimiento por algún alumno cuando no responde a una pregunta, hasta el golpe de autoridad, el uso del conocimiento y la edad para someter a otros, la pretensión de subyugar a los

aparentemente más débiles a una voluntad ajena a sus deseos, entre otras actitudes. En conclusión, en la cotidianidad de la vida escolar es posible encontrar un enorme diapasón de acciones agresivas y violentas (Idep, 1999).

Medina (1991), plantea que es importante tener en cuenta la evidencia de que muchos alumnos no vienen de un medio en el cual predomine la tolerancia, sino que proceden de medios en los cuales se generan ambientes que confrontan la negación en la que viven, se resisten al aniquilamiento y asumen actitudes que les permiten sobrevivir, muchas de las cuales se encuentran cargadas de altas dosis de agresividad.

Los actos violentos se encuentran inmersos en un gran sistema de relaciones interpersonales, en el cual se encuentran presentes y configuran el campo educativo, las emociones, los sentimientos y los aspectos cognitivos, incluyendo las situaciones familiares de cada alumno y el ámbito social en que se encuentra la escuela. Pero el problema surge cuando se dan conflictos y su resolución se presenta por medio del ejercicio de la autoridad, del castigo, entre otras respuestas, provocando un clima en el aula con mucha tensión, que muchas veces los maestros no saben cómo resolver (Ochoa, 2000).

Un artículo de la revista *Semana* titulado “Juegos peligrosos” (Anónimo, 1997), plantea como subtítulo la siguiente frase: “El aumento de la violencia escolar tiene en alerta amarilla

a profesores y a padres de familia” (p.36). Parece que el estado de alerta fue generado por el episodio relatado en el mismo artículo en el cual se menciona que una jovencita de secundaria, fue apaleada por cinco compañeras por un asunto de celos. Esto ocurrió en uno de los más prestigiosos establecimientos educativos de la ciudad de Bogotá. Otro de los casos que generó el estado de alerta fue el caso de un joven que le disparó a la oreja del rector de un colegio popular, supuestamente desesperado por el acoso sexual ejercido por el educador sobre el muchacho (Anónimo, 1997). Con el anterior caso, se puede ver que la violencia escolar no es solamente generada entre pares, sino también se puede dar en la relación del profesor hacia el alumno y del alumno hacia el maestro.

En realidad, la situación es bastante grave, ya que estos dos no son los únicos casos que se han generado como casos de violencia escolar, ya que, de la misma manera, en un estudio de dos colegios de Sheffield, se observó que uno de cada cinco alumnos informó haber sido agredido tanto en la actualidad como en épocas anteriores.

Casos más graves se pueden encontrar en eventos en los que la violencia escolar adopta la forma de tiroteos en la escuela (“School shootings”), problemática que se ha divulgado a partir de ciertos casos ocurridos en Estados Unidos y en la Comunidad Europea. Como se mencionaba, el tema de la violencia en las escuelas no es nuevo, pero la novedad radica en las actuales

y diversas formas de presentación. A través de los medios de comunicación se han difundido en los últimos años una serie de actos de violencia que presentan al parecer características comunes entre sí, pero diferentes respecto a la modalidad empleada de agresión.

Por ejemplo, el periódico español El País, en su edición electrónica del 27 de abril del año 2002 recoge varios hechos de manifestación de violencia de los que se pueden mencionar los siguientes: “Gran Bretaña: 13 de Marzo de 1996. Thomas Hamilton irrumpe con cuatro pistolas automáticas en un colegio de Dunblane, en el centro de Escocia, y mata a 16 niños y a su maestra. Se suicida tras el ataque”. “Alemania: 16 de marzo del 2000. Un joven de 16 años mata de un disparo en la cabeza al director del internado del que había sido expulsado en Brannenburg, y después intenta suicidarse (Ruíz, 2002).

Dichas conductas escolares de tipo antisocial, requieren de un tratamiento directo, y en el nivel práctico, una escuela puede elegir entre un amplio abanico de procedimientos de actuación. En situaciones graves y reales, la intervención propuesta requerirá entonces de los mismos factores de conducta antisocial en cuestión. Esto quiere decir, que depende de analizar factores como la situación, las edades de los alumnos implicados y la comprensión de su propia conducta, el número de culpables y de

la disponibilidad de ayuda para llevar a cabo los mecanismos de intervención (Mooij, 1997).

Hasta hace poco tiempo, la ciencia no tenía la oportunidad de ofrecer datos actualizados sobre la trascendencia del problema, en especial sobre el aumento de la violencia escolar que los medios de comunicación destacaban de forma insistente (Funk, 1997). En la actualidad, aunque no son muy reconocidos, se han realizado estudios investigativos con relación al tema de la violencia escolar. Es así como Ortega y Mora-Merchán, (1997), citan un estudio llevado a cabo en España sobre el fenómeno de la intimidación y victimización entre compañeros, realizado en 1989, los resultados de dicho estudio mostraban que aproximadamente el 17 por ciento de los escolares encuestados admitían haber sido intimidadores y el 17,2 por ciento víctima de forma muy frecuente.

Las cifras en los diferentes estudios son susceptibles de cambios, sin embargo, el número exacto de estudiantes víctimas de la violencia cada día, es imposible de determinar. Tales cifras dependerán más de la manera como se hayan recogido los datos y la manera en que se encaminen tales estudios. Los distintos tipos de metodologías, definiciones y muestras no permiten que se pueda dar una comparación lo bastante sólida del grado de significación en distintos países, pero partiendo de las investigaciones realizadas en Europa, se sostiene que el fenómeno de la violencia escolar es

un fenómeno que se presenta con frecuencia en muchos países. (Campart y Lindström, 1997).

Los diferentes estudios llevados a cabo sobre el tema, no autorizan a formular generalizaciones de ningún tipo. Sin embargo, se puede mencionar que las conclusiones ponen de manifiesto al menos tres componentes: el primero, se refiere a que los fenómenos de conductas antisociales de los alumnos tienen raíces muy profundas en la comunidad social a la que las escuelas pertenecen; el segundo, a que se observa claramente que los episodios de violencia no deben considerarse como simples eventos aislados que ocurren espontáneamente como si fueran meros “accidentes”; y el tercero, hace referencia a que las distintas manifestaciones de comportamientos antisociales en las escuelas ocurren con más frecuencia de lo que se piensa, y conllevan consecuencias personales, institucionales y sociales de gran gravedad (Organización De Estados Iberoamericanos, OEI, 1999).

En apariencia, y para muchas personas, la violencia social es percibida como la única. En particular, rara vez se puede generar conciencia en el ámbito educativo donde la violencia tiene una existencia en dicho contexto. Esto no se hace consciente, no es un tema de reflexión y muchas veces se niega su existencia. Ubican el fenómeno de la violencia fuera del contexto escolar. Resulta sin embargo, que en la escuela misma se pueden observar conductas de

tipo violento, tales como muertes, amenazas o boleteos, así como también comportamientos agresivos hacia otros. Es indispensable empezar a asumir la violencia como fenómeno de importante reflexión en la institución educativa (Camargo, 1997).

La violencia es un fenómeno que no puede ser desvinculado de la sociedad, como algo que nunca nos va a tocar sino hasta que nos maltratan. La violencia está allí presente, y es necesario tenerla en cuenta en el ámbito educativo, ya que tampoco escapa a este contexto. Al hablar de educación, se alude a la escuela, ya que es allí donde se forma a cada individuo para actuar de una manera adecuada en la sociedad. Por tal realidad, se invita a la escuela a llevar a cabo una reflexión sobre sí misma y tomar partido sobre ella (Zuleta, 1995).

No se puede negar de ninguna forma que se encuentra un fenómeno que conlleva hechos aislados y que afecta a unos pocos. Los distintos fenómenos de violencia en las escuelas, se encuentran estrechamente relacionados entre sí y con variables propias del entorno escolar, del contexto familiar y social de los alumnos.

En las escuelas primarias o secundarias los alumnos pueden adquirir comportamientos de manera cívica o de manera antisocial, siendo estos últimos manifestados por conductas como la intimidación, el acoso sexual y la violencia; y evidenciándose de forma física o psicológica. En muchos países se ha despertado

un creciente interés respecto a tales comportamientos antisociales que se presentan entre los propios alumnos. Por esta razón, la invitación estaría a concienciar al personal que labora en el campo educativo a no desmentir este tipo de conductas ni dejar que pasen desapercibidos (Mooij, 1997).

Por otro lado, Ortega y Mora-Merchán (1997), refieren que el maltrato entre escolares es un fenómeno que se debe estudiar atendiendo a multitud de factores que se derivan de la situación evolutiva de los protagonistas, de sus condiciones de vida y de sus respectivas perspectivas de futuro. Es importante, además no eludir el análisis del plano concreto en el que la violencia tiene lugar, es decir, el ámbito de la convivencia diaria de sus protagonistas, que se observa concretamente en el tipo de relaciones afectivas que se presentan en el proceso mismo de su actividad académica y de sus sistemas de poder y de comunicación.

Esta reflexión debe ser propuesta por el hecho de que la escuela es un espacio de socialización, entendiendo por dicho término el movimiento permanente de producción y efectuación de sentido (Daza, 1995), en el cual se van a involucrar unos roles sociales que conllevan a unos alumnos a ser los más fuertes y otros a ser los más débiles, siendo estos últimos humillados, golpeados o maltratados por los primeros.

Bien lo plantea Medina (1991), en su artículo “Escuela y Violencia. Una reflexión desde la cotidianidad Escolar”, en el cual

hace referencia a que en las escuelas se presentan relaciones un poco tensas, donde la autoridad puede atravesar todos los espacios y las normas pueden llevar a romper la armonía y la convivencia, generando roces permanentes entre los distintos actores del campo educativo. En donde la figura de maestro es autoritaria sesgando el conocimiento y lo que el maestro dice, es lo cierto y válido. De esta forma se pueden ir implementando relaciones en las que el maestro subordina a los alumnos, y los alumnos entenderán que es una manera de relacionarse subordinando a los más débiles.

De igual forma, uno de los esquemas que se aprenden en el ámbito de los iguales es el de “dominio-sumisión”. Dicho esquema es un matiz de poder y control interpersonal que se practica inserto en el proceso natural de socialización y debe ser explorado de forma adecuada, ya que, si no se hace de esta forma, es posible que los alumnos que se encuentren a expensas de ataques de otros compañeros que se sienten más fuertes y más hábiles, pueden ser sometidos en un sistema social que incluye el poder social sobre el otro (Ortega, 1997).

“La violencia no es solamente un problema que afecta a los individuos que la practican, ya que en frente de este sujeto malhumorado, insensible y cruel se encuentra siempre otra persona que sin quererlo, se convierte en víctima” (Ortega y Mora-Merchán, 1997 p.7).

Esto se relaciona con el término “matoneo”, entendido como cualquier tipo de maltrato que ejerce una persona sobre otra, convirtiéndola casi en sumisa. El tipo de matoneo que más ha llamado la atención es el maltrato ejercido por unos niños hacia otros, aunque no sea ésta, la única forma de matoneo. El matoneo implica agresión y muchos matones adoran sus actividades agresivas, y todos ellos obtienen alguna satisfacción de ello (Yorke, 1997).

El matoneo se reconoce “cuando un niño grande y fuerte, golpea a un niño más pequeño” (Marland, 1997 p. 227), es el abuso del más fuerte hacia el más débil, teniendo en cuenta que no siempre, ser “fuerte” significa mayor fuerza física, sino también está relacionada con el sentido de poder, y por lo general, poder ejercido por el placer que le da a quien lo ejerce (Yorke, 1997).

El matoneo siempre ha existido. En algún momento hemos recordado historias en las que se cuentan casos de muchachos que han chantajeado, han golpeado a otros, les quitaban las meriendas a los más pequeños o se encontraban a la salida de la escuela para golpear a alguien. Lo que se observa es que hoy en día, los hechos son cada vez más peligrosos (Mejía, 1999). Se ve que las riñas ya no se presentan con solamente golpes o insultos, sino como lo dice Mejía (1999), en su artículo “Matoneo en la escuela”, los muchachos ahora tienen acceso a las armas y van armados a la

escuela, convirtiéndose poco a poco en amenazas para los otros compañeros y para sus maestros.

Rodríguez (1997), también defiende la teoría de que el matoneo o matonería – como él la llama – siempre ha existido, y no se confina solamente a los colegios. Se sabe de matonería doméstica, institucional y se conoce gente matoneada y matona. Se sabe también de matones que logran convencer a los demás de que poseen grandes virtudes y atributos de los que carecen los demás y logran así la manipulación de los demás para ubicarlos en situación de víctimas. La historia de la matonería es larga, y se puede saber de ella por películas, publicaciones en libros, periódicos o revistas, experimentada personalmente, y otras formas de manifestación. Se observa cómo en el contexto escolar también se presenta con bastante frecuencia.

Todos los alumnos, tanto los niños como las niñas sufren del matoneo, siendo este hecho muy significativo para ellos por parte de sus compañeros de colegio, o por los de su mismo curso. (Marland, 1997). Este matoneo, puede conllevar a ciertas consecuencias como por ejemplo, el rompimiento de grupos de amistades, por la modalidad oral, es el caso que postula Marland (1997) en un artículo, el cual dice que una niña peleó con su amiga y luego incitó a todas las demás compañeras a que la maltrataran.

Es importante tener presente que, aunque muchos niños son víctimas del matoneo, no todos se convierten en víctimas

constantes, sino que se resisten a ello. Para aclarar qué es lo que sucede con los niños que se convierten en víctimas, es necesario examinar su mundo interno, sus conflictos, fantasías y defensas pararon el fin de tratar de comprender este aspecto con relación a la matonería. Un ejemplo de esto podría verse mediante el reflejo de las relaciones con los padres, ya sean estas buenas o malas, las cuales se verán reflejadas en las conductas de estos niños. Este fenómeno del matoneo, es un problema que probablemente los maestros lo observen, pero quizás no sea correctamente comprendido (Rodríguez, 1997).

El fenómeno de la violencia escolar, que conlleva conductas de tipo intimidatorio entre escolares, no es un fenómeno actual, por el contrario es muy antiguo. El hecho de que determinados niños sean objeto de las agresiones y el hostigamiento de otros niños, se describe en obras literarias, y de igual forma, son experiencias que en la actualidad muchos adultos han vivido directa o indirectamente en sus épocas de estudiantes (Olweus, 1998).

Dan Olweus, introduce un concepto que trae un significado similar al de “Matoneo” anteriormente mencionado. Este término utilizado en la actualidad y muy común en las investigaciones realizadas sobre violencia escolar, es el de *Bullying*, término con el cual se hace referencia a conductas o situaciones de acoso e intimidación de un alumno o alumnos hacia otro u otros alumnos.

Olweus (1993), citado por Ortega y Mora-Merchán (1997), define la “victimización” como una conducta que conlleva persecución física y/o psicológica que realiza un alumno contra otro, el cual elige como víctima en repetidos ataques. Esta acción intencionada, coloca a la víctima en una situación de la que difícilmente puede salir por sus propios medios.

Dicha situación de acoso, de intimidación o de victimización es aquella en la que el alumno o alumna se encuentra expuesto de manera repetida y durante un tiempo, a acciones negativas llevadas a cabo por otro alumno o grupo de ellos. Las acciones negativas incluyen actos de agresión, ya sea de tipo verbal o que impliquen contacto físico, o de tipo psicológico como la exclusión, contra otro alumno o alumna. Se presenta un hecho particular en este tipo de situaciones, y es el hecho de la desigualdad de fuerzas. No hay que confundir dichas acciones con acciones espontáneas de violencia que se observan rara vez en las relaciones entre los escolares (Anónimo, s.f.).

En el estudio investigativo de Mooij (1997), sobre dicho fenómeno de victimización, los maestros mencionan que un 8 por ciento de los alumnos son ocasionalmente víctimas de intimidación o violencia de otros alumnos. Un 7 por ciento de los alumnos ocasionalmente intimidan a otros alumnos o usan violencia física contra ellos. Un 18 por ciento de los alumnos exhiben conductas perturbadoras en clase.

La intimidación y la victimización entre escolares son procesos de gran complejidad que se producen en el marco de las relaciones interpersonales y con gran frecuencia en el marco escolar, donde muchas veces el problema crece progresivamente, generando graves repercusiones a mediano y largo plazo para los implicados. Las víctimas manifiestan una alta probabilidad de ocurrencia en años posteriores de inadaptación social y fracaso escolar. Los agresores por su parte, pueden llegar a verse implicados en contextos de delincuencia juvenil (Ortega y Mora-Merchán, 1997).

Es bastante frecuente encontrar situaciones de peleas en los centros escolares entre los niños, y estas situaciones pueden controlarse generalmente por los profesores u otros estudiantes implicados. Sin embargo, en una proporción más reducida de escuela, la violencia es más o menos un problema recurrente, que afecta no solamente el ambiente de la escuela, por el hecho de que ciertos niños temen ser víctimas de tales ataques violentos, sino también el aspecto académico, ya que las clases se pueden ver interrumpidas y la motivación de los estudiantes por la escuela disminuye considerablemente (Campart y Lindström, 1997).

Parodi (1999), hace mención a lo que se evidencia en el proyecto llamado “Pléyade”, sobre lo que los niños y las niñas cuentan sobre temas como la violencia, el maltrato y los caminos para la paz, en el cual, uno de los datos que más le sorprende,

es que los niños, contrario a lo que se pensaba, dicen que sus compañeros son muy agresivos, peleones, groseros, roban, no comparten, no dialogan, “*los más grandes nos patean*”, incluso, uno de los niños dijo: “*No me gusta ir a la escuela por miedo a mis compañeros*”. (p.80).

Muchos de los alumnos que son sometidos a intimidación violenta por parte de otros compañeros en la escuela, temen la convivencia diaria en este sitio porque se torna en un infierno, adquiriendo características de personalidad ansiosa e insegura, y por no intentar enfrentarse con sus agresores, prefieren optar por no desear asistir al colegio prefiriendo plantear varias excusas para quedarse en casa. Son varios los efectos que pueden surgir en estos niños víctimas de agresiones constantes, tales como disminución en la concentración y rendimiento en sus tareas, se llenan de temores, -intentándolos disimular -, se sienten con una debilidad a nivel social, y poca capacidad de afrontar las relaciones interpersonales, su autoestima se devalúa al igual que la imagen de sí mismos.

En el otro extremo estarían los niños agresores quienes agraden a los demás impunemente, y estos se socializan con una conciencia de clandestinidad e impunidad que afecta gravemente su desarrollo sociopersonal. Se van convirtiendo poco a poco en personas para quienes las normas no tienen mayor relevancia y tienden a saltárselas y a no cumplirlas; en síntesis, abusan de

los demás. Esto a su vez les va deteriorando su desarrollo moral y aumentando el riesgo de acercamiento a la precriminalidad (Ortega, 1997).

Ruíz (2002) menciona en su conferencia sobre “Violencia Armada en las escuelas”, un estudio llevado a cabo en Bidwell, en donde los datos refieren que en estudiantes de secundaria irlandeses, el fenómeno del *Bullying-victim*, es decir, esta forma de intimidación o matoneo, había sido experimentada al menos una vez, por el 68 por ciento de los sujetos, y algunas o muchas veces por el 37 por ciento.

Algunos de los ejemplos de situaciones que conllevan el fenómeno *Bullying* en la escuela, pueden ser los siguientes: se puede observar esta situación cuando un niño o niña opta por insultar a su compañero o compañera, se burla de él o ella, lo amenaza, le lanza cosas, es golpeado o golpeada y les dice a los demás compañeros que no se junten con él o con ella. Otro ejemplo puede ser cuando en cualquier lugar de la escuela, un grupo de escolares toman a otro grupo como objetivo de sus ataques, los cuales se basan en burlas hacia su aspecto personal, se ríen de ellos, les dicen a los demás que no les vuelvan a hablar para que no tengan amigos ni amigas, los acusan de algo siendo mentira, y otras conductas intimidantes. Después de dichos actos, pueden decir que los realizan como un juego y que no era en serio, a pesar de lo molesto e incómodo que puede resultar para las víctimas de

tales ataques. Muchos otros ejemplos pueden ser mencionados, ya que estos dos no son los únicos que actúan en el escenario de la escuela (Anónimo, s.f.).

Ejemplos más específicos y personales presenta Olweus (1998), citando historias que han aparecido publicadas en la prensa. Como primer ejemplo se puede mencionar el siguiente caso: “Johnny, un niño tranquilo de 13 años, fue un juguete de sus compañeros de clase durante años. Los adolescentes le importunaban para que les diera dinero, le obligaban a tragar hierbajos y a beber leche mezclada con detergente, le golpeaban en la sala de recreo y le ataban una cuerda al cuello, para sacarle a pasear como a un ‘perrito’. Cuando se preguntó a los torturadores de Johnny sobre sus intimidaciones, dijeron que perseguían a su víctima porque ‘era divertido’. Esta fue la situación”.

Otro ejemplo que menciona Olweus, tomado de un artículo de prensa, es el de Sarah. “.....Sarah, de 10 años, fue objeto de mofas de dos chicas indisciplinadas porque no quería participar de sus actos perturbadores en clase. Le ponían apodos, la amenazaban con el puño y convencían a otras para asegurarse de que estuviera excluida del resto de la clase. “Antes me gustaba la escuela”, dice Sarah perpleja, “pero ahora la odio” (p. 23).

La revista *Semana* por su parte (Anónimo, 1997), en un artículo publicado con el título de “Juegos Peligrosos”, menciona el caso de una jovencita de secundaria que fue apaleada

inmisericordiosamente por cinco compañeros de uno de los establecimientos educativos más prestigiosos de Bogotá por un asunto de celos. Otro hecho con relación a conflictos entre novios, que conllevan celos, se puede observar en el caso presentado en una institución educativa del sur de Bogotá, cuando, al finalizar una jornada escolar en horarios de la mañana, a la salida del colegio, a media cuadra de distancia de éste, se encontraba una joven acompañada de un grupo de varias jovencitas, esperando a una de las alumnas de dicha institución, con el objetivo de apuñalearla, debido a que la alumna estaba saliendo con el novio de la joven que la apuñaleó (Noticias RCN, 1998). _

Al parecer, la mayoría de los estudios que se generan sobre *bullying*, se basan siempre en la definición propuesta por Olweus (1998). En los estudios llevados a cabo en Alemania sobre dicho fenómeno se sostiene que en ese país, en la actualidad, el intimidar forma parte de la cultura escolar, y que la intimidación es un problema que hay que tomarse en serio (Funk, 1997).

Por otra parte, como consecuencias de este tipo de victimizaciones, Ericson (2002), citado por Ruíz (2002), señala que el fenómeno *Bully-victim* tiene efectos tanto en el victimario como en las víctimas. Estas últimas experimentan como consecuencia de los agravios de los pares, humillación, inseguridad y pérdida de la autoestima, lo que les puede llevar a tener miedo a asistir a la escuela, y puede aumentar el riesgo de sufrir depresión y otros

problemas de salud mental, que puedan llevar a un alto riesgo de presentarse situaciones de suicidios.

Los niveles de ansiedad y la baja autoestima por parte de los alumnos víctimas de ataques de otros compañeros, genera una gran preocupación en los profesores, y este hecho da pie para iniciar una discusión con un cierto matiz de urgencia. Se señala entonces con firmeza la responsabilidad que los adultos tienen de intervenir cada vez que un niño agresor trata de amedrentar o atropellar a sus víctimas (Rodríguez 1997).

De esta forma, se tiene en cuenta que es importante dejar en claro que la violencia no es sólo la que produce la muerte, aunque sea esta de la que más se habla. Se observa que existen otras formas de violencia, otros modos de maltrato que dejan secuelas y efectos que pueden llegar a ser intangibles e invisibles y sobre ellos no se está pensando ni investigando lo suficiente.

Aunque son muy pocos los casos extremos de violencia escolar que se presentan en nuestro país, de igual manera, muchos de los colegios de estratos altos, empiezan a observar con preocupación nuevas modalidades de juegos y prácticas que se experimentan en las instituciones con altas dosis de agresividad. Un ejemplo de tales prácticas es el “secuestro”, consistiendo en que un grupo de muchachos le paga a otro para que “secuestre” a un compañero por el cual no sienten simpatía, y que lo lleven a un lugar apartado, donde los que dan el dinero por este hecho, lo

puedan golpear a gusto y a escondidas de sus maestros (Anónimo, 1997).

Según Mejía (1997), al referirse al maltrato infantil postula ciertos tipos de maltrato, que de alguna u otra forma son ejecuciones de comportamientos violentos, los cuales se presentan en las instituciones escolares. Esta clasificación es dada en Colombia basándose en los criterios para registro de una manera específica a partir del estudio de la Defensoría del Pueblo en los años de 1994 y 1995, al tratar el problema del maltrato infantil. Al entrar en el ámbito escolar, podemos encontrar los siguientes tipos de maltrato, definidos en el artículo de Mejía (1997):

-) Físico - El cual se refiere a toda forma de agresión infligida por parte de una persona hacia otra, producida por el uso de la fuerza física no accidental. Entre estos se pueden presentar comportamientos tales como el golpear a otros o el abuso sexual.

-) Psicológico o emocional - Este se genera por varios motivos, entre ellos la ausencia de afecto, esencial para el desarrollo psicoafectivo. También se puede presentar por una sobreprotección. Otras formas del maltrato psicológico, podrían ser: el desconocimiento por el otro, la humillación ante los demás, la burla, el desprecio, los insultos, el regaño y el uso de la autoridad para amedrentar o someter.

-) Negligencia o descuido - Esta se refiere a la privación de las necesidades básicas cuando pueden ser brindadas (asistencia

médica, cuidado, protección, entre otras), con el fin de garantizar al estudiante un desarrollo biopsicosocial normal.

El maltrato físico a los hijos es más común en las zonas rurales. Se da una proporción que plantea que entre menor sea el nivel de educación y mayor sea el número de hijos, más es la proporción de padres que golpean a sus hijos. De igual forma, se encuentra que entre mayor sea el nivel educativo, mayor la proporción de los que castigan a los hijos privándolos de algo que les gusta (OPS/OMS, 1998). Se observa de esta manera la correlación entre factores de nivel educativo y la intensidad del uso de mecanismos violentos en la relación familiar en los diferentes hogares.

La violencia ejercida sobre las personas o estudiantes en el ámbito educativo, conlleva muchas consecuencias tales como la desconfianza en sí mismo, la baja autoestima (ésta involucrada tanto en el agredido como en el agresor, ya que un agresor logra sentirse mucho mejor humillando a otros, ya sea basándose en la fuerza bruta o mediante la intimidación psicológica) (Rodríguez, 1997), se sienten desconcertados a causa de su angustia, recurriendo a toda clase de estilos de adaptación inadecuados como por ejemplo, contestar “no lo sé”, al preguntársele sobre sus problemas, trayendo como consecuencia una nueva dificultad para trabajar sobre el problema de los violentos en la escuela, en

otros casos recurren al abandono de esta, al autoaislamiento con los demás, la soledad y demás manifestaciones afines.

También es importante tener en cuenta lo que el personal que convive en el contexto educativo piensa o representa del tema de la violencia escolar, en especial los mismos alumnos que son los que empiezan a proyectarse el mundo de cierta manera y a sacar sus propias conclusiones a través de la actividad social, involucrando a la vez un trabajo individual (Gómez y Ramírez, 2000).

Se sabe que la tarea de abordar el problema de la violencia escolar no es fácil, así como tampoco lo es el hecho de aceptar que no hay una solución sencilla referida a los problemas de baja estima o similares, pero sí es necesario recordar que existen familias con patrones de amedrantamiento y violencia, los colegios podrían al menos ofrecer la posibilidad de generar fuentes alternativas de autoestima y enseñar diferentes modelos de relación. Teniendo en cuenta además, que en el manejo de los alumnos violentos, la actitud de tratar de aumentar su culpabilidad es poco productiva y solamente sirve para rebajar aún más su autoestima, perpetuando de nuevo el círculo vicioso en el cual estos muchachos tratan de sentirse mejor al humillar a otros mediante la fuerza bruta o por medio de la intimidación psicológica (Rodríguez, 1997).

En camino a la socialización para llevar a un espacio de no violencia lo que se propone es considerar formas de regulación de las distintas fuerzas que confluyen en la escuela. Es necesario

reconsiderar la postura de muchos de los trabajos sobre esta como institución donde ven en ella, un espacio en el que se da la homogeneidad cultural, aunque la diversidad no depende de formas democráticas de distribución formal de mecanismos de poder, ni de la presencia de diversos sujetos en un mismo espacio de intercambio, sino de la conformación de mecanismos que hagan posible un espacio de convivencia, intentar la construcción personal dentro de lo diverso (Zuleta, 1995).

Claro está que la labor de educar no es sólo responsabilidad de los colegios, ni es suficientemente bueno esperar a que los niños vayan a aprender por el contexto escolar. También es necesario que los padres, estén permanentemente enseñando a sus hijos, ya que no existe razón para que uno no se pueda salir del contexto de las ciencias o de la historia, y lograr enseñar algunos procesos de pensamiento como: ¿qué es evidencia? o ¿cómo se juzga? (Marland, 1997).

A pesar de todo, existen quienes entregan sus esfuerzos en la labor de abordar el tema de la violencia escolar, con el claro objetivo de erradicarla de los centros educativos, o en su defecto, disminuirla. Por esta razón existe un proyecto que se lleva a cabo en la ciudad de Bogotá, llamado “Ciudad Educadora”, siendo el interés principal de dicha investigación el hecho de construir una ciudadanía, la cual tiene que estar referida a procesos de inclusión e integración social y política. La construcción de una ciudad

que sea educadora, que implique la calidad en la formación de ciudadanos de primera categoría, abarcando todos los sectores de la población. Con el proyecto en mención, se propone la idea de una educación que en efecto sea un dispositivo de la cultura para que pueda ser transmitida, reproducida y que también pueda recrearse y transformarse (Villa y Moncada, 1998).

La sociedad puede prevenir y remediar la aparición de estos síntomas de conductas violentas tan preocupantes y lograr que no se perpetúen, mediante la potenciación de los contextos educativos formales, creando entornos que permiten llevar a cabo relaciones interpersonales basadas en la formación de personas generosas, comprensivas y tolerantes (Trianes y Muñoz, 1997). La institución ya no puede ser pensada como la ordenación encargada de dotar a los sujetos que acuden a ella de las competencias suficientes para la interacción, reproduciendo la interacción social, sino vista como una producción de sentido capaz de crear y conformar el ordenamiento de lo social (Daza, 1995).

Se debe considerar la importancia de llevar a cabo un proceso de enseñanza y educación integral, el cual debe orientarse a la formación de la persona en la autoestima, la autonomía, la dignidad humana y la convivencia. Asimismo, llevado a cabo mediante procesos dinámicos, dialogales, intencionados y permanentes, donde la educación adquiere un lugar y un espacio formal en la escuela para reflexionar acerca de los hábitos y

comportamientos de niños, niñas y jóvenes con miras a que se construya de manera colectiva mejores formas de relación en una cultura tolerante y que respete las diferencias (OPS/OMS, 1998).

De igual manera, son muchos quienes se plantean varias preguntas en torno a lo que debería ser la educación, lo que debería generar en la formación de buenos ciudadanos en lo que respecta a la función que actualmente está cumpliendo esta institución que contribuye a la socialización. Por esta razón, Medina (1991) se formula la pregunta: “¿Qué es lo que se enseña en las escuelas y para qué les sirve a los individuos en la cotidianidad de su existencia?” (p. 34).

Por su parte Armenta (1999), sostiene que el propósito que tienen los maestros de comprometerse en contra de la violencia y el maltrato, le exige a estos el ejercicio de su facultad de reflexión consciente sobre sus acciones diarias. Sólo así, se podrá llegar a establecer un ambiente escolar en donde se busquen formas más cálidas y respetuosas de convivencia, las cuales permitan disminuir los niveles de agresividad y violencia. Elementos estos que dejen de caracterizar las relaciones sociales y que no se difundan al ámbito familiar ni educativo.

Lo que autores como Parra, González Moritz, Blandón y Bustamante (1994) plantean, citando las palabras de un rector de una institución educativa colombiana, es que a los maestros les ha faltado permanecer y compartir más tiempo con los alumnos, e

insiste en ello para que les dediquen más tiempo, participen con los alumnos en los recreos, los dirijan, charlen con ellos, considerando esa, la mejor manera para poder evaluar a los alumnos y los problemas que entre ellos se presenten. No solamente en las aulas de clase es donde se debe prestar atención a las actitudes de los niños, ya que muchos de los comportamientos violentos pueden suceder durante el descanso, en los pasillos y en los baños.

La realidad del fenómeno de la violencia escolar es muy compleja, ya que se cruzan en éste, diversos factores. Por tanto, la investigación y el análisis sobre dicho fenómeno son aún muy precarios, así como también las respuestas educativas son igualmente distintas. No es posible afirmar que exista un buen y adecuado paradigma conceptual desde el cual llevar a cabo una buena interpretación de tal fenómeno en toda su dimensión, la naturaleza social y psicológica del problema (Fernández, s.f.).

Como se ha venido mencionando, una de las consecuencias grandes que puede generar el fenómeno de amedrantamiento entre escolares, es el de la baja autoestima. Se sabe que no es fácil una solución ante dicho problema, sin embargo, como recalca Rodríguez, (1997), es necesario recordar que, en especial en situaciones donde patrones de amedrantamiento han existido en las familias en el curso de varias generaciones, las instituciones educativas podrían al menos ofrecer fuentes alternativas de autoestima y enseñar diferentes modelos de relación. Este autor,

también resalta el hecho de que se considera importante tener en cuenta en el manejo del niño agresivo, una actitud de no tratar de aumentar su culpabilidad que es con frecuencia poco productiva, y a fin de cuentas, únicamente sirve para rebajar aún más su autoestima, lo cual perpetúa de nuevo el círculo vicioso en el cual este niño agresivo intenta sentirse mejor humillando a otros mediante el uso de la fuerza bruta o por la intimidación psicológica.

Al parecer, en la reflexión y estudio de la violencia escolar hay grandes vacíos aún, y una de las razones explicativas para este hecho, por parte de la escuela, sus actores e investigadores, tiene que ver con una ceguera no siempre intencional. Es decir, existe una tendencia a negar o no querer ver la violencia que, posiblemente, cada uno reproduce de la sociedad o aquella a la que se contribuye a generar en la institución educativa. Únicamente se observan los casos extremos, que conllevan muertes, homicidios, crímenes y masacres, o la que se expresa por medio de secuestros y privación de la libertad. En general, se observa solamente la violencia social, pero es poco lo que se la cuestiona en las instituciones educativas y en las relaciones a su interior. Ello sucede no solamente porque no se quiera verla, sino porque tampoco es fácil observarla (Camargo, 1997).

Cuando se presentó el proceso de expansión de la educación, a mediados del siglo XVIII, a la escuela se le asigna la función de

convertirse en un factor de modernización de la sociedad. Y en la segunda mitad de ese siglo, la sociedad colombiana presenta un proceso dinámico y vertiginoso de modernización especialmente en las grandes ciudades. En contraste, la escuela se ha quedado rezagada reproduciendo un modelo arcaico expresado básicamente en dos aspectos: la concepción y práctica del conocimiento y la organización social de la escuela. Con relación al primer punto, esta se convierte en un medio donde sólo se da una transmisión de información, dejando de lado procesos pedagógicos encaminados al procesamiento de tal información, convirtiéndose en una Institución socialmente ineficaz (Cajiao, 1996).

Muchas veces se culpa de estos hechos violentos en las escuelas a las metodologías utilizadas en los sistemas de educación. Por tal razón, Cajiao (1999), menciona que muchas de las pedagogías del carácter, - mecanismos donde prima lo autoritario en la educación – han sido fundadas en el rigor, en la contención de los impulsos, en el control de las emociones y en la exigencia externa, conllevando con esto a que se entienda que el éxito quede marcado por la competitividad, por el reconocimiento de las propias capacidades y por la intolerancia frente al error. Actitudes estas típicas de las instituciones con prácticas basadas en la disciplina y la homogeneidad.

Son varias las ocasiones en donde es posible observar que las relaciones en la escuela generan actitudes de competencia en

los estudiantes, ya que las diversas circunstancias de las personas que allí se desenvuelven, se cruzan, a veces aplastando a los otros - si se requiere - para sobrevivir en un mundo donde la competencia es el factor determinante. Competencia de todo orden, del orden de lo intelectual, de lo físico, del poder, de lo económico, de lo social y demás. (Mejía, 1999).

Estas metodologías de corte autoritario, posibilitan que se generen muchas formas de agresión entre los asistentes del contexto escolar, ya que es necesario resaltar el respeto en vías tanto del profesor hacia el alumno como del alumno hacia el maestro, sin que el maestro abuse de su condición. El alumno le debe al maestro el mismo respeto que este le debe al alumno. Cuando en el maestro se observan conductas que violenten al alumno física o verbalmente, no tiene autoridad después para reclamarle respeto. En las relaciones de tipo vertical que se establecen entre los estamentos sociales de la escuela, se limitan las posibilidades de una convivencia armónica y se nutren los conflictos (Medina, 1991).

Las tensiones que se pueden generar en las escuelas van creando niveles de solidaridad y complicidad entre los grupos que los llevan, cuando no son canalizados hacia comportamientos agresivos. Por ejemplo, el hurto menor: “me robaron las onces profe”, deviene en ocasiones a reprimendas generales. Dicha sanción generalizada que se presenta ante la imposibilidad de

romper el mutismo colectivo es una práctica en la cual lo que se coloca de presente, no es la aplicación de la justicia, sino de la injusticia: “Por unos, pagan todos”. Por otro lado, los “delatores”, que por lo general son simpatizantes de los maestros corren los riesgos de la persecución colectiva, el aislamiento y las golpizas (Medina, 1991).

Otro posible factor que favorecería el desenvolvimiento de conductas violentas y agresivas en los diferentes centros escolares, puede ser, al parecer, un problema sobre las estructuras de los centros: la falta de espacio. Siendo tales espacios limitados a zonas de invasión, que a su vez, por las características de expansión de poblaciones aledañas, los colegios y escuelas resultan siendo espacios muy poco acogedores para hacer posible el encuentro y el uso del espacio en actividades recreativas.

De la misma forma, se observa cómo la escuela, con una única jornada de estudio, ya sea la de la mañana o la de la tarde, no aprovecha efectivamente sus espacios, ya que se encuentra en función de la transmisión de conocimientos, dejando de lado el sentido que posibilitarían otros usos en los que la comunidad pudiera darle una nueva dimensión y perspectiva al espacio físico de las escuelas (Pérez y Mejía, 1999).

Sin embargo, Olweus (1998), en su investigación sobre violencia escolar, refiere que el tamaño de las aulas no tiene una gran importancia en la gravedad y frecuencia de los problemas de

agresores y de víctimas que se plantean en el aula o en la escuela. A pesar de esto, se cuenta como hecho, el que como término medio, el número absoluto de alumnos agresores o víctimas es mayor en los centros grandes que en los pequeños.

Con relación a la transmisión de conocimientos, Illich (1974) plantea que son bastantes las décadas precedentes que depositan una gran confianza en la Escuela, y esto ha convertido al conocimiento en una mercadería, un producto comerciable de una clase especial. El conocimiento se considera ahora como una necesidad primaria, y también como la moneda más preciada de la sociedad. Esto puede ser cierto, pero no se pueden desconocer ni dejar de lado ciertos procesos que competen a la formación integral de los alumnos de los centros educativos.

No solamente se puede pretender crear sujetos que sepan muy bien restar y sumar y darles múltiples aplicaciones a tales operaciones, sino que también se deben formar personas con adecuadas relaciones interpersonales, basadas en la convivencia y en una mejor forma de resolución de conflictos sin llegar a formas violentas de conducta.

Se considera de vital importancia para la sociedad conocer si la escuela contribuye efectivamente a inducir a sus alumnos al desarrollo del conocimiento, así como también de la ciencia, la tecnología y la cultura, y ver cómo lo hace. También es importante indagar sobre su capacidad de influir efectivamente en la formación

de valores éticos y ciudadanos, y además, que se trate de establecer alguna relación entre la función que cumple la escuela y los aspectos individuales del desarrollo humano (Cajiao, 1996).

Otro de los posibles factores facilitadores de la generación de comportamientos violentos en las escuelas, es el que hace referencia a las relaciones interpersonales entre alumnos de distintas edades. Ciertos colegios, tienen todos los cursos en un mismo espacio, y esto puede crear serias dificultades tanto para los niños como para los jóvenes. El que tiene doce años, es muy diferente al que tiene diecisiete en muchos aspectos, y se considera difícil crear una atmósfera apropiada para los dos, en particular para los más pequeños. Los alumnos que ingresan nuevos a la Institución, también tienen muchas veces que, endurecerse o marginarse (Marland, 1997).

Este aspecto que se menciona, puede generar varios conflictos cuando se encuentran varios alumnos de diferentes edades en un mismo sitio, por ejemplo en la hora del recreo. Los más pequeños se pueden encontrar en varias ocasiones en situaciones donde los más grandes aprovechan de sus ventajas físicas, y los primeros pueden ser maltratados de distintas maneras, o quedar marginados de las actividades que por lo general suelen realizar.

Con relación a lo expuesto, se puede observar que en el contexto educativo se presentan eventos, relaciones y situaciones

donde se expresan semillas de violencia en cuanto reflejan lo que la violencia misma significa, es decir, hacer justicia por la propia mano, aniquilar al diferente, utilizar la fuerza como elemento privilegiado para resolver conflictos. Es claro que en las escuelas no se mata de manera generalizada, aunque tales fenómenos se hayan visto, lo cual significa que no toda la escuela sea violenta, y algunas más que otras, pero en el contexto educativo se dan diferentes procesos interactivos, no sólo interpersonales, que pueden provocar agresión, tensiones y manifestaciones de violencia entre todos sus miembros: del maestro hacia el alumno, del alumno hacia el maestro, entre alumnos, de la comunidad hacia el maestro y entre maestros (Camargo, 1997).

Aunque en el ambiente escolar se presenten situaciones de malestar, de maltrato y de violencia, y que allí se produzca un ambiente con estructuras de pensamiento autoritario que caracterizan nuestra sociedad y hagan parte de los modelos educativos que muchas veces fomenta la violencia, en sus formas física, verbal, psicológica o social, se confirma que la violencia y el maltrato no constituyen únicamente una responsabilidad de la escuela y que es pertinente sólo al nivel de lo “privado”; sino que, además se tiene de frente un problema de mayor envergadura, en el que aparte de la persona, la familia, la escuela y las comunidades, está comprometida la sociedad en general, siendo responsabilidad de todos, comprometerse en procesos que conlleven de manera

creativa y transformadora, a un mundo de relaciones más tolerantes y responsables (Armenta, 1999).

En efecto, la educación desempeña un papel muy importante en la formación de los niños y jóvenes en nuestro país, y es un contexto muy importante en donde se juegan procesos de formación en la socialización de sus educandos. Sin embargo, el papel que adelanta también el educador es fundamental, ya que se necesita del compromiso de los maestros, para generar una educación responsable y con miras a un mejor futuro. Por tal razón, el educador debe ser consciente de su papel y creer convincentemente en su labor diaria, pues sólo así puede darle sentido al educar positivamente, como un acto de fe en el futuro, y sentir que su labor repercutirá más adelante en las formas de socialización que vayan a tener sus alumnos. A su vez, los maestros tienen que tener en cuenta que la disciplina es producto de generar formas de acción participativas en actividades bien planeadas. Igualmente, se conoce que los valores se promueven en la vida diaria y no sólo en teoría (Jaramillo, s.f.).

De igual importancia se considera necesario recalcar que para proponer alternativas de tratamiento en aras de contrarrestar el fenómeno de la violencia y los conflictos en los centros escolares, Angulo (2003) recomienda que se debe resaltar como gran necesidad, el considerar la realidad socioeconómica y cultural de cada centro educativo. Teniendo en cuenta dicha realidad, y

partiendo de ésta, se aconseja realizar un diagnóstico particular de la situación de conflicto y violencia que puede vivirse en el plantel. De esta forma, se busca algún tipo de intervención pedagógica.

Hurrelman (1990), citado por Funk (1997), diferencia dos dimensiones en la intervención sobre la violencia escolar: en primera instancia, se encuentra el aspecto personal (preventivo y correctivo), es decir, que por un lado estaría la intervención que se realiza antes de que se presenten los hechos de violencia, y por el otro lado, la correctiva, donde estarían las propuestas de intervención que se realizan una vez manifestada e identificada la problemática; y segundo, el lado objetivo (personal y social). Las medidas de tipo personal que este autor propone, hacen referencia a medidas de tipo preventivo-personal, las cuales son “el apoyo al rendimiento, el fomento de las capacidades sociales y el asesoramiento escolar”. A nivel social, las que propone son: “la mejora del ambiente social en la escuela, la configuración transparente y equitativa de las oportunidades y la estructuración de las posibilidades de participación”.

Volviendo a lo relacionado con la intimidación, Mooij (1997) hace referencia a que, según los datos de su investigación sobre este fenómeno, encuentra que la intimidación, en particular el hecho de ser intimidado, se presenta con mayor frecuencia en la enseñanza primaria que en la secundaria. Se observa la manera como se presenta una gran cantidad de variables desde las cuales

se puede partir para estudiar y analizar el fenómeno de la violencia en los centros educativos.

Es importante además ser realista y no llegar a proponer fórmulas mágicas y utópicas en los centros educativos sin tener en cuenta ningún tipo de contextualización de la realidad social del centro educativo y su entorno. Es posible la implementación de algunos mecanismos de abordaje para una mejor convivencia escolar y más democrática. La insistencia recae sobre los diálogos y la creación de canales de comunicación que sirvan de motor generador de una mejor convivencia escolar (Angulo, 2003).

Con lo anterior, se pretende presentar una revisión muy generalizada de lo que se refiere al fenómeno de la violencia escolar y lo que esto conlleva, por ejemplo el fenómeno del *matoneo*, del *Bullying-victim*, de la *intimidación* y la *victimización*, como se quiera llamar. De igual manera, se menciona el posible papel que puede jugar la escuela y el sistema educativo en la resolución, análisis e intervención de este fenómeno. Es importante aclarar que los alumnos protagonistas tienen ciertas particularidades comunes, tanto las víctimas como los niños agresivos; por tal razón, se pasará a brindar una breve revisión sobre los posibles perfiles que pueden tener estos protagonistas de la violencia en las escuelas, y las características que pueden identificarlos.

A L G U N A S
INVESTIGACIONES
SOBRE PERFILES
DE VÍCTIMAS Y
A G R E S O R E S

Se observa entonces que el problema de la violencia no sólo se reduce a generalidades. En todos los salones se encuentran niños que ejercen su liderazgo por ser los más violentos, los “chachos” como los llaman, y con los cuales “no se mete nadie”. Generalmente, estos niños son los que más problemas familiares y sociales padecen y necesitan una buena dosis de agresividad (Valdés, 1991).

Para empezar con este tema, es necesario mencionar a un autor que se ha puesto en la tarea de examinar y analizar ciertas características de los niños que son víctimas de agresiones y de los que cometen estas contra otros compañeros. Ese autor, es Dan Olweus (1998), quien plantea varias características, que a continuación se nombran.

Respecto a los niños que son víctimas, Olweus plantea las siguientes características, tomando en cuenta diferentes categorías para plantearlas. En primer lugar, se puede mencionar la influencia de la variable “género” con relación a los niños que son afectados por la violencia escolar. Según los datos de la investigación de Olweus, existe una tendencia a que los niños estén más expuestos al acoso que las niñas.

Las víctimas típicas, son por lo general alumnos más ansiosos e inseguros que los demás. Suelen ser cautos, sensibles y tranquilos, cuando se sienten atacados, normalmente reaccionan llorando y alejándose (en especial en grados más inferiores).

Padecen de una baja autoestima con una opinión negativa de sí mismos y de su situación. Con frecuencia se consideran fracasados, estúpidos y avergonzados. En los colegios se les observa solos y abandonados, casi no tienen ni un solo buen amigo en su clase, no muestran conductas agresivas ni burlonas, de lo cual se infiere que el acoso y la intimidación no se puede explicar por las provocaciones a que las propias víctimas pudieran someter a sus compañeros. Estos niños, también suelen tener una actitud negativa frente a la violencia y el uso de medios violentos. Si se trata de niños, lo más probable es que se vean más débiles que los otros en general. A este grupo de víctimas, el autor los clasifica como víctimas pasivas o sumisas. Niños que no responderán al ataque o al insulto.

También se caracterizan por un modelo de ansiedad y de reacción sumisa combinada con una debilidad física. En este tipo de víctimas, el hostigamiento repetido por parte de los compañeros, es lo que posiblemente genera en ellos su alto grado de ansiedad, inseguridad y en general la valoración negativa que hacen de sí mismos. De igual forma, estos niños tienen con sus padres, especialmente con sus madres, un contacto más estrecho y unas relaciones más positivas que otros niños en general. Para algunos maestros, dicha relación constituye una sobreprotección por parte de las madres.

La otra categoría que Olweus propone para las víctimas, es la de las “víctimas provocadoras”, quienes se caracterizan por

una combinación de modelos de ansiedad y reacciones agresivas. Estos alumnos suelen tener problemas de concentración, y se comportan de forma que causan irritación y tensión a su alrededor. Algunos de ellos pueden caracterizarse como hiperactivos. No es raro que su conducta provoque a algunos alumnos de la clase. Al igual que las víctimas pasivas, estos niños también pueden ser más débiles físicamente que sus compañeros. Además, pueden ser malgeniados, intentan pelear o responder cuando se les ataca o se les insulta, pero normalmente de forma ineficaz. Pueden ser hiperactivos, inquietos, dispersos y ofensivos y de costumbres irritantes, es posible que provoquen el disgusto activo de los adultos, incluidos los profesores y pueden intentar agredir a otros escolares más débiles.

A continuación, se hace mención a lo que suele caracterizar a los agresores típicos, tomando como referencia lo que este mismo autor propone. Una característica distintiva de estos niños es su belicosidad con sus compañeros, aunque a veces también se muestran de la misma forma con los adultos, tanto con sus profesores como con sus padres. En general tienen una actitud de mayor tendencia hacia la violencia y el uso de medios violentos que los demás alumnos. Suelen ser impulsivos y observan una necesidad imperiosa de dominar a los demás, presentan poca empatía con las víctimas de sus agresiones. Con frecuencia registran una opinión positiva de sí mismos, son físicamente más fuertes que sus víctimas.

En común opinión de psicólogos y psiquiatras, son niños que, aunque adopten modelos de conducta agresivos y bravucones, de hecho esconden bajo la superficie una personalidad ansiosa e insegura. También es necesario mencionar que existen alumnos que aunque son agresivos y participan en las intimidaciones hacia los otros, normalmente no toman la iniciativa. A estos alumnos, se los clasifica como “agresores pasivos, seguidores o secuaces”. Son alumnos que se suelen rodear de un grupo de compañeros que les apoyan y parecen simpatizar con ellos.

Con relación a los aspectos psicológicos de estos niños, Olweus plantea tres posibles motivos basado en sus investigaciones. En primer lugar, estaría el hecho de que quienes intimidan y acosan sienten una necesidad imperiosa de poder y de dominio, parecen disfrutar cuando tienen el “control” y necesitan dominar a los demás. Segundo, considerando las condiciones familiares en las que se encuentran estos niños, se puede suponer que han desarrollado cierto grado de hostilidad hacia el entorno, y tales sentimientos pueden llevarlos a sentir satisfacción cuando producen daño y sufrimiento a sus compañeros. Y tercero, se encuentra el componente del beneficio que consiguen con sus comportamientos, ya que, los agresores con frecuencia obligan a sus víctimas a que les den dinero, sus onces y otras cosas.

En general, estos niños que agreden o intimidan a los demás suelen participar en actividades tales como gastarles bromas

desagradables en repetidas ocasiones a sus víctimas, les llaman por apodos, los insultan, los ridiculizan, los desafían, los denigran, los amenazan, les dan órdenes, les dominan y subyugan. Molestan a sus víctimas, los empujan, los acobardan, los pinchan, los golpean y les dan patadas, los envuelven en peleas y discusiones en las que se encuentran indefensos, les quitan los libros, el dinero, y sus pertenencias se las pueden romper o “lanzar lejos”. Pueden comportarse así con muchos alumnos, pero por lo general escogen sobre todo a los más débiles y relativamente indefensos.

Con relación a las niñas agresoras, hay que tener en cuenta que resulta más difícil descubrirlas, ya que éstas se sirven de medios menos visibles de hostigar, como la calumnia, la propagación de rumores y la manipulación de las relaciones de amistad en clase.

En general, los alumnos agresores, suelen tener las siguientes o más características:

- físicamente, pueden ser más fuertes que sus compañeros de clase y que sus víctimas en particular
- pueden ser de la misma edad o un poco mayores que sus víctimas
- son físicamente eficaces en los juegos, los deportes y las peleas

- sienten una necesidad imperiosa de dominar y subyugar a otros alumnos, de imponerse mediante el poder y la amenaza, así como de conseguir lo que se proponen
- pueden valerse de su superioridad real o imaginaria sobre otros alumnos
- son malgeniados, se enfadan fácilmente, son impulsivos y poco tolerantes a la frustración
- les cuesta adaptarse a las normas y aceptar las contrariedades
- suelen tener con los adultos, una actitud hostil, desafiante y agresiva, (incluso con sus padres y maestros) y pueden llegar a atemorizarles (según la edad y la fuerza física del joven)
- son convincentes para salirse de “situaciones difíciles”
- se les considera rudos, duros, y muestran poca simpatía por los alumnos que sufren de las agresiones
- tienen generalmente una concepción positiva de sí mismos
- suelen adoptar conductas de tipo antisocial, incluido el robo
- tienen malas compañías, con frecuencia cuentan con el apoyo de un grupo de compañeros
- los agresores son menos populares en las escuelas de primaria

- su rendimiento académico puede ser normal, o estar por debajo o por encima del promedio en los grados de primaria, mientras que en la secundaria, por lo general obtienen notas más bajas y desarrollan una actitud negativa hacia la escuela.

En general, esto es lo que plantea Dan Olweus, con relación a los perfiles típicos de los niños agresores y de sus víctimas. Sin embargo, en otras investigaciones se han podido establecer otros rasgos típicos para estos protagonistas del fenómeno de la violencia escolar. Tal es el caso de Mooij (1997), quien plantea que una de las causas de la conducta antisocial puede ser observada en la persona en cuestión, es decir, el perfil personal puede tener una importante relevancia en este hecho. Entonces, las variables significativas pueden ser las biológico-culturales, como el género (siendo de más riesgo el masculino) y los factores emocionales y sociales que tienen un impacto sobre el individuo.

Un factor importante estriba en la relación que se establece entre la madre y el bebé, y en particular en la tendencia de la madre por dominar e infligir castigos crueles al niño. Se presentan también procesos de poder e identidad dentro del propio grupo infantil (deseo de impresionar a los amigos, conciencia de falta de control social y conocimiento del riesgo de ser descubierto, reconocimiento de que la víctima es más débil y otros más). Los

amigos, pueden forzar a otro niño a sumarse a una conducta antisocial, como pegar o robar. Con los comportamientos antisociales, se le puede dar al niño una posición superior en la jerarquía de sus amigos (Mooij, 1997).

Algunos de los niños agresores creen que son más interesantes y que los demás los mirarán mejor si desprecian a sus compañeros, les buscan defectos, se burlan de ellos, estropean sus cosas, los aíslan porque no son como ellos, o porque creen que éstos no podrán defenderse de ninguna forma ante sus burlas o amenazas. En realidad este tipo de niños no tienen verdaderos amigos. Los que son sus secuaces, puede que lo hagan por miedo o porque no sabrían cómo hacer sus propios amigos y se apoyan en el poder del otro, para hacerse un poco más importantes.

Encontramos otro autor aún más reciente (Armas, 2000), quien plantea una interesante categoría de análisis para los perfiles de los niños o niñas agresores, esta es, **la ley del silencio**: los matones intentan callar a sus víctimas asustándolos y amenazándolos para que no comenten con nadie la agresión a la cual están siendo sometidos y de esta manera imponen la ley del silencio. Algunos de los matones se comportan como las mejores personas delante de los docentes pero, al momento de marcharse, el matón encuentra la mejor oportunidad para atacar a su víctima y así mismo lo intimida. El salón de clases es el lugar más habitual para insultar a sus compañeros, colocar apodosos y hasta romperle

sus objetos personales. Para estos niños, la hora del recreo es el espacio más habitual para las agresiones físicas y de exclusión social.

La agresión entre iguales no se limita a las aulas o al recreo, también puede llegar a ocurrir fuera de las instalaciones de la institución educativa. Así por ejemplo, si la víctima y el agresor son niños que se encuentran viviendo cerca el uno del otro, no solamente se produce en los espacios del colegio, sino también se extiende al barrio donde se encuentren viviendo.

Los matones normalmente quieren que la atención de todas las personas se centre en ellos para así sentirse importantes y fuertes. La mayoría de matones, aunque no lo demuestren, sienten gran frustración y tristeza internamente y tienden a tener un carácter depresivo. Sienten envidia por los demás y su interés principal es estropear la felicidad de los demás. Otras características principales de los niños matones son (Armas, 2000):

- el niño justifica sus actos violentos; ejemplo, refiere que era una broma o que fue culpa de la víctima quien lo provocó
- no asume la responsabilidad de sus actos, “los culpables siempre son los demás”
- se disculpa negando lo evidente, refiere aspectos como “yo sólo estaba pasando por ahí”, o “tuve que defender a

mi amigo” o “no quería hacerle daño pero él me obligó” y así, situaciones similares

- solamente reclama sus derechos, olvidándose de sus deberes
- se considera más a la víctima que al maltratador: justifica que él no es quien maltrata sino que se estaba defendiendo de una agresión
- reacciona con una agresividad desmedida al ser reprendido
- muestra la necesidad de llamar la atención e impresionar; hace cualquier cosa con el objetivo de impresionar y conseguir popularidad entre sus compañeros.

Por otro lado, a la hora de brindar una descripción de las víctimas y agresores, se puede optar por analizar características a diferentes niveles, por ejemplo, aspectos psicológicos, biológicos o sociopsicológicos. Otras variables pueden ser la estructura y la interacción familiar, la integración escolar, la autoestima, entre otras.

Farrington (1993), citado por Campart y Lindström (1997), señala que hay una tendencia a que las víctimas de la intimidación tengan ligeramente más signos de deficiencias físicas que otros

estudiantes. Tienden a tener baja autoestima, ser impopulares entre sus compañeros, tener pocos amigos, con redes sociales entre compañeros y profesores muy pobres, y sus relaciones con sus padres suelen ser más estrechas que los demás. Con relación a los agresores, se inclinan a una baja integración escolar, y varios de ellos han participado en actos delictivos. Los niños están más representados como víctimas y como autores que las niñas. En cuanto a las características a nivel familiar, estos autores no encuentran diferencias significativas, sin embargo, en cuanto a la interacción familiar, un porcentaje más alto de niños agresores indica que estos no tienen una relación muy positiva con sus padres.

Algunos de los comentarios de los niños víctimas, son los siguientes: *“Cuando se meten con nosotros nos sentimos raros, débiles y torpes y creemos que no sabemos hacer nada bien, porque los abusos parecen muy populares, pero eso no es cierto. Ellos no tienen amigos, sino seguidores que así se sienten protegidos y se hacen los rudos. Si somos maltratados por algunos de nuestros compañeros y nos cuesta de nuestros sentimientos y nos callamos cuando se burlan de nosotros, nos ponen apodos o abusan de nosotros, porque nos da miedo o vergüenza decir lo que está pasando y porque van a pensar que somos débiles, quejatas o nenitas.....”*(Anónimo, s.f.).

Como ejemplo de la justificación de los seguidores de estos niños agresores, Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón y Bustamante (1994), citan textualmente lo que un niño entrevistado menciona

respecto a las amistades de los niños agresivos: “¿Qué puede hacer un niño para vivir en un grupo como el tuyo?.....Pues, por ejemplo, ser el amigo del que pelea. Entonces así no le pasa nada a uno. Juan Carlos, por ejemplo, por eso empezó a echarme vainas, porque él es el amigo de Jairo. Entonces por eso Jairo llega y pelea por él. A Jairo le gusta sentirse fuerte y él es el que pelea, viene y se la vela a todos.” (p.308).

En general se observa que algunos autores pretenden generar ciertas particularidades de los protagonistas de la violencia en las escuelas, tanto de los niños agresores como de los niños víctimas. Con esto se entiende que también en los niños se puede presentar una organización social propia en la que no media ninguna figura de autoridad.

Por ejemplo, tanto en los recreos como en los momentos en que los niños se encuentran sin la maestra, se genera una gran carga de acción. Se dan ciertas características en las relaciones entre los niños, surgen ciertas reglas específicas que se crean para sus juegos y sus relaciones con los demás compañeros, vivencian a su manera las situaciones de conflicto, y se observa cómo interiorizan los valores que la sociedad les ofrece y cómo interiorizan y trasladan los valores que la sociedad les presenta. A través de las voces de los niños se puede descubrir la cultura de su organización social.

En los grupos se empieza a dar el fenómeno de “el duro del salón”, quien es un líder que debe mostrar ante los demás

que él es fuerte para pelear. El grupo también ejerce una presión sobre estos niños para que mantengan su puesto. Todos lo ponen a prueba para que pelee (Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón, y Bustamante, 1994).

Para concluir, se puede citar otro comentario de una entrevista realizada sobre este tema por Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón y Bustamante (1994), en la cual se evidencia la particularidad de las relaciones que se presentan entre los niños, cuando no se encuentran frente a una figura de autoridad:

- *“Hay alguien que por ejemplo a ellos les gusta fregarlo porque ven que se la pueden montar, como decimos nosotros. Entonces muchas veces se dejan. Jairo es el que siempre busca y les pega a todos.”*

- *“Entonces ¿Jairo es como una especie de autoridad cuando ustedes están solos?”*

- *“Sí, y también Alex. Pero eso funciona mal porque Jairo como es el fuerte tiene derecho a, por ejemplo, pegarle a uno sin derecho a uno hacerle nada porque si no él le pega a uno.”* (p. 309).

Con lo anterior pretendía brindar al lector una idea general de temas, como la agresividad y la violencia entendidas desde diferentes corrientes teóricas y la violencia escolar, presentando los diferentes contextos investigativos que se han empleado para el abordaje e intervención de dicho fenómeno en las escuelas del mundo. En los siguientes capítulos trataré la perspectiva y la

experiencia general que a la “Violencia escolar” se refiere, a las características comunes de niños que son agresores y de los niños que son víctimas dentro de este fenómeno.

PERFILES DE
VÍCTIMAS Y
AGRESORES :
CONTEXTO BOGOTANO



Para iniciar con el siguiente capítulo me es necesario ubicar al lector en los objetivos que guiaron la presente investigación con relación al tema aquí tratado. Por tanto, habría en primer lugar un objetivo general, el cual es:

describir y extraer rasgos característicos de los niños agresores y de los niños víctimas en el fenómeno de la violencia escolar, con el fin de generar perfiles de cada uno de ellos (agresores y víctimas).

Para lograr dicho objetivo habría que determinar unos objetivos más específicos con el fin de mostrar al lector un verdadero y claro panorama de lo que se encuentra en cuanto al fenómeno de la violencia escolar y las características de sus protagonistas. Tales objetivos específicos son:

1. Identificar y describir los diferentes tipos de violencia y victimización que se dan entre alumnos en la Escuela Primaria.
2. Determinar las condiciones en que se dan los diferentes comportamientos violentos.
3. Analizar el contexto familiar, escolar, personal e interpersonal de los niños agresores.
4. Examinar el contexto familiar, escolar, personal e interpersonal de los niños que se convierten en víctimas de agresiones con más frecuencia.

EL AGRESOR

Demos paso primero a la descripción detallada de las características típicas que poseen los niños agresores dentro de la pareja “Agresor – Víctima”.

Son varios los rasgos que pueden caracterizar a este tipo de niños, entre los cuales se nombran los siguientes: para empezar, con relación a comportamientos que tienen que ver con violencia de tipo psicológico o emocional, son alumnos que suelen participar como perpetradores en actividades como gastar repetidamente bromas a sus compañeros, tales bromas incluyen comportamientos como por ejemplo, ponerle apodos a sus compañeros.

Los apodos hacen referencia a una distorsión cómica del nombre de sus víctimas, como por ejemplo “Juan Alcantarillado”; toman rasgos físicos de la víctima para ponerles dichos apodos y burlarse de ellos, como por ejemplo al “alto” se le dice “Jirafales” y al “gordo” le dicen “marrano” o “lechón”, y también se pueden basar en características de la presentación personal, como por ejemplo con los peinados, ya que quien lleve un peinado que tenga la particularidad de tener el cabello levantado, le pueden decir: “miren a la gallina con su cresta”.

También pueden burlarse de sus víctimas cuando realizan alguna situación bochornosa o penosa para ellas, dejándolos

en ridículo frente a sus demás compañeros, como por ejemplo, cuando un compañero le quita la silla a un niño y éste último se cae. El agresor lo señala para que sea objeto de atención ante sus demás compañeros y todos se ríen de lo que le sucedió al niño víctima. De igual manera, les insultan, siendo estos insultos groserías y palabras soeces, transmitidas a la víctima de forma directa. Menosprecian y ridiculizan a otros compañeros, como por ejemplo cuando un niño participa activamente en clase y pasa al tablero a realizar algún ejercicio de matemáticas, y uno de los agresores se burla de él y le dice que “*lo que hizo está mal hecho*” (así esté hecho correctamente) o que “*fue muy chistoso lo que hizo*”.

Debido a su condición de agresores, peleones, indisciplinados y “fuertes del salón”, estos agresores pueden desafiar a otros compañeros, buscándoles pelea en cualquier momento o defendiendo a otros compañeros que no emplean generalmente conductas violentas, y que se encuentran en una situación en la cual otro niño los esté hostigando, defendiéndolos con comentarios desafiantes tales como “*¿Le está haciendo algo?, porque o si no, me avisa*”. De esta manera, tales niños pueden defender a sus compañeros de curso cuando se encuentran siendo atacados por otros niños. Tal condición de agresores, peleones y fuertes del salón puede ser otorgada por otros niños de su clase, quienes los señalan como tales y ya les tienen miedo: “*Vea, él es el más grande y el más mamón del curso, nos pega a todos, y él es el más duro*”; o también por los mismos agresores ya que ellos mismos pueden referirse a

ellos mismos, - con relación al auto-concepto de ellos – como el niño que maltrata a sus demás compañeros: Por ejemplo *“Eso yo a veces los cojo así, zaa, zaa, zaa, y los casco a todos. sí, yo sí le doy duro a todos”, “Yo soy el que más pelea del salón”*. Son niños que se destacan por su agresividad. Según una de las maestras: *“El comportamiento de estos chicos, es la agresividad.Es la agresividad de los chicos”*.

También son alumnos que amenazan y les dan órdenes a los otros niños quedando los agresores en una posición en la cual dejan a su víctima en una actitud de sumisión debido al temor o miedo que implican las amenazas de los agresores y las consecuencias que éstas pueden traer. Por ejemplo: *“No se vaya a dejar meter ni un solo gol, o si no aborita lo casco”*. De esta forma pueden tener una posición de dominio sobre los demás y dejando a sus víctimas subyugados. Continuando por esta misma línea, se observa en estos niños una necesidad imperiosa de dominar y subyugar a otros alumnos, imponiendo su voluntad, y de esta manera, los demás tendrían que hacer lo que estos niños les ordenan.

En los juegos se puede advertir que estos niños son los que por lo general colocan las reglas. De igual forma, si varias de las cosas que ellos plantean no son aceptadas por sus demás compañeros, se pueden imponer mediante el poder, la fuerza física o las amenazas, y de esta manera conseguir lo que se proponen. Son

alumnos malgeniados, se enojan con facilidad y son impulsivos y tienen poca tolerancia a la frustración.

Los niños agresores, tienen varias formas de victimizar a otros niños y tales formas implican comportamientos referentes al uso de la violencia física y al uso de la violencia psicológica o emocional. Con relación a la violencia física, se observan formas de victimización y hostigamiento por medio de golpes, puños, empujones y patadas. Respecto a la violencia psicológica o emocional, se observan formas de victimización y hostigamiento por medio de apodos, amenazas, formas de subyugar a los otros niños, menospreciarlos y asumir conductas amedrantadoras, desafiantes o intimidatorias, con comentarios directos tales como: “¿sabe qué?, lo llevo entre ceja y ceja”, “formas de caminar particulares de los llamados “ñeros del sector”, quienes son muchachos que amedrentan e intimidan a los demás con varios comportamientos incluyendo esta forma de caminar la cual implica un caminado característico que hace parecer a la persona como si estuviera saltando y mueve su cuerpo de lado a lado y con los brazos no tan firmes, reflejando en sus rostros agresividad y odio. Son formas de caminar para transmitir en lenguaje no verbal a los demás que este chico es muy “rudo y malo”.....”soy malo, no se metan conmigo”.

Volviendo a los comportamientos que implican violencia física, estos niños, pueden ejercerlos maltratando a sus compañeros con conductas tales como pinchar con un lápiz a otro, con

empujones, golpeándolos con puños en la cara, en el estómago o en la espalda, con cachetadas, patadas, jalones de pelo, palmadas en la cabeza y en la frente, golpearlos con los sacos de sus respectivos uniformes, dirigirse corriendo donde un compañero desprevenido para golpearlo. Respecto a éste último dato, los niños agresores pueden maltratar a otro niño con violencia física sin importarle si se encuentra desprevenido o muy atento ante la victimización y maltrato por parte del agresor. También buscan hacer caer a los demás cuando van corriendo y en los baños se puede observar que es un sitio apropiado para poder empujar a otro compañero.

Con relación a su apariencia física, se observa que estos niños agresores, no necesariamente tienen que verse más fuertes físicamente que sus víctimas, ya que se encontró que tales niños pueden victimizar a otros niños que incluso son más grandes y con mayor contextura física que ellos.

Teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente, la forma que emplean estos niños de victimizar a otros niños, es de manera individual y casi nunca victimizan a sus compañeros en grupo – aunque también lo pueden hacer en grupo -, ya sea mediante el uso de la violencia física o de la violencia psicológica o emocional.

Otro rasgo característico de estos niños agresores, es que son físicamente efectivos y muy eficaces en los juegos, los deportes y las peleas, siendo sobresalientes en los deportes como el fútbol,

el atletismo y el fútbol americano, deportes estos que pueden ser considerados como rudos y fuertes. Frente a tales deportes, se observa que la preferencia por éstos, por parte de los agresores, es muy contraria a los niños clasificados dentro de la categoría de “víctimas”, ya que estos últimos mencionan sus preferencias por deportes no tan rudos como el Voleyball o el Basketball.

Con relación a las peleas, se observa claramente cómo los niños agresores son bastante eficaces en ellas y obtienen resultados satisfactorios para ellos, ya que en todas las ocasiones pueden ganar cualquier pelea, ya sea por su condición de fuertes y rudos o por su habilidad en estas prácticas violentas que es superior a la de sus contrincantes.

De igual forma se observa su gusto por fomentar peleas entre compañeros y el gusto por los juegos que impliquen violencia física ya que estos niños siempre van a estar presentes cuando se trata de participar en los juegos de la pelea, del *Karate*, del *Rambo*, del *Tae-Kondo*, o el juego de pelear y golpearse con sus respectivos sacos de los uniformes. Es notable y característico en los niños agresores su gusto por participar activamente en juegos violentos como toda clase de juegos de pelea y otros que también impliquen algún tipo de violencia física.

Tales juegos violentos y agresivos – en especial el de la pelea –, pueden ser llevados a cabo de manera individual (uno contra uno), o colectiva (en las modalidades de equipos con igual número

de contrincantes, o con modalidad de victimización de dos, tres, cuatro o más contra uno solo). Así como se observa el gusto de estos niños por tales juegos, también se percibe que estos niños tienen una iniciativa particular a la hora de fomentar discusiones o peleas que impliquen violencia física, ya que en varias ocasiones tales niños empiezan a provocar a otros para que empiecen una pelea, mediante hostigamientos con empujones, apodos, palmadas en la cabeza o patadas.

Con relación a la aceptación y adaptación a un sistema de normas, por lo general a estos niños les cuesta adaptarse a las normas y asumir las reglas que se llevan a cabo dentro de los parámetros del sistema escolar, por tal razón son niños considerados como indisciplinados, como inquietos o como hiperactivos. Regularmente, son receptores de llamados de atención por parte de sus profesoras titulares, y en varias ocasiones les colocan notas de compromiso disciplinario y se les da citación a los padres de familia de estos niños. De igual forma, por lo general les cuesta también aceptar las contrariedades cuando se les llama la atención, tal es el caso de An, que - según su maestra -, *“siempre está negando que él hizo algo y si se le llama la atención él no lo acepta, no asume sus errores”*.

Con los adultos pueden mostrar una actitud desafiante y pueden ser hostiles y agresivos, aunque no reaccionan con violencia física, sino mas bien con “berrinches”, palmotean sus manos”

o “se enojan bastante con tales adultos (padres o profesores) cuando son corregidos por algo que han hecho”, demostrando con tales conductas su inconformidad con lo que el adulto les está planteando.

De igual forma, la manera como estos niños entablan sus relaciones con los demás compañeros no es determinada por un mejor amigo, ya que estos niños pueden compartir de igual manera con todos los alumnos integrantes de su salón de clases. Se sienten cómodos al participar en cualquier grupo ya sea con niños o con niñas, con alumnos con buen rendimiento académico o con bajo rendimiento académico, agresivos o no tan agresivos. Sin embargo, es notorio que poco les gusta compartir juegos con las niñas y prefieren permanecer más tiempo y compartir más juegos con niños o con los niños que se clasifican en esta categoría en particular. Debido a que se sienten cómodos en cualquier grupo, aunque muchas veces son rechazados por todos los niños de su salón, tampoco les importa permanecer solos. Esto no les afecta para nada (aparentemente).

Por otro lado, en los enfrentamientos que impliquen tanto violencia física como psicológica o emocional, no siempre estos niños pueden estar en el papel de agresores, ya que en varias ocasiones (no tan frecuentes) estos niños quedaron en el papel de víctimas siendo sus agresores más fuertes que ellos. Dicho papel de víctimas para los agresores lo lograban cuando los sometían

con la ayuda de otros niños, es decir, tendrían que ser mayoría de agresores para someter de alguna manera, también de forma individual, siendo el vencedor y el agresor otro niño.

Aunque se concluye que generalmente los agresores permanecen dentro del papel de agresores, no obstante, la forma de reaccionar por parte de estos niños cuando se sienten atacados o maltratados por otros niños es la actitud agresiva y violenta y “*no se dejan*” (comentario hecho por una maestra).

Con relación a la autoestima de los niños agresores, se observa que no tienen unos bajos niveles de autoestima, por el contrario, registran una alta autoestima y una buena opinión de sí mismos. Esto en apariencia, ya que esa es la defensa que estos niños tienen respecto a su autoestima porque aunque no lo parezca, son un niños con una autoestima muy pobre, por eso su forma de defenderse ante esa pobreza interior, es buscando parecer a toda costa fuertes, agresivos, indisciplinados, y que los demás les teman, cosa que no se vea en ellos mismos la fragilidad emocional que muy probablemente llevan por dentro.

Frente a sus comportamientos característicos en clase se observa que tales niños en el salón difícilmente se concentran, siempre están molestando a sus compañeros, se distraen con facilidad, interrumpen las clases continuamente, en las clases al aire libre como Educación Física, no manejan normas, siempre están peleando, le pegan a sus compañeros, en los descansos buscan

hacer diabluras. Sus compañeros por lo general dan quejas de ellos por maltrato. El rendimiento académico de estos niños puede ubicarse dentro del promedio de buen rendimiento académico de sus demás compañeros de clase, aunque a estos niños, “*hay que exigirles demasiado para su concentración*”. Por tal razón, la mayoría de estos niños se encuentran remitidos por parte de la institución educativa a terapias ocupacionales y de psicología.

Puede ser muy frecuente que los niños agresores tengan en sus familias algún agresor, el cual deja a este niño en situación de víctima. Por tal razón, cuando éste llega al colegio, es él quien se vuelve ahora agresor, y deja su antigua posición pasiva (Víctima) a otro a quien maltrata. El mecanismo de defensa que utiliza es pasar de ser agredido a agredir.

LA VÍCTIMA

Continuamos ahora con la descripción de las características típicas que poseen los niños víctimas dentro de la pareja “Agresor – Víctima”. Son varios los rasgos que pueden caracterizar a este tipo de niños como a continuación se describe.

Son alumnos que parecen más débiles que sus agresores. Es necesario entender por la palabra “débiles”, que pese a su apariencia física y su contextura corporal pueden ser iguales

o incluso más altos que algunos de sus agresores, su forma de relacionarse con los demás, la preferencia en los juegos y en las amistades que seleccionan para participar en tales juegos, demuestra con claridad, la inconformidad de estos niños en la participación de juegos que involucren algún tipo de agresión o contacto físico fuerte. Es el caso en el cual a estos niños no les gusta participar en juegos en los cuales se vinculen únicamente niños (género masculino); tal como el fútbol, los juegos de pelea o el juego del “caballito”, en el cual se ubican por parejas y uno se sube en la espalda del otro para empujarse entre ellos y lograr hacer caer a las parejas contrincantes, así sea necesario pegar puños, patadas o jalones de pelo. Estos niños mencionan que tales juegos no son de su agrado, por tal razón participan solamente en juegos que por lo general son “vistos culturalmente como juegos de niñas”, ejemplo, juegos con “palmas”, “saltar el lazo”, o “entonar canciones”. Como sostiene la profesora titular de estos alumnos: *“Ellos participan en juegos femeninos,..... juegos femeninos con muñecas, con..... o sea, donde no los incluya a ellos en juegos fuertes de fútbol, de tener que competir con hombres”*.

Son niños que en muchas ocasiones prefirieron estar solos y caminando por el colegio reflejando en su rostro mucha tristeza.

Por otro lado, aunque en estos niños por lo general cuando se sienten atacados, ofendidos o maltratados por otros niños, sus reacciones típicas pueden ser: colocar la queja ante la

profesora, llorar o ignorar la agresión o renegar; en otras ocasiones pueden reaccionar de igual forma, es decir, de forma agresiva y enfrentarse ante su agresor generando una disputa, así sea de manera verbal y pueden asumir el papel de agresores. Sin embargo, estos enfrentamientos se presentan en muy raras ocasiones, ya que por lo general, estos niños no reaccionan ante esta ofensas de manera agresiva, por el contrario, se sienten muy agredidos y optan por asumir una posición pasiva ante dichas agresiones y no se suelen defender activamente de estos ataques, sino buscando a un adulto para plantearle la queja y buscar protección de este, o en ocasiones, son defendidos por los compañeros de su curso quienes son los más agresivos. Lo anterior, en algunos casos, con los cuales se puede rescatar el valor de los niños por informar de los ataques a los cuales han sido sometidos.

Sin embargo, en los casos más extremos, tales niños son amedrentados y amenazados de tal forma que no se atreven ni siquiera a comentar alguna cosa que delate a sus agresores, son niños que por el contrario cada vez más se van encerrando en su propio mundo que se va cargando de miedos y fuertes temores. Estos casos son los más graves, ya que son más difíciles de detectar y a la hora de intervenir ya puede ser demasiado tarde ya que el daño psicológico que ha ido creciendo paulatinamente en estos niños, es muy difícil de remediar... Pero se puede actuar.

Las formas de hostigamiento de las cuales son víctimas estos niños, incluyen conductas tanto de violencia física como de violencia psicológica o emocional esto es, ser víctimas de ataques con patadas, puños, jalones de pelo, groserías manifestadas de forma directa o indirecta (enviadas en papelitos).

Son alumnos más inseguros que sus demás compañeros, posiblemente siendo esta la razón de sus preferencias en cuanto a sus amistades y la participación en los juegos y en otro tipo de actividades donde se pueden referir a las que tienen que ver con compañía de niñas (esto en el caso de los niños). Debido a que son alumnos inseguros, no se sienten a gusto compartiendo actividades en las que tengan que competir con niños y prefieren participar en grupos en los cuales ellos mismos se sienten líderes en el sentido de poder dominar en grupos pequeños y denominados como “*relativamente débiles*” (según manifestaciones de una maestra).

En tales grupos estos niños pueden mandar, dominar e incluso agredir a quienes son más débiles que ellos, en este caso las niñas. Se observa con esto, que dichos niños (las víctimas), aunque son víctimas frecuentes por parte de otros compañeros, también pueden asumir el rol de agresores, siempre y cuando estén seguros de que su respectivas víctimas son más débiles que ellos y no podrán defenderse ante sus ataques.

Sin embargo, los niños víctimas también pueden ser atacados por niñas que se vuelven “matonas” en esta relación de

pares. Ante las agresiones por parte de niñas, estos niños víctimas reaccionan de igual forma a como lo hacen cuando son víctimas de niños, es decir, llorando, presentando la queja ante un adulto, retirándose o ignorando el hecho, pero no se observa por lo general una respuesta ante tales agresiones.

Son alumnos ansiosos e inseguros, además suelen ser más cautos, sensibles y tranquilos, cuando se sienten atacados, ya sea por niños o por niñas normalmente reaccionan llorando, alejándose o planteando la queja ante la profesora. Se les puede observar como niños aislados, y cuando son rechazados por algún grupo, bien sea el de sus compañeros, o de alguna presentación escolar, se aíslan de manera tal que les cuesta mucho trabajo volver a integrarse en algún grupo y permanecen todo el tiempo aislados, solos y como si no tuvieran amigos.

Igualmente, pueden tener un mejor amigo, aunque se puede presentar el caso de que ambos amigos, sean víctimas frecuentes. Aunque por lo general no muestran características agresivas ni burlonas con los demás niños, en pocas ocasiones estos sí pueden reaccionar de manera tal que llegan a agredir a otro niño de forma física (mediante empujones, puños, jalones de pelo o patadas) o psicológica (apodos, burlas, groserías). Sin embargo, es necesario tener en cuenta – como se había mencionado anteriormente –, que dichas agresiones por parte de estos niños hacia otros niños, se llevan a cabo en la medida en que sus víctimas sean más débiles que

ellos (por lo general niñas). Se observa también que estos niños no agreden a los compañeros que los victimizan con frecuencia.

Además, suelen tener una actitud negativa ante la violencia y el uso de medios violentos. En estos casos, tales niños mencionan que *“no estaría bien el uso de medios violentos para solucionar los problemas entre amigos”*, ya que *“entre compañeros no se deberían pelear”*. Tienen en cuenta otras alternativas de solución ante los problemas entre compañeros, tales como *“hablar, dialogar, ser buenos amigos y divertirse jugando”*. Mencionan que las peleas se presentan *“por bobadas”*, es decir, por conflictos que tendrían poca relevancia, tales como el quitarle el lápiz al otro, aunque también se presentan porque entre compañeros se empiezan a ofender con groserías, a tratarse mal y a partir de esto se generan conflictos que llevan a que se peleen entre compañeros.

En cuanto a la autoestima se evidencia que estos niños tienen un bajo concepto y valoración de sí mismos al no poder relacionarse con otros niños porque quizás se sienten menos que sus compañeros; igualmente, les da miedo plantear sus ideas y exponer lo que piensan ante el grupo de niños, así ellos sepan que tienen la razón. Pueden tener una opinión negativa de sí mismos y de su situación, y al mencionar sus defectos, - lo que no les gusta de ellos - se evidencia que existen ciertos aspectos, (como por ejemplo, desagrado por el nombre, ya que se presta para que sea víctima de violencia psicológica por parte de sus compañeros al

ponerle apodos con relación a éste) con los cuales se sienten un tanto incómodos, aunque esto no afecta mucho al momento de registrar un muy bajo nivel de autoestima.

Por otro lado, debido a su baja autoestima, les es necesario compartir con grupos que son considerados como débiles, es decir, que solamente en su mayoría los integren niñas. En tales grupos sí pueden actuar y relacionarse de una manera tranquila, y sin temor alguno a ser juzgados o maltratados por medio de algún tipo de violencia, ya sea física (mediante golpes, puños, empujones, patadas) o psicológica (mediante burlas, apodos, sentimientos de inferioridad). Así mismo, no se van a sentir amedrentados como se sentirían compartiendo otras actividades con los niños agresores.

Respecto a las características que cumplen como víctimas provocadoras, se puede mencionar que son alumnos que pueden presentar una combinación de modelos de ansiedad y de reacciones agresivas, ya que – como se mencionó más arriba -, en muy pocas ocasiones estos niños sí pueden reaccionar de manera agresiva cuando se sienten atacados por otros niños, aunque sus resultados no sean eficaces, debido a que estos niños son poco agresivos y sus contrincantes lo pueden ser en mayor grado, entonces el nivel de agresividad entre los dos contrincantes es diferente, siendo el de estos niños por lo general menor que el de los agresores.

Sin embargo, por lo general, no es esta la reacción que caracteriza a estos niños. De igual forma, en ocasiones cuando el

agresor es uno de estos niños y sus agresiones van dirigidas hacia uno de los niños clasificados como “agresores”, tales agresiones no son ni siquiera tenidas en cuenta por parte de los agresores.

Por comentario de una maestra titular de curso, “*con frecuencia estos niños se comportan de manera tal que logran causar irritación y tensión a su alrededor, tanto a la profesora como a otros alumnos*”. De esta manera, en ocasiones pueden referirse a estos niños como “*fastidiosos*”, por tal razón, en ciertas ocasiones provocan a muchos alumnos de su clase, pero no para generar agresiones físicas hacia ellos, sino agresiones de tipo verbal, diciéndoles: “*fastidiosos, me fastidia, gay, quejetas y se burlan de ellos*”. De igual forma, también pueden ocasionar el disgusto de los adultos, tanto de su maestra como de sus respectivas madres.

Por esta razón, en ocasiones estos niños son víctimas de agresiones por provocación de ellos mismos, es decir, pueden hacer algo con lo cual tienten a sus agresores a que los agredan y maltraten, pero en otras ocasiones son víctimas de agresiones sin que ellos hayan hecho algo para propiciar la agresión, es decir, en varias ocasiones sus compañeros los golpean, los insultan, se burlan de ellos o les colocan apodos, simplemente “*porque sí*”.

Paralelamente, pueden presentar rasgos que los caractericen como niños depresivos; en ocasiones se sienten aislados, solos y abandonados. En este punto habría que diferenciar entre momentos de tristeza y estados depresivos fuertes. Pueden ser

malgeniados ante cualquier llamado de atención. Al respecto una maestra comenta: *“al referirme a ellos, o al comentarles algo, o al llamarles la atención, toca con mucha prudencia, porque son de muy mal genio”*.

Con relación al rendimiento académico de estos niños, la observación es de resultado bueno - según su maestra-. *“Son niños de buen rendimiento académico, aunque siempre están con niños y niñas que tienen bajo rendimiento académico”* (esto se relaciona con su nivel de inseguridad). Dado que las agresiones hacia ellos pueden tomar un rumbo inmanejable, es posible presentar un marcado deterioro en el rendimiento académico por sentirse maltratados y aislados. Tales datos se contrastan con los mencionados por Olweus (1998), ya que este autor plantea en su estudio que en las víctimas típicas se observa un marcado deterioro en el rendimiento académico. Pueden mostrar una marcada desmotivación por asistir a la escuela, y miedo por acudir a ésta ante el temor a una posible victimización más frecuente.

CONDUCTAS DE ACOSO Y AMENAZA ENTRE ESCOLARES (VICTIMIZACIÓN)

Como es posible observar, en las relaciones entre los niños se pueden presentar comportamientos que conllevan a unos procesos de hostigamiento y victimización que se basan

en comportamientos violentos y agresivos. Conductas tales que conllevan a colocar a uno o varios alumnos en el papel de víctima de varios tipos de violencia, ya sea de nivel tanto físico como psicológico.

En consecuencia, encontramos formas de victimizar haciendo uso de la fuerza física y detectamos comportamientos tales como pegar puños, siendo éste el comportamiento que se encuentra con mayor frecuencia entre los niños, debido a que por lo general el trato de muchos de éstos se basa en comportamientos violentos que conllevan a golpear al otro con puños, ya sea en la cara, en el estómago, en el pecho o en la espalda. El pegar puños es una forma de violencia la cual se presenta cuando se está generando una disputa entre compañeros que no es posible resolver mediante el diálogo, por tal razón se inicia una pelea siendo los puños la manera más normal para pelear.

Las peleas que implican el pegar puños se presenta en su mayoría entre los niños, las niñas tienen otras formas de pelear entre ellas, tales como los insultos, las ofensas, el poner apodosos, pegarse cachetadas, o mediante jalones de pelo.

Otra forma de victimizar a algún niño, hace referencia a comportamientos intimidatorios destinados a colocar a solamente un niño como víctima de violencia de tipo psicológico o emocional por parte de un grupo de alumnos, que si se reúnen, pueden formar una gran mayoría para molestarlo, golpearlo, insultarlo, colocarle

apodos o burlarse de él. De esta manera, este tipo de victimización conlleva a que dicho grupo de alumnos se reúnan y determinan una víctima específica, dejando a ésta en una posición de la que difícilmente se puede librar, ya que son mayoría sus agresores y no podría contra todos ellos.

Así, se puede observar que los ataques contra solamente una persona es posible realizarlos de manera grupal, sin importar la desventaja tan marcada en la que se encuentra la víctima en tales momentos. Tal desventaja no es vista por los agresores y al parecer, tampoco les importa, ya que se pueden presentar peleas que impliquen comportamientos de violencia física como puños, patadas o jalones de pelo, en la cual sean tres o cuatro agresores contra un solo niño, y a la víctima le queda muy difícil defenderse contra tantos agresores. Habría una forma de victimización que se practica de manera colectiva.

Otra forma de victimizar a otros niños es por medio del colocar apodos, siendo empleado este comportamiento cuando se intenta burlarse del otro, o bien se quiere dejar en ridículo a alguien ante los demás u ofender o simplemente molestar. Los apodos que se pueden presentar con mayor frecuencia hacen referencia a atributos físicos de la persona víctima de tales ataques, o por características de su estética corporal como sus maneras de peinarse, o bien por distorsión cómica de sus respectivos nombres

o por cambio de género, mencionando su nombre en forma femenina si la víctima es un niño.

También se puede observar dentro de esta categoría, comportamientos tales como el imponer o mandar, llevada a cabo en su mayoría por los alumnos seleccionados dentro de la categoría de “agresores” ya que éstos tienen esta táctica para generar el miedo entre su demás compañeros a fin de sacar provecho de ello, ya sea para que los demás hagan algo que ellos desean, o bien para que se retiren del sitio en el cual ellos desean que nadie se encuentre. Es una de las estrategias más utilizadas por estos niños, debido a que ya asumen el rol de los niños fuertes del salón, y para los demás es mejor obedecerles con el fin de que de esta manera eviten ser lastimados o maltratados de alguna forma por tales niños.

Ejemplos de estas conductas pueden ser: “*váyase de aquí*”, “*¿sabe qué?, mejor ábrase de aquí*”, “*no se vaya a dejar meter ni un solo gol, porque o si no lo casco ahorita*”. Las víctimas de conductas de este tipo de victimización pueden ser tanto los niños clasificados dentro de la categoría de “víctimas”, así como cualquier otro niño.

De igual modo, la victimización y las formas de amedrentar a otros niños, se pueden llevar a cabo también de forma individual. Este tipo de amedrantamiento se presenta con mayor frecuencia en los niños clasificados dentro de la categoría de “agresores”, ya que tales niños se pueden basar en su condición y papel que

le adjudican sus compañeros como los “*más fuertes*” o los “*más peleones*” del curso. También por méritos propios se han ganado dicha popularidad, ya que son bastante agresivos y maltratan con mucha frecuencia a sus otros compañeros, con golpes, puños, patadas, empujones, insultos, burlas o groserías. Así, la forma de victimización de manera individual, se puede presentar con comportamientos tales como golpear a los otros niños, chasquear los dedos para que se retiren de un determinado sitio, ya que si no lo hacen pueden ser maltratados por estos niños.

Otra de las expresiones de amedrantamiento individual se puede observar en la forma de caminar de los niños “agresores”; moviéndose de una manera específica, intentan demostrar ante los demás que son chicos fuertes y que ojalá los demás les teman. Dicho caminado se daría para demostrar que son rudos y valientes. Al parecer, el objetivo principal de las conductas de amedrantamiento, es generar cierto sentimiento de temor y miedo ante los demás y obtener respeto.

El amedrantamiento también se presenta con comentarios hacia otros niños que se encuentren amenazados por alguno de los niños agresores, dirigiéndoles amenazas como: “*pilas que lo llevo entre ceja y ceja*”, refiriéndose con esto a que la víctima se encuentra advertido de que si llega a realizar algo que no es del agrado del agresor, este último puede actuar de manera violenta para castigar a este niño o niña. Se pueden encontrar también comentarios como:

“*se la rebajé por hoy*”, “*a la salida deje y verá que lo voy es a cascar*”. De igual forma, el amedrantamiento se puede realizar “mirando a otro niño con rabia y reflejando en el rostro del agresor deseo de ataque, de venganza y de odio, con lo cual la víctima queda inmediatamente en una circunstancia en la cual puede salir perjudicada si es víctima de los ataques de este agresor”.

Las conductas de acoso y amenaza entre escolares que implican amedrantamiento, también pueden conllevar comentarios como “*yo peleo mejor que todos los otros niños. Yo soy el más fuerte*”, o también “*Si, yo a veces en los recreos les pego a los otros niños*”, o “*la vez pasada cogimos a CA en el suelo y entre todos lo cascamos. Entre todos le pegamos y todo*”, “*Eso yo a veces los cojo así, sa, sa, sa, sa, y les pego*”. Comentarios a partir de estos hechos de manera individual, con el objetivo de demostrar ante los demás que ciertos niños son fuertes y para los demás, es mejor que no les busquen pelea.

Otra característica de los comportamientos que se observan y que hacen parte de la presente categoría, tienen que ver con las conductas de “hostigamiento”, que se registran, entendiendo por “hostigamiento”, conductas por medio de las cuales un niño molesta de una manera constante y un periodo de tiempo bastante corto, a otro niño, para buscar que este último se moleste o se irrite y posiblemente se inicie una pelea o discusión. Tal hecho, logra generar una posición en la cual la víctima de tales conductas se muestra irritable y su nivel de tolerancia se supera.

De igual forma, estas conductas intimidatorias también se pueden observar en la medida en que los “agresores” adviertan que algún niño se encuentre en desventaja por debilidad en algún tipo de conflicto, ya sea una pelea o una simple discusión. Debido a su condición de fuertes, pueden acudir en defensa de quien se encuentre siendo víctima (por lo general niños más débiles que el agresor) y emplear comentarios intimidatorios tales como “¿le está haciendo algo?, porque o si no, me avisa”, o también: “qué, ¿qué le pasó a ver con el chino?” y empuja al niño agresor. De esta manera el agresor puede dejar de molestar y hostigar al niño que es víctima en tales momentos.

Las conductas de acoso y amenaza entre escolares, en todas las ocasiones que se presentan, tienen la particularidad de provenir de un niño o una niña que en ese determinado momento se sienta como “más fuerte” que su víctima; de esta forma se asume una seguridad respecto a que es poco probable que la víctima vaya a reaccionar de modo violento y se defienda, ya que lo que más se busca con estas formas de victimización, es generar miedo en la víctima y recibir por parte de los demás un tipo de respeto, mediante la popularidad que adquieren quienes practican estas conductas de victimización al demostrar con hechos o con insinuaciones su condición de niños fuertes y agresivos.

VARIABLES ESCOLARES

Respecto a este punto, los datos que a continuación se presentan describen varios aspectos que se mueven dentro del contexto escolar con relación a los niños víctimas y agresores. En primer lugar, se analizan los tipos de relaciones que llevan a cabo los niños agresores y los niños víctimas. Con relación a los niños agresores, son niños que se pueden relacionar fácilmente con cualquiera de sus compañeros del curso. Así mismo, son alumnos a quienes les es muy fácil poder integrarse en cualquier grupo, sin embargo, si no llegan a ser aceptados por algún grupo, estos niños logran integrarse “a la fuerza”, haciendo uso de mecanismos de poder y logran insertarse en distinto tipo de actividades. A pesar de ello, a éstos niños no les importa permanecer solos, y si en algún momento no logran vincularse con determinado grupo, no le brindan mucha importancia al hecho de permanecer solos. No les afecta en modo alguno realizar actividades en solitario, o que sean también rechazados por otros niños en actividades como los juegos.

Por tal razón, se observa que éstos niños pueden permanecer con distintos grupos de niños en la escuela. Sin embargo, por lo general la preferencia de estos niños en cuanto a sus amistades son los mismos niños que hacen parte de la categoría de agresores. En raras ocasiones se les observa jugando con los niños víctimas o con

las niñas, y si lo hacen es muy corto el tiempo de permanencia que logran mantener estos niños en tales actividades. Los juegos de los chicos de la categoría de agresores, hacen referencia a juegos que implican algún tipo de violencia física como *la pelea, el Tae-Kondo, o la guerra de caballitos*. Sin embargo, también es posible observarlos practicando otro tipo de juegos más inofensivos como *el trencito*, en el cual se comparte con niños y con niñas. A pesar de esto, el gusto es más inclinado hacia los primeros juegos mencionados y en raras ocasiones se les observa compartiendo juegos con las niñas. En los juegos que comparten con las niñas, son estos niños los líderes y coordinadores de tales juegos.

Frente a la relación que estos niños mantienen con sus maestros, se observa que son alumnos que en ocasiones pueden manifestar conductas hostiles y desafiantes con ellos, sin embargo, no presentan ningún tipo de expresión de violencia física ni psicológica contra ellos. Son niños que pueden sublevarse y mostrar rebeldía en algunas ocasiones contra normas y reglas planteadas por sus maestros y enojarse con facilidad con estos últimos. Sus maestros los regañan con frecuencia debido a sus comportamientos violentos para con sus demás compañeros.

A su vez, los mismos maestros, ya tienen identificados los niños más agresivos dentro de su salón de clases y pueden presentar comentarios con relación a algunos de los niños agresores: *“Los niños han estado muy juiciosos y han estado así en los últimos días por el hecho*

de que JC está muy enfermo y no ha venido a clases. CA tampoco ha venido, y son éstos los estudiantes que perturban el orden del salón”.

De igual modo los demás niños, también reconocen fácilmente a estos chicos agresivos y se refieren a ellos como tales al realizar comentarios como: “Uyyy, no!!!, vea, JC está Uiiichh!! pero..... mamón, porque eso ya no nos deja ni jugar, ni hacer nada, porque nos pega y nos patea los trompos”, o “JC se porta mal..... mal es que no le hace caso a la profesora..... él nos pega cuando no está la profesora”, “CA es una persona que se pone a jugar en todo el salón, se pone a revolcarse, se tira los puestos, es una persona muy fastidiosa, le tira las cosas a uno, es la persona que no va conmigo”, “CA a veces nos pega”, “nos pega porque uno está en la silla y él corre por las sillas y le va pegando a uno, cuando se va la profe, él también nos pega, y a mí me dice patolandia”, “a mí me dice la lombriz”, “VA me maltrata como si yo fuera un perro”.

La forma de comportarse que caracteriza a estos niños, tiene que ver con sus conductas agresivas, ya que son niños que la mayor parte del tiempo, permanecen maltratando de alguna forma a sus otros compañeros en el colegio. Por tal razón, son catalogados como los niños con problemas de disciplina y de conducta en sus respectivos salones de clase. Con relación al rendimiento académico, son niños que se pueden encontrar dentro del promedio, ya que no sobresalen por su excelente rendimiento académico, pero tampoco se destacan por un insuficiente resultado.

Sin embargo, sí presentan algunas dificultades en este aspecto debido a su desatención, a sus momentos de desmotivación, a que se distraen y se cansan fácilmente y son tildados como hiperactivos por sus maestras y difícilmente se concentran pues suelen interrumpir las clases.

Con relación a los niños víctimas, les cuesta trabajo poder relacionarse con distintos grupos y se puede presentar el caso de que solamente se sientan a gusto y logren relacionarse de una manera tranquila y cómoda con un grupo de niñas de su salón, compartiendo con ellas casi todo el tiempo de la jornada escolar en distinto tipo de actividades tales como juegos o actividades académicas como lo serían los trabajos en clase y en grupo. Estos niños en muy raras ocasiones comparten actividades con otros grupos de niños y en especial con los agresores. No comparten juegos que solamente sean del gusto de los agresores.

A estos niños les afecta demasiado el hecho de ser rechazados por un grupo, y por tal razón cuando lo son, se deprimen y se sienten tristes por este hecho, así mismo, les cuesta volver a integrarse al grupo de donde fueron rechazados. Se sienten muy mal cuando se encuentran solos o aislados de su grupo de compañeros.

Sobre la relación que estos niños mantienen con sus maestros, se observa que son alumnos que en ocasiones también pueden manifestar rebeldía respecto a las normas o reglas que

sus respectivos maestros plantean, mostrándose muy enojados con éstos últimos. Sus maestros también pueden regañarlos con frecuencia debido a sus conductas irritantes para con los demás. Sin embargo, no son niños que presenten graves problemas de indisciplina dentro del salón. Sus respectivos maestros, también pueden identificar fácilmente a estos niños como los que son más agredidos por otros compañeros en el salón, y que “*son niños que se la pasan dando quejas*”.

Con relación a los sitios dentro de la escuela más frecuentes donde se practican las conductas de victimización entre escolares, estos pueden fluctuar entre los baños, el patio de recreo y el salón de clases. Se menciona que tales sitios pueden fluctuar, ya que no se presentan grandes diferencias respecto a un lugar determinado en el cual se observen comportamientos violentos con mayor frecuencia. Sin embargo, en los recreos sí es posible observar un mayor número de comportamientos violentos por parte de los niños, ya sean de tipo físico o de tipo psicológico o emocional.

El patio de recreo, es un espacio amplio en donde los niños se pueden desplazar con facilidad. A pesar de que es espacioso, también se puede dar el caso de que a la hora del recreo, acudan al patio gran cantidad de alumnos al mismo tiempo, por tanto habría un número considerable de estudiantes corriendo, caminando o jugando por el patio de recreo. En estos momentos se presentarían dificultades para que los niños pudieran

desplazarse con facilidad por el patio, ya que si van corriendo se podrían tropezar continuamente con otros niños y de esta manera se podría empezar una pelea.

En ciertas ocasiones, se puede notar que el patio se hallaba con menos niños que lo observado en otras ocasiones, debido a que la rectora de un plantel educativo ordenó dividir los cursos en dos horas de recreo diferentes. Por tal razón, se evitaría tanto el hacinamiento. Poniendo atención a lo sucedido con este cambio para la hora de los recreos, se observa que las conductas violentas entre los niños, disminuyen de una manera significativa.

Sin embargo, como se menciona más arriba, las conductas de violencia tanto física o psicológica se presentan en mayor cantidad en los momentos de recreo, es decir, en el patio y no tanto en los salones. Se observa además que se manifiestan en momentos en los que no se encuentra ningún maestro ejerciendo la respectiva vigilancia de los comportamientos de los alumnos. Así mismo, dentro de los salones se observa que mientras no esté presente un maestro, se pueden generar comportamientos de tipo violento por parte de los agresores hacia otros alumnos. La presencia de un maestro puede contribuir a prevenir situaciones de violencia entre alumnos.

Como bien sabemos, en los centros educativos se presentan gran cantidad de comportamientos violentos entre los estudiantes, sin embargo, - y a esto hay que prestarle gran atención

-, las maestras titulares de curso, comentan que en sus respectivos salones “*no se presentan conductas agresivas ni violentas entre sus niños*”. Ante los problemas de violencia y maltrato entre escolares, en la mayoría de casos, sí se observa una intervención directa por parte de los maestros, tomando cartas en el asunto de manera oportuna ante tales situaciones y no dejándolas impunes. Intervienen para solucionar los conflictos entre alumnos con conductas como los llamados de atención, regaños, citaciones a padres de los niños agresores, o sanciones disciplinarias como castigos de no salir al recreo o mandar al agresor a la rectoría o a donde la orientadora.

A pesar de esto, existen algunos casos en que se presentan situaciones de violencia tanto física como psicológica entre los alumnos y no hay ningún tipo de intervención por parte de las maestras. En tales casos, la violencia escolar pasa desapercibida. Cuando los niños que han sido víctimas de algún tipo de maltrato, plantean la queja ante su profesora y dicha queja no es atendida por ésta, se podría presentar el caso en el cual la víctima haga justicia por su propia cuenta y ejerza un acto vengativo contra su agresor, reaccionando de igual manera, de manera violenta. De esta forma se estaría contribuyendo a que los comportamientos violentos entre alumnos se intensifiquen y se perciba el mensaje de que son permitidos.

REPRESENTACIONES SOCIALES DE VIOLENCIA EN LA ESCUELA

Para empezar este apartado, es necesario mencionar que, aunque los niños (tanto agresores como víctimas) se percatan de que los conflictos entre compañeros pueden ser resueltos por otras vías aparte de los mecanismos violentos tanto físicos como psicológicos, en su vida cotidiana (en la escuela), esto no parece observarse de manera tan racional, ya que en ésta, se observa una gran cantidad de conflictos entre compañeros, tensiones que son resueltas mediante el uso de la violencia, ya sea con agresiones físicas o psicológicas hacia otro. Sin embargo, también se pueden presentar situaciones en las cuales los niños clasificados dentro de la categoría de “víctimas”, no intervienen demasiado de forma activa en los conflictos (peleas) entre compañeros, tomando una ruta más viable para ellos como lo es el ignorar la situación, plantear la queja ante un adulto, llorar o retirarse del sitio.

Se concluye entonces que tanto para las víctimas como para los agresores, sí existen otros mecanismos y otras formas por las cuales se podrían resolver los problemas entre compañeros. Tal mecanismo es el diálogo, “*hablando*”. Esto en términos de “*comentar las cosas, pedir disculpas a los otros, por las buenas y no por las malas, ser amable y hablar bien, no con gritos, sin tratarse mal*”. Aunque

esto únicamente queda en la teoría, pero a la hora de la práctica, no se observa que sea así.

Los niños pueden advertir que la violencia y el maltrato hacia el otro, no es la única vía para la resolución de conflictos. Sin embargo, los niños clasificados dentro de la categoría de “agresores”, actúan acudiendo a la violencia cuando se encuentran en la posición de víctimas, es decir, cuando son ofendidos o maltratados de alguna forma, mediante violencia física o psicológica. De igual manera, los alumnos clasificados dentro de la categoría de “agresores”, maltratan a otros niños en varias ocasiones sin ningún motivo o razón aparente, con la cual provocan reacciones violentas. Es decir, además, tales niños pueden ejercer violencia física y psicológica o emocional cuando ven una oportunidad de maltratar a otro compañero.

Los niños entrevistados pueden mencionar que no están de acuerdo con las peleas entre compañeros; ven en las peleas un comportamiento que puede ser considerado por ellos como “malo” y que está muy “mal hecho”. “*No se deben pelear entre compañeros, ya que deben privilegiar la amistad*”. Sin embargo, tales niños refieren el aspecto negativo (“malo”) de las peleas, pero no en términos de conciencia moral y que la violencia no es la mejor manera de solucionar los conflictos, sino en términos de sus consecuencias tales como que les “*pueden enviar una nota y sus padres los golpean*”, o “*se pueden lastimar sus cuerpos*”. Con relación a las conductas que

generan tales conflictos y peleas entre compañeros, los niños pueden mencionar que se presentan porque ha habido algún momento de agresión contra alguna persona.

Lo que estos niños representan respecto a la generación de conflictos entre compañeros, tiene que ver con que en primera instancia ha habido algún comportamiento de tipo agresivo o violento por parte de otro compañero, el cual es visto por la víctima como incitador a generar una pelea. Por ejemplo: *“porque empiezan a mandarse groserías, porque primero empiezan a tratarse mal y después empiezan a pelearse”, “porque él le pegó una patada, le hizo zancadilla lo cacheteó, entonces inician la pelea”, o “por bobadas..... digamos que le quito el lápiz a VA y nos ponemos a pelear todos”, “...digamos, yo tengo mi balón y otros chinos.... ya me estoy peleando con ellos porque ellos quieren coger mi balón”.*

Los niños agresores pueden ser considerados por los demás niños como agresivos, fuertes o *“los duros del salón”*, y por tal razón son tratados con cierto respeto o incluso temor en la medida en que estos niños pueden maltratar a alguien en cualquier momento. Entre los mismos niños agresores se pueden describir como tales, en la medida en que pueden halagarse por el hecho de comentar cómo es que ellos agraden a sus demás compañeros. De igual manera, los otros compañeros pueden reforzarles tales ideas y generar un posicionamiento claro del papel que deben tomar como agresores, en la medida en que a la hora de presentarlos ante

otra persona, los caracterizan como los “*duros del salón, el que le pega a todos, el que los defiende de los demás, o el más peleón y el más fuerte*”.

Las profesoras titulares de curso también se encuentran muy convencidas y tienen muy en claro quiénes son los niños “*más agresivos de sus respectivos salones*”, y los niños que por lo general son más victimizados por sus demás compañeros. De esta forma se observa cómo, ciertos niños por sus comportamientos particulares, pueden ser estigmatizados en calidad de violentos o agresivos, o bien de “*víctimas*”.

En el presente apartado se considera necesario analizar lo relacionado con los “*juegos violentos*” que pueden ser practicados por niños, ya que muestra de manera clara cómo es la forma en que algunos niños observan la condición de violencia como maltratante hacia los otros y que puede tener graves consecuencias o vista como “*un simple juego*”.

En los juegos de estos niños que implican violencia de tipo físico, tales como el *Karate, Tae-Kondo, pelea, guerra de caballitos*, también es posible que se presenten fenómenos de victimización, tanto individual como colectiva, en la medida en que pueden determinar a un niño como la víctima mientras los demás (dos, tres o cuatro niños) lo golpean y lo dejan en desventaja por mayoría sin que este hecho importe, o en lucha uno contra uno, o por equipos de igual número de contrincantes. Sin embargo, en el sentido de que solamente se trata de un juego, no es percibido por los niños

participantes de tales juegos como conductas violentas ni dignas de generar venganza y reaccionar de manera aún más agresiva.

De modo similar, en los comentarios que hacen los niños frente a tales juegos agresivos y violentos, se observa el hecho de que para ellos, tales conductas violentas y que implican una agresión física directa hacia un otro (como golpear a otros con los sacos de sus respectivos uniformes) son vistos por los niños como juegos “normales”.

Estos juegos pueden ser vistos como agresivos y violentos pero no son maltratantes, aquí no se sienten maltratados, simplemente juegan. En tales juegos violentos no hay víctimas ni agresores, todos pueden ser víctimas o agresores en cualquier momento del juego.

Por último, respecto a la violencia escolar, una de las maestras titulares de curso comenta que *“existe la violencia en su escuela, aunque es ejercida por una minoría de cada uno de los cursos, son unos pocos de cada curso los que pueden ser violentos”*. Por tal razón, se cree que aunque existen situaciones y momentos de violencia por parte de algunos alumnos, no es lo que predomina en la escuela, en esta no se percibe la violencia escolar como algo preocupante sino como algo normal, ya que *“se cree que es normal que entre los niños hayan peleas, conflictos y maltratos, ya que es una forma de relacionarse, y no todos van a estar de acuerdo con todos”* (Comentario de una maestra).

A partir de comentarios hechos por algunos niños, al referirse a maltratos hacia otros compañeros, las únicas referencias que hacen éstos, observan relación con conductas que caen dentro la categoría de violencia física. Es decir, solamente hablan de que golpean a otros niños, les golpean con los sacos, les pegan patadas, les halan el pelo, les propinan puños o los empujan, siendo estos, comportamientos que implican varias formas de agresión hacia otra persona ejerciendo la fuerza física, pero no mencionan en ningún momento que ellos maltratan también insultando a sus compañeros, diciéndoles groserías, colocándoles apodos, dejándolos en ridículo frente a otros niños o burlándose de ellos. Para los niños, existe violencia en su colegio cuando se presentan solamente conductas de maltrato físico, no perciben ni son conscientes de otras formas de violencia.

COMO DISCUSIÓN



El fenómeno de la violencia escolar ha estado presente desde hace bastante tiempo, sin embargo, hasta ahora es cuando empezamos a conocerlo y a profundizar más en él. El tema tratado en el presente libro, permite abordar varios temas de discusión. En primer lugar, se trabaja como tema principal las características de los niños que se convierten en las víctimas más frecuentes de las agresiones de sus compañeros y las características de los niños más agresivos y violentos en los salones de clase.

En segundo lugar, se tratan los diferentes contextos en los que se desenvuelven los niños protagonistas de esta díada, con el fin de presentar una comprensión descriptiva de las particularidades que influyen en la generación de parámetros típicos de conducta en algunos niños y niñas, tanto víctimas como agresores, contribuyendo a la propagación del fenómeno de la violencia en las escuelas. Se analiza de forma comprensiva el papel que puede jugar el contexto escolar en su fomento y la intervención planteada para comprenderla o contrarrestarla. Y por último, como tercera tarea se plantean los interrogantes que deja abiertos la reflexión del presente libro.

Respecto al tópico principal, se observa que los niños agresores son alumnos que presentan varios rasgos y características típicas: gastan bromas a sus compañeros, los golpean, los empujan, les pegan puños y patadas, les colocan apodos, los insultan y los tratan con groserías, los menosprecian y ridiculizan, los desafían;

también pueden defender a otros compañeros más débiles que ellos cuando se encuentran en problemas, entre muchos otros comportamientos (Ver Capítulo anterior).

Tales rasgos y características típicos presentes en los niños agresores, permitió dar un giro a la comprensión de la problemática enfrentada por muchas Instituciones educativas en la actualidad y que se expresa en el fenómeno de la victimización y las conductas de acoso y amenaza entre escolares; aquí entran en acción relaciones particulares entre sus protagonistas, a saber, los agresores y las víctimas, quienes presentan ciertas características (ya mencionadas). En comparación con otras investigaciones, brindan la oportunidad de acceder a un mejor conocimiento de los rasgos típicos que suelen caracterizar a los protagonistas del fenómeno de la violencia escolar, con el fin de implementar nuevas estrategias de intervención para contrarrestar tales conductas de violencia en las escuelas.

De igual manera, se podría hablar de los niños clasificados dentro de la categoría de víctimas, quienes también presentan ciertas características típicas.

Así mismo, se puede mencionar que el contenido del presente libro tiene algunas coincidencias con otros trabajos investigativos con relación a las características de los niños agresores y de los niños víctimas de la violencia escolar. Frente a la investigación llevada a cabo por Parra, Gonzáles, Moritz,

Blandón y Bustamante (1994), se observa respecto a las amistades de los niños agresivos, que son niños que permanecen junto a ellos porque esto les puede brindar respeto o respaldo ante sus demás compañeros, también se puede advertir entre los niños, una organización social propia en la que no media ninguna figura de autoridad. Esta conducta se presenta durante los recreos, en los cuales no se encuentra presente alguno de los maestros encargados de la vigilancia del comportamiento de los niños durante este período de descanso.

Otro fenómeno digno de mencionar es el fenómeno de “*el duro del salón*” estudiado por Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón y Bustamante (1994), quien es uno de los personajes más violentos del salón, - por lo general niño – y que pasa a convertirse en un líder que debe demostrar ante los demás que él es fuerte para pelear. Adicionalmente, presenta comportamientos auto halagadores por su condición de victimizador de otros niños de su salón, así como también actos en los cuales puede mostrar su fuerza en las peleas, al enfrentarse a otros niños y buscarles conflicto, participando en juegos que impliquen violencia física o defendiendo a sus demás compañeros cuando están siendo víctimas de maltrato por parte de otros niños.

Las profesoras titulares de curso tienen claro quiénes son los niños más “*agresivos de sus respectivos salones*”, y los niños que son victimizados por sus demás compañeros. De esta forma se observa

cómo, ciertos niños, por sus comportamientos particulares, pueden ser estigmatizados como violentos o agresivos, a “*los que se la montan todo el mundo*”.

En casos en los cuales esta problemática es más avanzada, se pueden presentar consecuencias graves de las agresiones como la deserción escolar, trastornos depresivos graves o en el peor de los casos, el suicidio; en los niños clasificados dentro de la categoría de “víctimas”. Estos niños pueden llegar a momentos en los cuales no asisten con gusto a su colegio y ya no tendrían ninguna motivación por sus actividades escolares.

Lo anteriormente tratado no debe “ser visto sin verse”. Es evidente que hay ciertos niños que golpean a los demás, presentándose lo que Marland, (1997), llama el matoneo, y lo que Olweus (1998) plantea como el fenómeno de victimización o *Bullying victim*, el cual se da cuando alguien aprovecha su condición de ser más grande o más fuerte para agredir de alguna forma a otros más débiles, observando la existencia de un grupo de alumnos que les gusta amedrentar a los demás y golpearlos, teniendo la completa seguridad que los agredidos quedarán en una situación de impotencia, ya que los agresores, puede que sean más fuertes que ellos y podrían tomar posteriores represalias si se llegan a quejar o a desquitar. La víctima no tiene otra salida que la de someterse a lo que sus compañeros agresores le impongan.

Las riñas no solamente se pueden observar entre niños, ya que las niñas también inician comportamientos violentos, desde burlas hasta pegarle a sus compañeras o compañeros. En igual sentido se considera necesario recalcar que no es necesario golpear a otra persona para que exista agresión, el simple hecho de regañar fuertemente, de amenazar, de poner en ridículo a los alumnos en frente de sus compañeros, ignorar o desatender, implica que la persona la cual ha sido víctima de estos actos se sienta mal y agredida, trayendo como consecuencia en muchos casos, la baja de su autoestima o sentimientos de soledad o tristeza (Sierra, s.f.).

El segundo tópico de discusión, son las múltiples formas de manifestación de violencia en las escuelas, y cómo los niños participan de ellas. Se presentan diferentes maneras en las cuales los niños agresores maltratan a sus víctimas, tales como golpes, puños, patadas empujones, entre otras manifestaciones violentas; en el maltrato psicológico o emocional se observa cómo estos niños intimidan, hostigan y maltratan a otros niños, de manera individual y en ocasiones en grupo.

Se presenta un hecho de particular interés dentro de la investigación que conlleva el tema de la violencia en los colegios, y son los “juegos violentos”. Lo particular de los “juegos violentos”, es que en éstos, aunque hay victimización se encuentra encubierta, y al parecer no se involucran los papeles de víctima y agresor, como sí sucede en los enfrentamientos violentos, que conllevan a

discusiones y peleas con golpes, puños o patadas. Juegos violentos practicados por los niños tales como el Karate, al Tae-Kondo, la guerra de caballitos, entre otros, siendo estos últimos, preferidos por los niños clasificados dentro de los “agresores”.

Estos chicos tienen un particular interés por este tipo de juegos que involucran violencia física, participando con frecuencia de una manera muy activa. Las agresiones hacia los otros, los puños, las patadas o los empujones, no son vistos como actos de violencia, porque según su testimonio se trata de “*un juego*”, “*solamente estaban jugando*”. Tampoco se interpreta que los participantes de tales juegos sean víctimas o agresores, ya que el objetivo de éstos, no es agredir, maltratar, violentar o causar daño físico hacia el otro – aunque todo esto puede suceder –, sino divertirse, y si se trata de un juego no se sienten maltratados. Simplemente juegan. En tales juegos violentos todos pueden ser víctimas o agresores en cualquier momento del juego.

Es importante tener en cuenta el contexto en el cual conviven los niños, ya que pueden ser miembros de una familia o de un barrio en los que se presenten altos niveles de violencia diariamente, manifestada en atracos, violaciones, peleas u homicidios, los cuales son presenciados por los propios niños y niñas. Los niños agresores, son quienes más atestiguan situaciones de violencia en sus hogares, ya sean manifestadas hacia los mismos niños como castigos o maltratos físicos y psicológicos. En estos

hogares se llevan a cabo ejercicios de poder y de sumisión y se presencian situaciones de violencia, lo cual lleva a pensar que estos niños las reproducen en el colegio, ya que son chicos que así mismo van a maltratar a otros en su colegio. Al parecer perciben que una buena forma de relacionarse es con el maltrato hacia otros.

Todo lo anterior contribuye a interpretar la problemática de la violencia en las escuelas y en especial la situación de los niños agresores a partir de la teoría de Bandura y Walters (1963), en la perspectiva del aprendizaje social. Estos autores plantean que los niños pueden sufrir de situaciones de violencia en sus hogares y reproducir comportamientos agresivos si se les presenta la ocasión oportuna para ello, ya que constantemente se encuentran rodeados de modelos agresivos. Observan la violencia como un mecanismo para solucionar los conflictos o una manera de “*no dejarse del otro*”.

De igual forma debe tenerse en cuenta la influencia del contexto social en los comportamientos amedrantadores e intimidatorios de los niños agresores, por ejemplo, una de las formas de amedrantamiento que se puede observar es la forma de caminar de algunos de los niños agresores, con lo cual intentan demostrar ante los demás, que son “chicos fuertes” y que los demás les deben tener miedo. Dicha manera de caminar característica es empleada por integrantes de pandillas, para demostrar que son “rudos” y “valientes”. El objetivo principal de las conductas de

amedrantamiento, es generar sentimientos de temor en los demás y así obtener respeto.

Respecto a las influencias del contexto social en los comportamientos violentos de los niños agresores, existe acuerdo con Gunn (1976), quien se refiere a la influencia del medio como un método de aprendizaje de cierto tipo de comportamientos, y de esta manera se refuerzan los comportamientos violentos en el ser humano. “El aprendizaje por imitación” es un proceso humano educacional muy poderoso.

De igual modo, existen instituciones escolares donde acuden al patio de recreo todos los niños de la jornada escolar, observándose así una gran cantidad de comportamientos violentos entre pares. En varias instituciones educativas se presentaba dicha dificultad, por tanto, la Rectoría planteó la propuesta de realizar dos recreos o descansos. Analizando atentamente dicha alternativa, se observa que a partir de ese momento, los comportamientos violentos entre pares disminuyeron notoriamente. Se llega así a la conclusión que el “hacinamiento” es una variable que influye considerablemente en el fenómeno de la violencia escolar y el desencadenamiento de conductas agresivas en muchas instituciones educativas del país.

Es importante diseñar y construir instituciones con espacios amplios en los cuales, los niños tengan la oportunidad de jugar, correr y desplazarse con tranquilidad y sin el riesgo de

tropezarse constantemente contra otro niño y generar a partir de este incidente una pelea o discusión. Se debe contar con espacios físicos en los cuales se pueda llevar a cabo un buen proceso de convivencia y aprendizaje dentro de la escuela.

Por su parte, es conveniente analizar cómo los maestros representan el problema de la violencia escolar como variable que influye en el mantenimiento o eliminación de los comportamientos violentos entre pares. Es obvio que en los centros educativos se puede presentar gran cantidad de comportamientos violentos de parte de los niños, y sin embargo, las maestras titulares de curso comentan que en sus salones no se observan conductas agresivas entre sus niños. A pesar de esto, ante la violencia y el maltrato entre escolares pueden tomar una acción directa, actuando de manera oportuna ante tales situaciones y no dejándolas impunes dentro del contexto escolar. Para lograr un correctivo y solucionar los conflictos entre alumnos, pueden intervenir con acciones como los llamados de atención, los regaños, las citaciones a los padres de los niños agresores, o las sanciones disciplinarias como castigos, no salir al recreo o mandar al agresor a la Rectoría o a la oficina de psico-orientación.

En igual dirección, existen algunos casos en que se presentan situaciones de violencia física y psicológica entre los alumnos y no hay ninguna intervención de parte de las maestras titulares de curso. Así mismo, como se mencionó más arriba, las

maestras comentan que en sus respectivos cursos no se presentan conductas agresivas ni violentas, “*esto es problema de unos pocos*”; en estos casos, pareciera que la violencia escolar pasa desapercibida. Cuando los niños víctimas de algún tipo de maltrato, plantean la queja ante su profesora y dicha queja no es atendida, la víctima puede hacer justicia por su propia cuenta y ejercer un acto vengativo contra su agresor, reaccionando de manera violenta. Esta situación por la que atraviesan muchas instituciones educativas está causada por desatender los problemas de violencia.

A partir de lo anterior pueden generarse interrogantes como: ¿en qué ocasiones es necesaria la intervención por parte de los profesores para mediar la situación de conflictos que impliquen violencia física o psicológica entre pares?, ¿solamente se presenta cuando el daño a la víctima es grave?, ¿quién y cómo se determina cuándo el daño es grave o no?

Respecto a la violencia escolar se reconoce por parte de los maestros la existencia de la violencia en sus instituciones, pero no se considera un problema grave y se manifiesta que es practicada por una minoría de cada curso: “*son unos pocos de cada curso los que pueden ser violentos*”. En la escuela no se percibe la violencia que allí tiene lugar como un fenómeno preocupante sino como algo normal, ya que “*se cree que es normal que entre los niños hayan peleas, conflictos y maltratos pues resulta ser una forma de relacionarse, y no todos van a estar de acuerdo con todos*”. Los maestros pueden tomar

como excusa que estos niños presencian en sus barrios y familias, violencia intrafamiliar, atracos en las calles, peleas entre pandillas, asesinatos, robos de niños y violaciones. (Comentario hecho por una maestra).

La violencia es un problema ante el cual no debemos adoptar una posición pasiva y dejar que el tiempo pase sin intervenir adecuada y oportunamente, es un problema que está presente en nuestra realidad y más cerca de lo que creemos. Por violencia debemos dejar de pensar únicamente en los conflictos armados que actualmente aquejan a nuestro país, al igual que ponerle atención solamente a los casos de violencia física con consecuencias graves como la muerte. Esas no son las únicas manifestaciones de violencia con las que nos encontramos, como tampoco que las únicas personas violentas sean los guerrilleros, los paramilitares, el ejército o las pandillas de barrio. Tal como lo plantea Camargo (1997), al penetrar en el problema de la violencia escolar, se presentan varias dificultades que generan una gran ambivalencia; por un lado, la problemática de la violencia es trabajada muy escasamente, siendo ésta la razón por la cual no se reconoce su existencia ni se reflexiona sobre ella. Solamente se examina en casos excepcionales.

Respecto al tercer tópico de la presente discusión, la labor investigativa aquí realizada finaliza con posibles aspectos

importantes para tener en cuenta, que puedan ayudar a profundizar, ampliar, complementar o contrastar los resultados:

1. Para evaluar las consecuencias que puedan generar en las víctimas la violencia física y psicológica o emocional, sería pertinente elaborar investigaciones que brinden descripciones y comprensiones en otros contextos educativos, involucrando a personas de otros estratos socio-económicos, otras edades, de tal forma que comprendamos el alcance del fenómeno de la violencia escolar.

2. Como se planteaba inicialmente, una investigación sobre la violencia escolar no se debe limitar a examinar las conductas violentas y agresivas entre los alumnos es necesario trabajar de una manera más profunda sobre las causas y las consecuencias sociales de la violencia escolar.

3. En Colombia es necesario llevar a cabo trabajos de intervención sobre de la violencia entre pares, por tal motivo se deberían llevar a cabo investigaciones en las cuales se sienten unas bases teóricas mejor fundamentadas y relevantes para nuestro contexto colombiano, para que en un futuro sea posible implementar técnicas de intervención en las instituciones educativas.

En esa dirección, la intención del presente libro fue brindar una breve descripción del fenómeno y sus protagonistas, con el fin de contribuir a que los lectores se planteen preguntas

ante el fenómeno de la violencia en las escuelas y así tener en cuenta que es allí donde en gran medida se genera la formación de futuros ciudadanos, los cuales tendrán que aprender a convivir en sociedad y no percibir la violencia como el único camino para la resolución de conflictos. Se hace necesaria una enseñanza basada en el fomento de valores como la tolerancia, la convivencia pacífica, el respeto a los demás y la consideración por un otro.

Definitivamente la violencia está en nuestro ambiente, en el cual nos desenvolvemos o nos relacionamos. Ante esta problemática actual y real, es necesario adoptar una actitud crítica y reflexiva respecto a la violencia en los ámbitos educativos, ya que los niños se encuentran en un proceso de formación académica y personal, y dependiendo de la forma en que se manejen las relaciones de éstos en sus contextos más cercanos, serán capaces de llevar una vida digna y lograr convivir basándose en la tolerancia y el respeto hacia los demás.

Para llevar a cabo procesos de intervención y prevención del fenómeno de la victimización entre escolares y erradicar relaciones que tengan como protagonistas agresores y víctimas, es necesario realizar un trabajo conjunto entre familias y escuelas, ya que, como lo plantea Olweus (1998), a pesar de que la escuela es la institución que tiene la principal responsabilidad en la solución de las tensiones que se generan entre agresores y víctimas en su contexto, también es necesaria la intervención activa por parte de

los padres de familia. Como ya se mencionó, los niños agresivos con sus compañeros corren un mayor riesgo de adoptar más adelante conductas antisociales como la delincuencia o el vandalismo. Por tanto, se tendrían que crear estrategias que contribuyan a generar cambios de actitud de estos niños respecto a sus actitudes y comportamientos negativos hacia su entorno.

Necesitamos crear estrategias de intervención en los colegios para lograr disminuir la agresividad en los niños. De esta forma, analizar de fondo la pregunta ¿es una simple pelea de niños?, o ¿es un simple juego? No. Por lo que logramos observar a lo largo de este análisis, puede ser o es mucho más grave de lo que generalmente se estima.

Ya lo vimos: el matón es el montador, y el matoneado es a quien se la montan, y teniendo en cuenta este aspecto, soy muy enfático en decir: *“no se puede permitir que maltraten ni se debe maltratar”*. Es necesario reconocer e identificar a estos dos protagonistas dentro del fenómeno de la violencia escolar, para así poder empezar a romper esta cadena de violencia. No nos podemos hacer “los de la vista gorda” ante esta problemática. No podemos colocarnos las gafas del “yo no vi nada”, sino actuar.

Al ubicarnos en una posición permisiva de tales conductas, estamos colocando un nuevo protagonista a este fenómeno: ya no estaríamos hablando solamente del que arremete y el que es agredido, sino además, estamos ante el que presencia el maltrato

y lo permite sin actuar ni hacer nada al respecto. Por tal actitud permisiva, tanto el agresor como el agredido, perciben el mensaje de que “se puede maltratar”. Por un lado, el agresor observa que puede seguir maltratando y no pasa nada, y el agredido se siente aún más desprotegido, allí pierde toda esperanza y ve que ante esto no tiene salida y nadie vendrá a ayudarlo.

Es muy poco probable que un niño que es víctima del matoneo en el colegio comente lo que le está sucediendo, ya que se encuentra ante muchos temores, muchas amenazas por parte del agresor, o por el simple temor a seguir siendo humillado, ya que se le tilda, *de llorón, de gallina, de sapo*, entre muchos otros apelativos. El silencio es el peor enemigo y se escuda en el temor de colocar una queja.

Para tener en cuenta: el maltrato va dejando unas huellas mortificantes para el agredido, es la clase de niño que nunca olvida las agresiones a las cuales es sometido y su autoestima va cada vez más en proceso destructivo. Es un proceso “lento pero seguro”. Por otro lado, el niño agresor, es muy poco probable que se dé cuenta del daño que está causando. Es ahí donde viene nuestra intervención, ya que sí estamos en la capacidad de saber el daño tan grave que produce tanto en la víctima como en el agresor, para que de esta manera paremos y ayudemos a estos niños. Con miras a detener este fenómeno, siempre se debe contar con la presencia activa, sana y objetiva de un adulto.

Los niños no podrán salir de esta situación solos, en parte porque al agresor no le conviene que los adultos se enteren de sus actividades amenazantes, y por otro lado, el de las víctimas, desafortunadamente son alumnos que suelen ser ansiosos e inseguros y es muy probable que no se atrevan a exponer la situación a nadie, en parte por miedo a la venganza que pueda tomar su agresor.

El niño víctima debe ver al adulto como un gran apoyo, ya que este niño se siente muy solo y temeroso, y se le debe ayudar pero con mucha cautela, ya que es un chico ansioso e inseguro y que generalmente no quiere ser el centro de atención. Está muy temeroso de que sus agresores puedan hacerle algo peor si éste cuenta a los profesores lo sucedido pues resulta muy probable que haya recibido amenazas de más agresiones si se le ocurre denunciar lo que ha hecho el agresor con él, ante un adulto. No hay duda de que estas amenazas hacen que muchos de estos niños “sufran en silencio” por miedo a empeorar la situación. Aunque esta idea es errada, ya que una salida a este problema es denunciar; la situación efectivamente empeorará si se permanece en silencio. Es allí también donde los maestros, psicólogos y padres de familia deben estar muy atentos ante posibles comportamientos sospechosos (retraídos), de ciertos niños.

Los niños víctimas pueden presionar mucho a sus padres de familia para que no hablen con nadie al respecto, y que “*por*

favor no les busquen más problemas”. Los padres creen que lo mejor es ceder a lo que el hijo le pide, cayendo en la idea errada de que así – como dice su hijo –, podrá evitarle más problemas. Sin embargo, esta “no actuación” por parte de los padres conlleva un gran perjuicio para el niño víctima. En ocasiones, las actitudes “excesivamente protectoras” con los hijos empeora la situación, ya que el niño puede llegar a aislarse aún más pues quedará escudado en un mundo protegido por adultos que encapsula al niño y le evitará aún más el poder entablar contactos con chicos de su edad.

En la comunidad escolar, en la cual obviamente formamos personas, debemos encausar nuestra función educadora a forjar líderes, pero dejando muy en claro la labor real y sana de un líder, para que esto no lo convierta en una persona dominante que abuse del poder y maltrate por su poder de dominio. Ni la sociedad ni la comunidad educativa deben ser más permisivas ante conductas de tipo violento – agresivo con fines destructivos de otro –; por el contrario, se debe enseñar a solucionar los conflictos sin violencia ni agresión, y encaminar estos dos últimos términos hacia caminos sublimados más constructivos como el arte, el drama, la literatura, entre otras expresiones creativas.

El fin último de un programa de intervención sería, reducir al máximo – en la medida en que no se pueda por completo – la problemática existente entre agresores y víctimas, y de esta manera

contribuir a prevenir el advenimiento de otros problemas, quizás aún más graves.

De igual manera, se nos puede presentar otro norte al cual llegar, y se trata de conseguir que los alumnos mejoren sus relaciones entre ellos, creando en estos las condiciones y estructuras que les permitan desenvolverse y funcionar tanto dentro de la institución educativa como fuera de ella.

Para lograr nuevas condiciones escolares entre los estudiantes, generando una sana convivencia, es necesario ser enfáticos en que dicha labor debe ser desarrollada y promovida especialmente por los adultos, con su participación activa y constante e interesada en solucionar la problemática. Tanto profesores como padres de familia deben ser conscientes de la problemática y de la magnitud de las consecuencias graves que puede tomar tal situación, involucrándose con seriedad. Hay que abrir los ojos y estar atentos; no se puede permitir más que algunos maestros y padres de familia sigan pensando que la agresión y la intimidación son elementos inevitables en la vida de los niños; o en el pensamiento de los niños, que solamente lo hacen “para divertirse”, aunque sea dicho por la víctima.

Un maestro que presencie manifestaciones de violencia tanto física como psicológica debe, además de intervenir, informar al profesor titular de curso sobre la problemática que presenció y los alumnos implicados. No se debe callar ni dejar que esto pase

desapercibido. De igual manera, si algún maestro sabe o tiene la sospecha de que en sus clases existen ciertas actitudes que llevan al matoneo por parte de algún alumno o muchos otros hacia uno u otros niños, debe actuar de inmediato hablando directamente con el agresor y con la víctima.

Entre la comunidad formadora escolar, se deben organizar jornadas de debate – quizás grupos de estudio - sobre esta problemática. Es una buena forma de aterrizar aún más el problema y que se enteren todos en verdad de qué es lo que está sucediendo. A partir de allí, se puede dar un gran paso para trabajar de manera consciente las posibles estrategias de intervención que puede brindar la institución educativa. A su vez, genera en cada uno de los participantes del debate un mayor grado de afrontamiento, responsabilidad y compromiso ante el fenómeno de violencia en su colegio o aula. El interés, el compromiso y el entusiasmo por trabajar dicha problemática debe mantenerse vivo.

Un gran objetivo del debate es lograr incrementar la buena comunicación entre profesores, alumnos y padres de familia. De acuerdo con la experiencia que ustedes han tenido como docentes se darán cuenta que en muchísimas ocasiones son ustedes quienes juegan un papel para los niños al igual que los padres de familia. Usted se constituye en el personaje ante el cual los niños pueden depositar una gran confianza cuando quizás en sus casas no haya en quien confiar sanamente, y son los maestros quienes deben

brindar la ayuda necesaria a los niños cuando necesitan ser escuchados, así no hablen.

Dentro del aula, se debe crear un mejor clima social y con una más sana convivencia como acuerdo entre el maestro y sus alumnos, estableciendo unas cuantas normas sencillas encaminadas a eliminar las conductas de acoso y amenaza entre alumnos. Es muy importante que se disponga de un conjunto específico de normas definidas de forma clara, sencilla y concreta. Los niños también deben participar activamente en el análisis de tales normas y reglas, para que de esta manera también se sientan más comprometidos y responsables de trabajar ante dicha problemática. El mensaje final y claro que se debe dejar en el aula es que “conductas indeseables, como la agresión a un compañero, no se aceptan”.

Con este involucramiento activo de los niños, también se ayudará a contrarrestar la idea por parte de los niños de que ellos son unos “*chismosos*”, unos “*quejetas*”, “*chilletas*”, “*nenas*”, entre otros distintivos; o que serán luego castigados por el hecho de denunciar alguna situación de violencia ante el maestro. Es labor del docente cambiar estas ideas y mostrarles a sus alumnos la importancia que tiene para la vida social – en general – y emocional – en particular –, el denunciar actos de violencia contra uno mismo o contra otros.

Otro vehículo encaminado a contrarrestar la problemática de violencia en los colegios es cimentar más fuertemente el puente comunicativo entre padres y maestros. En muchas ocasiones

me he dado cuenta que algunos padres poco se interesan por las cuestiones escolares de sus hijos y ni siquiera se acercan a preguntar a los profesores cómo van en el colegio, ni asisten a las reuniones de padres, solamente son padres o madres que los profesores ven muy de vez en cuando o solamente en la primera reunión de padres y en la clausura.

Si no hay comunicación ni contacto con los padres de familia, es muy difícil que se pueda llevar a cabo una gran ayuda para estos niños. Se requiere que el profesorado trabaje más fuerte para involucrar a los padres en el proceso formativo de sus hijos.

Este fortalecimiento en la comunicación entre padres y maestros, también ayudará a trabajar para contrarrestar el fenómeno, dado que también se puede dar el caso en el cual los maestros no saben ni se dan cuenta de nada al respecto, en cambio los padres saben o sospechan que su hijo está siendo víctima de acosos y amenazas constantes en el colegio por parte de otros niños. Los padres se pondrán de inmediato en contacto con la institución o el maestro y expondrán el caso para tomar las medidas correctivas necesarias.

El colegio deberá animar a los padres a que se pongan en contacto con los profesores más frecuentemente. Es necesario que exista una cooperación estrecha entre escuela y familia, y este tipo de situaciones; es aún más importante que los padres se

enteren para que también contribuyan en el objetivo de ayudar a estos niños.

Sé que varios docentes, padres de familia, psiquiatras, psicoanalistas y psicoterapeutas compartirán conmigo la postura de que tales niños – tanto víctima como agresor -, necesitan llevar a cabo un tratamiento psicoterapéutico. En la mayoría de los casos de matoneo (víctima y agresor) se requiere de una ayuda adicional por parte de un psiquiatra o de un psicólogo con la experiencia apropiada. Las estrategias mencionadas anteriormente, pueden ser de gran ayuda, aunque no es suficiente; el problema debe ser atacado desde lo más profundo atendiendo los estados emocionales y dificultades a nivel psicológico de tales niños.

La labor del terapeuta será la de ayudar a generar respeto por sí mismo (Self), por los otros, y en últimas por la comunidad humana. Esto en cuanto al agresor, ya que se requiere que llevemos a este niño a un nivel de empatía por los otros, un aspecto de consideración por otro, pero primero trabajando su propio “Yo” agresor y descifrándole de dónde proviene.

Por otro lado, en cuanto a la víctima, el tratamiento iría encaminado, en primera instancia, a un fortalecimiento de la autoestima, la cual se encuentra en un punto de total deterioro. Es necesario mirar y tratar el sufrimiento que llevan en silencio estos niños, ayudándolos a elaborar sus vivencias dolorosas que los conducen a una desilusión y desesperanza por la vida. Este

tipo de niños buscan a gritos (aunque en silencio) la ayuda y la comprensión y el acompañamiento de alguien y, el espacio apropiado de contención en el cual sentirse seguros para poder ser escuchados. Hay que hacer que su silencio hable, y así evitar que... muera en silencio.

Uno de los grandes aportes que puede ofrecer el proceso psicoterapéutico, es lograr que los niños víctimas, que por lo general son socialmente marginados y no suelen tener mucho éxito en el establecimiento de amistades, se empoderen de su situación, la analicen, la comprendan y puedan tener una estructura de personalidad con bases fuertes para poder empezar a relacionarse sin temores. Si el niño logra hacer consciente el conflicto psicológico que lo lleva a quedar en el papel de víctima, logrará transformar su forma de pensar y obviamente su forma de actuar. Dejará de ser víctima, pero sin convertirse en agresor.

Para terminar: el primer paso que propongo en este libro, es un primer nivel aproximativo y descriptivo del fenómeno de la violencia escolar y sus dos protagonistas (víctima – agresor), con el cual se puede suscitar una gran discusión y unas bases para que ustedes (padres de familia, docentes, psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos), en su labor formadora de niños y jóvenes evalúen el problema, no lo pasen desapercibido ni lo nieguen, y creen estrategias de intervención, creativas sanas y encaminadas a

evitar a toda costa que el fenómeno de la violencia en los centros educativos se presente y se propague.

Se debe trabajar en el tratamiento de la problemática y de cada uno de estos personajes, aunque, el mejor tratamiento es la prevención.

REFERENCIAS



Publicaciones / Documentos

Alvarado, G. La Institución: una categoría a reconstruir. (1995) En: *Nómadas* No. 2. (p. 31-38). Bogotá, Departamento de Investigaciones Universidad Central DIUC.

Amat, P. La anatomía de la agresividad. (1980) En: Ledesma, A. (1980). *I curso monográfico sobre agresividad*. Salamanca. Publicaciones del Departamento de Psiquiatría médica de la Universidad de Salamanca.

Angulo, B. Violencia escolar, un fenómeno mundial. En: *Aula Urbana* No. 40 (Abril-Mayo) (p. 20-21). Bogotá, Magazín Idep, 2003.

Anónimo. Juegos peligrosos. (1997) En: *Revista Semana*. Información de Colombia y el mundo. Edición No. 803 (Sep 22-29) (p.36-40). Colombia.

Anónimo. Menos Desarraigo. (2003) En: *Revista Semana*. Información de Colombia y el mundo. Edición No. 1122 (Nov 3-10) (p. 40). Colombia.

Ardila, A. La relación entre el adolescente pandillero y la escuela. (1999) En: *Vida de maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá. IDEP.

Armenta, T. *Prevención de violencia y maltrato escolar*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana. Centro Universidad Abierta, 1999.

Avellaneda, L. Moncada, A. y Pérez, I. Trabajo de grado *Elaboración de perfiles de criminales desconocidos con base en la escena del crimen*. Bogotá, Universidad El Bosque. Facultad de Psicología, 2001.

Bandura, A. y Walters, R. Patrones de reforzamiento y conducta social: agresión. En: Megargee, E. y Hokanson, J. (1976). *Dinámica de la agresión*. México, Trillas Editorial, 1963.

Blanco, C., Docal, M. y Villamizar, M. (s.f.). *Marginalidad y violencia*. Bogotá, Instituto de Estudios Sociales Juan Pablo II.

Booth, T. *Creciendo en sociedad*. México. Compañía Editorial Continental S.A., 1982

Cajiao, F. Atlántida: Una aproximación al adolescente escolar colombiano. En: *Nómadas* No. 4: Jóvenes, cultura y sociedad (p. 53-65). Bogotá, Fundación Universidad Central (Departamento de Investigación Universidad Central DIUC), 1996.

_____. Maltrato, violencia y estructura familiar. En: Instituto Para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico. (1999) En: Idep. *Vida de Maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá. Idep, 1999.

Camargo, M. Violencia escolar y violencia social. En: *Revista Colombiana de Educación* No. 34. (p. 5-24). Bogotá, Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica Nacional CIUP, 1997.

Campart, M. y Lindström, P. Intimidación y violencia en las escuelas suecas. Una reseña sobre investigación y política preventiva. En: *Revista de educación* No. 313 (May-Ago). La violencia

en los centros educativos. España, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura, 1997.

Castañeda, E. La educación secundaria: Un presente por construir. Jóvenes, educación y violencia. En: *Vida de Maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá, Idep, 1999.

Consejo Directivo Universitario (1992). Acerca de la Universidad. Misión. Acuerdo No. 0066 del Consejo Directivo Universitario. [En línea]. <http://www.javeriana.edu.co> 2003

Daza, G. La violencia como efecto de socialización. (1995) En: *Nómadas* No. 2. (p. 22-31). Bogotá, Departamento de Investigaciones Universidad Central, Diuc.

Debarbieux, E. La violencia en la escuela francesa: Análisis de la situación, políticas públicas e investigaciones. En: *Revista de educación* No. 313 (May-Ago). La violencia en los centros educativos. España, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura, 1997.

Escobar, L. Propuestas para enfrentar la violencia en la escuela. En: *Paideia* No. 2. Año 17 (sep-oct). Bogotá, Instituto para el desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán, 1996.

Freeman, D. La agresión humana en perspectiva antropológica. (1977) En: Carthy, D. y Ebling, E. (1977). *Historia natural de la agresión*. México. Siglo XXI Editores.

Freud, S. *El por qué de la guerra*. CLXVIII. [CD-ROM]. Obras Completas, 1993

Funk, W. Violencia escolar en Alemania. Estado del arte. En: *Revista de educación* No. 313 (May-Ago). La violencia en los centros educativos. España, Centro de publicaciones del Ministerio de educación y cultura, 1997.

Referencias

- Goetz, J. y LeCompte, M. *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid, Morata, 1998.
- Gómez, J. y Ramírez, P. *La representación infantil del mundo social en el aula de clase: Las Nociones Sociales*. Bogotá, Instituto de Estudios e Investigaciones Educativas, 2000.
- González, M. El decálogo de Alejo y el buen trato. En: *Vida de Maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá, Idep, 1999.
- Gunn, J. (1976). *Violencia en la sociedad humana*. Buenos Aires, Editorial Psique, 1976.
- Hall, K. La agresión en las sociedades de monos y de antropoides. En: Carthy, D. y Ebling, E. (1977). *Historia natural de la agresión*. México, Siglo XXI Editores.
- Instituto para La Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, Idep. *Vida de maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá, Idep, 1999.
- Illich, I. *En América Latina ¿para qué sirve la escuela?*. México, Ediciones Búsqueda. 4ª Edición, 1994.
- Jácome, C. Curso Psicoanálisis y educación. Conferencia: *Una mirada a la relación educador – alumno: a propósito de los límites de la educación*. Bogotá, Sociedad Colombiana de Psicoanálisis, 2003.
- Kogan, A. *Resolución de conflictos: Un enfoque psicosociológico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Ledesma, A. El problema de la agresividad en el hombre contemporáneo. En: Ledesma, A. (1980). *I Curso monográfico sobre agresividad*. Salamanca. Publicaciones del Departamento de Psiquiatría médica de la Universidad de Salamanca.

Lorenz, K. Sobre la agresión. En: Megargee, E. y Hokanson, J. (1963) - (1976). *Dinámica de la agresión*. México, Trillas Editorial.

Marland M. El matoneo en los colegios y el maltrato infantil. En: *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*. Vol. 22 No. 2. Bogotá, Editora Guadalupe Ltda, 1997.

McCord, W., McCord, J. y Howard, A. Correlativos familiares de la agresión en niños no delincuentes. En: Megargee, E. y Hokanson, J. (1976). *Dinámica de la agresión*. México, Trillas Editorial, 1961.

Medina, C. Escuela y violencia: una reflexión desde la cotidianidad escolar. En: *Educación y cultura* No. 24. Revista del Centro de Estudios e Investigaciones Docentes de la Federación Colombiana de Educadores. Escuela y Violencia. (p. 32-38). Colombia. Fecode, 1991.

Mejía, S. *Investigación sobre el maltrato infantil en Colombia (Tomo I)*. Colombia. Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, 1997.

Mejía, S. Matoneo en la escuela: En: *Vida de maestro, violencia en la escuela*. Tomo I. Bogotá. Instituto Para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico. Idep, 1999.

Mooij, T. Por la seguridad en la escuela. En: *Revista de educación* No. 313. (May-Ago). La violencia en los centros educativos. España, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura, 1997.

Morales, A. Derecho a la educación en situaciones de conflicto armado. En: *Vida de Maestro. Violencia en la Escuela*. Bogotá, Idep, 1999.

Noticias RCN. Noticiero RCN. Colombia, Canal RCN, 1998.

Ochoa, R. Violencia escolar. Fundamentos sociológicos. [En línea]. <http://roble.pnticmec.es./fromero/fundamen.htm>. 2003.

Olweus, D. *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*. Madrid, Morata, 1998.

Ortega, R. El proyecto Sevilla anti – violencia escolar. Un modelo de intervención preventiva contra los malos tratos entre iguales, 1997. En: *Revista de Educación* No. 313 (May-Ago). La violencia en los centros educativos. España. Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura. –

Ortega, R. y Mora-Merchán, J. Agresividad y violencia. El problema de la victimización entre escolares, 1997. En: *Revista de educación* No. 313 (May-Ago). La violencia en los centros educativos. España, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.

Parodi, M. Las claves las tienen los niños. En: *Vida de maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá, Idep, 1999.

Parra, R., Gonzáles, A., Moritz, O., Blandón, A. y Bustamante, R. *La escuela violenta*. Colombia. Fundación FES, 1994.

Pastor, G. La conducta agresiva desde el punto de vista de la psicología social. En: Ledesma, A. (1980). *I Curso monográfico sobre agresividad*. Salamanca. Publicaciones del Departamento de Psiquiatría médica de la Universidad de Salamanca.

Patton, M. *Qualitative Evaluation Methods*. California, Beverly Hills: Sage, 1980.

Peláez, S. La escuela como agente socializador y la violencia En: *Educación y cultura* No. 24. Revista del Centro de Estudios e Investigaciones Docentes de la Federación Colombiana de Educadores. Escuela y Violencia (p. 22-31). Colombia. Fecode, 1991.

Pérez, D. y Mejía, M. Escuela y juventud en los procesos populares. En: *Vida de maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá, Idep, 1999.

Pinillos, J. La agresividad como fenómeno psico-social de nuestro tiempo. En: Ledesma, A. (1980). *I Curso monográfico sobre agresividad*. Salamanca. Publicaciones del Departamento de Psiquiatría médica de la Universidad de Salamanca.

Referencias

- Prieto, J. Tratamiento de la agresividad. En: Ledesma, A. (1980). *I Curso Monográfico sobre agresividad*. Salamanca. Publicaciones del Departamento de Psiquiatría Médica de la Universidad de Salamanca.
- Rivarola, J. (1993). *Reflexión sobre la violencia*. Arandura Editorial.
- Rodríguez, L. (1997). El matoneo. El niño atropellado. En: *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*. No. 2 Vol. 22. Bogotá, Editora Guadalupe Ltda.
- Romero, M. (1999). Seminario sobre violencia en la escuela. En: *Vida de maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá, Idep.
- Rubin, Z. *Amistades infantiles*. Madrid, Ediciones Morata S.A., 1981.
- Ruíz, J. Violencia armada en escuelas: elementos para la perfilación. En: *Simposio Nacional de Psiquiatría y Psicología Forense*. Bogotá, Universidad de La Salle, 2002.
- Sierra, C. (s.f.). *Manifestaciones de Violencia en la escuela*. Trabajo final presentado para el Seminario Investigación Cualitativa. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Psicología.
- Taylor, S. y Bogdam, R. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. La búsqueda de significados. Barcelona, Paidós, 1996.
- Toch, H. (1966) La psicología social de la violencia. En: Megargee, E. y Hokanson, J. (1976). *Dinámica de la agresión*. México, Trillas Editorial, 1976.

Trianes, M. y Muñoz, A. Prevención de violencia en la escuela: Una línea de intervención. En: *Revista de educación* No. 313 (May-Ago). La violencia en los centros educativos. España, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura, 1997.

Uribe, M. Historia Oral. Una larga y tortuosa trayectoria. En: *Icfes Iner* (1994). Módulos de investigación cualitativa. Medellín, Universidad de Antioquia, 1994.

Valdés, M. La violencia ronda la escuela. Los niños no sólo la padecen, la asumen. En: *Educación y cultura* No. 24. Revista del Centro de estudios e Investigaciones Docentes de la Federación Colombiana de Educadores. Escuela y Violencia (p. 12-17). Colombia. Fecode, 1994.

Villa, M. y Moncada, R. *Ciudad educadora en Colombia*. Bogotá, Corporación Región. 1998.

Woods, P. *La escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa*. Barcelona, Paidós. 1995.

Yorke, C. Al caído ¡caerle! un acercamiento psicoanalítico a los problemas del matoneo. En: *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis* No. 2 Vol. 22. Bogotá. Editora Guadalupe Ltda.

Zuleta, M. El dispositivo de subjetivación escolar: el poder, el saber, el deseo. (1995) En: *Nómadas* No. 2. (p. 10-21). Bogotá, Departamento de Investigaciones Universidad Central DIUC.

Consultas en línea

Anónimo (1999). Violencia escolar. Existencia de violencia. [En línea]. <http://roble.pntic.mec.es/fromero/violencia/existe3.htm>. 2003

Anónimo (s.f.). El fenómeno “Bullying”. Maltrato e intimidación entre escolares. [En línea]. <http://averroes.cec.junta-andalucía.es/san.hermenegildo/bullying.htm>. 2003.

Fernández, R. (s.f.). La violencia en los colegios. Una revisión bibliográfica. [En línea] http://averroes.cec.junta-andalucía.es/san_hermenegildo/violen.htm. 2003

OPS/OMS (1998). Perfil del escolar colombiano. [En línea]. <http://www.col.ops-oms.org/juventudes/ESCUELASALUDABLE/PERFILDELCOLOMBIANOESCOLAR.HTML>. 2003

Organización de Estados Iberoamericanos, OEI. Comportamiento antisocial en los centros escolares: Una visión desde Europa, 1999. En: Revista Iberoamerica de educación No . 18 – Ciencia, Tecnología y Sociedad ante la Educación. [En línea]. <http://www.campus-oei.org/oeivirt/rie18a09.htm>. 2003

Ortega, R. (1998). Enseñar a convivir para evitar la violencia. [En línea] <http://www.intec.edu.do/cdp/docs/convivirevitarviolencia.html>. 2003





A M A N E R A D E
I L U S T R A C I Ó N . . .
N U E S T R A S C A T E G O R Í A S D E A N Á L I S I S

A continuación se distinguen las categorías que iluminaron la indagación de la pregunta por las características comunes a nivel psicológico, sociocultural, familiar, escolar, personal e interpersonal de los niños protagonistas (agresores/víctimas) en conductas que representan el fenómeno de la violencia en la escuela. Se aclara entonces que estas son las características que se pueden encontrar en los perfiles particulares de los niños víctimas y de los niños agresores, descripciones realizadas a partir de la consulta por la literatura del tema en cuestión.

1. **El agresor.** Siendo este personaje uno de los actores del fenómeno de la violencia escolar, son muchos los rasgos que pueden caracterizar a este tipo de niños (as), entre los cuales se nombran los siguientes: son alumnos (as) que suelen participar como perpetradores en actividades como gastar repetidamente bromas desagradables a otros compañeros (as), les llaman por apodos, les insultan, menosprecian, ridiculizan, desafían, les denigran, amenazan, les dan órdenes, les dominan y subyugan, se les burlan, los (as) empujan, pinchan, les golpean y les dan puños y patadas.

Pueden ser físicamente más fuertes que sus otros (as) compañeros (as) y que sus víctimas en particular, pueden ser de la misma edad o mayores que estos (as) últimos (as), son físicamente eficaces en los juegos, deportes y las peleas, sienten una necesidad

imperiosa de dominar y subyugar a otros (as) alumnos (as), se imponen mediante el poder y la amenaza, y consiguen lo que se proponen; son malgeniados (as), se enojan con facilidad, son impulsivos (as) y tienen baja tolerancia a las frustraciones, les cuesta adaptarse a las normas y aceptar las contrariedades, pueden hacer trampa en los exámenes. Con los adultos pueden ser hostiles, desafiantes y agresivos, no son muy ansiosos (as) ni inseguros, casi no tienen simpatía por los (as) alumnos (as) que escogen como víctimas, poseen una opinión positiva de sí mismos y alta autoestima, entre otras más características.

2. **La víctima.** Siendo éste, el otro actor que se presenta dentro del fenómeno de la violencia escolar, se entiende por esta categoría los niños (as) que son objeto de agresiones y hostigamiento por parte de otros compañeros. Dentro de esta misma categoría, se pueden desprender dos subcategorías, teniendo en cuenta la clasificación que propone Olweus (1998), para determinar dos posibles clases de víctimas.

2.1 **Víctimas pasivas o sumisas.** Son alumnos (as) ansiosos e inseguros (as), suelen ser cautos (as), sensibles y tranquilos (as), cuando se sienten atacados normalmente reaccionan llorando y alejándose, presentan baja autoestima y una opinión negativa de sí mismos y de su situación; con frecuencia

se consideran fracasados (as) y estúpidos (as), avergonzados (as) y sin atractivo físico. En la escuela se les observa como niños (as) aislados (as), solos y abandonados (as), normalmente no tienen ni un (a) solo (a) buen (a) amigo (a), no muestran conductas agresivas ni burlonas hacia otros (as) compañeros (as), suelen tener una actitud negativa ante la violencia y el uso de medios violentos; si se trata de niños, posiblemente sean más débiles físicamente que sus agresores. No responderán ni a los insultos ni a los ataques que les hagan. En cuanto a la relación con sus padres, son niños (as) considerados como más apegados a sus padres, en especial a sus madres. Para algunos maestros, esta relación más estrecha constituye una sobreprotección por parte de las madres.

2.2 Víctimas provocadoras. Son alumnos (as) que se caracterizan principalmente por una combinación de modelos de ansiedad y de reacciones agresivas. Con frecuencia suelen tener problemas de concentración, y se comportan de forma que causan irritación y tensión a su alrededor; algunos de ellos pueden caracterizarse como hiperactivos. No es raro que con sus conductas provoquen a muchos alumnos de su clase, posiblemente pueden desencadenar el disgusto activo de los adultos, incluyendo a los (as) maestros (as). También pueden ser más débiles físicamente que sus agresores (as), y paralelamente, tener una opinión negativa de sí mismos (as) y ser un poco depresivos (as). Así mismo, pueden ser

malgeniados (as), e intentar pelear o responder cuando les atacan o los insultan, aunque sus resultados no sean eficaces. Pueden ser inquietos (as), ofensivos (as) y causar tensión en general con costumbres irritantes. También pueden intentar agredir a otros escolares.

3. Violencia física. Entendiendo por esto, lo que Mejía (1997) describe como cualquier forma de agresión infligida por parte de una persona hacia otra, producida por el uso de la fuerza física no accidental. En esta categoría se exploraron los comportamientos de los niños en torno a su agresión hacia los demás tales como, los puños, los empujones, las cachetadas, halar del cabello, entre otros.

En este punto, se hace referencia a los comportamientos que implican cualquier forma de agresión infligida hacia otra persona, haciendo uso de la fuerza física no accidental. Para clasificar los datos en esta categoría fueron tomados en cuenta dichos comportamientos, independientemente de si son cometidos en cualquier lugar de la institución o fuera de ella.

En este aspecto es necesario hacer mención, que ciertos datos que se presentan en esta categoría, han sido recolectados en una observación previa al inicio del presente estudio, la cual fue realizada en tan solo una jornada de estudio con esta misma población (Sierra, s. f.). Por tal razón se dejará en claro cuáles

fueron los datos recopilados tanto en el presente estudio, así como en la observación que fue llevada a cabo previamente, a pesar de que muchos de los datos anteriores se presentan de nuevo en esta investigación.

Lo que se presenta en esta categoría son comportamientos tales como “amagar” con pegar con una pelota, chuzar al otro con algo punzante, “amagar” al (la) otro (a) con pegarle un cabezazo. Estos datos fueron recopilados en la observación previa al presente estudio (Sierra, s. f.). A continuación se presentarán los datos que hacen parte exclusivamente de este análisis, mediante la información recolectada en los diarios de campo y en las entrevistas realizadas. También se pueden encontrar comportamientos tales como pegar puños, halar del cabello, morder, pellizcar, empujar, votar al (la) otro (a) al suelo, pegar patadas, pelear, pegar con un lápiz o pegarle rodillazos en la cola a otro compañero. Este tipo de agresiones pueden ser llevadas a cabo de manera individual o agredir a solo una persona en forma grupal, pero esto se menciona en lo referente a la categoría de *Conductas de acoso y amenaza entre escolares (Victimización)*.

Para una descripción más detallada de la presente categoría, a continuación se presentan los siguientes datos: en primer lugar, así como se menciona más arriba, la violencia física hace referencia a los comportamientos que implican cualquier forma de agresión infligida hacia otra persona, haciendo uso de la fuerza física no

accidental. Las agresiones que implican violencia física, pueden ser observadas tanto en la dirección de un niño hacia otro niño, de un niño hacia una niña, de una niña hacia otra niña y de una niña hacia un niño, siendo las dos primeras las que se presentan con mayor frecuencia. Sin embargo, se encontró una situación en la cual un niño agredió a una niña, - entre otras más - por tal razón, las niñas se agruparon entre ellas para defenderla del ataque del niño, dejando a éste último en la posición de víctima, ya que, en un acto de cooperativismo (Ver resultados de la categoría de *Conductas de acoso y amenaza entre escolares- Victimización*), golpearon al niño agresor.

De esta forma se observa que ellas también pueden golpear a los niños y “buscarles pelea”, en la medida en que se encuentren en superioridad numérica ante sus agresores, para igualar fuerzas y no sentirse en desventaja.

Se observa la forma por la cual los (as) niños (as) agresores, maltratan o agraden a sus compañeros haciendo uso de la fuerza física. Los (as) alumnos (as) agresores pueden maltratar haciendo uso de la violencia física o psicológica a cualquier niño (a), y no tienen una víctima específica (en esta investigación en particular), puede ser una víctima esporádica, o en la mayoría de las veces maltratar a los alumnos que se clasifican dentro de la categoría de víctimas (Ver resultados de la categoría *Agresores*). Es decir, los (as) alumnos (as) seleccionados para hacer parte de la categoría de

agresores actúan para maltratar a sus compañeros de la siguiente forma: pueden haber maltratos entre compañeros golpeándose con sus respectivos sacos de su uniforme, aunque en varias ocasiones algunas agresiones no son vistas por los niños como actos violentos y agresivos contra otros, sino como simples juegos (Ver resultados de la categoría *Representación social de la violencia en la escuela*).

Estos juegos con los sacos, se basan en que ellos se los quitan, enrollan un extremo del saco en sus manos y con el otro extremo intentan golpear al otro compañero.

Existen otros cuatro juegos entre los niños que implican violencia física y maltrato hacia otros (as) niños (as): el primer juego tiene que ver con el juego del “Caballito”, el cual consiste en que los (as) niños (as) que quieren participar en dicho juego, se deben ubicar y repartir por parejas, una vez conformadas las parejas (“*los equipos*”, según los niños) uno hace el papel de “caballito” y el otro de jinete. El que hace de caballito debe cargar (“a tuta”) en su espalda al niño (a) que haga de jinete, para que de esta manera, una vez conformados los equipos (pueden ser cuatro o cinco parejas) empiecen a dirigirse hacia ellos mismos (“*todos contra todos*”), y lograr votar a sus rivales al suelo teniendo como armas para ello, los empujones, los puños, las zancadillas, las patadas, y los jalones de pelo. De esta manera gana la pareja que logre mantenerse de

pie con su caballo y su jinete y las demás parejas se hayan caído al suelo.

El segundo juego tiene que ver con el juego de las peleas (juego muy practicado por los niños agresores), el cual consiste en que se pueden ubicar por parejas, por equipos de más de tres integrantes, o de forma individual, con el objetivo claro de golpear al otro o a los otros, con puños, patadas o jalones de pelo hasta que uno de los contrincantes se dé por vencido. Es un juego similar al boxeo, al *King-boxing* o al *Karate Do*. Cuando los niños mencionan que van a jugar al juego de la pelea, se pueden referir a éste como: “*jugemos a Karate*”, “*jugemos a pelea*”, “*jugemos a guerra*” o, “*jugemos al Rambo*”.

El tercer juego que practican los niños según lo observado y que implica conductas con agresiones físicas, es el que tiene que ver con el juego del *Blade-blade*, el cual consiste en que se reúnen un gran grupo de niños y niñas haciendo un círculo y tomados de las manos entre ellos. Una vez hecho el círculo de niños (as), empiezan todos (as) los (as) niños (as) a girar hacia un lado rápidamente, para lograr que alguno de ellos (as) se caiga. Cuando uno de los (as) participantes del juego se cae al suelo, pasa a ubicarse en el centro del círculo. El niño o niña que se ubique en el centro del círculo queda en el papel de víctima para las agresiones por parte de los (as) otros (as), ya que, éstos (as) deben golpear al que quede en el centro con patadas o empujándolo.

El niño o niña que quede en el centro también tiene la posibilidad de defenderse de tales ataques también de manera violenta y agresiva, lanzando empujones, puños y patadas para todos lados, para golpear al azar a cualquiera de sus compañeros (as), intentando también lograr que otro niño u otra niña se caiga al suelo con el fin de que lo reemplace en este papel de víctima y pase otra persona a ubicarse en el centro del círculo.

El cuarto y último juego que es observado como practicado por los (as) niños (as) con bastante frecuencia, es el juego de los “cogidos”, el cual consiste en que se dividen los participantes de este juego en dos equipos, cada equipo tiene un sitio específico (la base) en el cual van a ubicar a los (as) niños (as) que sean atrapados (as) del equipo contrario. De esta forma, se empiezan a perseguir por todo el patio de recreo para atrapar a sus contrincantes y gana quien logre atrapar a todos (as) y llevarlos (as) a la base. Sin embargo, se hace mención a este juego, ya que implica violencia física en la medida en que los (as) niños (as) se basan de ciertas estrategias para poder trasladar a la base a los (as) niños (as) que han sido tomados (as) como prisioneros (as), tales estrategias implican conductas tales como empujones, jalones de pelo o arrastrar a los (as) prisioneros (as) por el suelo hasta la base.

En tales juegos mencionados anteriormente, los cuales implican violencia física siempre participan los alumnos agresivos, mostrando claramente el gusto de ellos por tales juegos. Sin

embargo, los (as) demás niños (as), así no sean muy agresivos, les llama la atención de alguna manera tales juegos aunque no los practican con demasiada frecuencia. Los únicos juegos que sí practican con cierta frecuencia todos (as) los (as) niños (as), son los del “Caballito” y el de “los Cogidos”.

Con relación ya a las conductas de tipo agresivo y violento que maltratan a otro compañero de forma no accidental, y que sí son vistas de forma violenta y maltratante se encuentran las siguientes: correr para pegarle una palmada en la cabeza, en la espalda o en la cola a otro (a) compañero (a), ya sea que la víctima se encuentre desprevenida y no tenga oportunidad de defenderse o, también si por el contrario, se encuentra alerta y preparada para recibir la agresión, de igual forma lo agreden. Pegar puños debido a que, quien golpea fue primero víctima de una agresión como por ejemplo, ser golpeado por su compañero con un saco, por tal razón, se puede reaccionar de forma agresiva también.

Otros comportamientos serían, agarrar por el cuello a alguna víctima para dejarlo sometido y luego golpearlo con puños en la cara. Por lo general golpean con bastante fuerza. También golpearle la cabeza a otro niño contra la pared, echarle tierra en los ojos, en la cabeza o en la boca a otro compañero, como sucedió en una ocasión con *VA*, que le echó de esta forma arena a *DJ* y a *CF*. Tirarle objetos corto-punzantes a los (as) demás compañeros (as) para golpearlos (as) con ellos. Objetos tales como lápices o

tijeras, que representan un gran peligro para la integridad física de la víctima y puede salir mal herido. VA, en otra ocasión mordió a otro niño sin motivo alguno, simplemente lo hizo “*porque sí*”.

Por otro lado, cuando los niños juegan fútbol, en este juego se evidencia claramente, que mientras no haya alguien que haga de figura de autoridad (un árbitro, por ejemplo) y limite las reglas del juego, entre ellos quedan de lado las reglas correspondientes a los actos que implican una agresión y conllevan una “falta” en contra, ya que en tales juegos se pueden pegar patadas, pegar puños y se pueden empujar mutuamente y no hay ningún tipo de “cobro” por ser considerada tal agresión como una falta.

En otro partido de fútbol entre los niños se observó que hubo muchas conductas que implicaban maltrato físico, por parte de uno de los niños clasificados como agresores, ya que este niño en dicho juego se dedicó únicamente a golpear a los integrantes del equipo rival, los empujaba, les hacía zancadilla, les pegaba codazos, puños y patadas, incluso en cierto momento del partido, con la ayuda de otro de los niños clasificado en la categoría de “Agresores”, le pegó un puño en la nariz a otro niño y le hizo provocar una hemorragia nasal. Al ver esto no les importó demasiado y siguieron golpeándolo. El niño agresor se dedicó solamente a golpear a sus rivales, y de esta forma se olvidó por completo de las reglas del juego aprovechando la situación de que

no hubiera nadie quien canalizara el buen comportamiento de los jugadores durante el partido.

Aunque las guías que en principio se tenían para enfocar la observación de campo, planteaban centrarse en las conductas que implicaban manifestaciones de violencia física y psicológica o emocional por parte de los (as) niños (as) agresores (as), se observa también que no solamente son tales niños (as) los únicos que practican la violencia y agresiones en las escuelas, ya que también se encontró que niños y niñas que por lo general no son agresivos ni maltratan con frecuencia a otros (as) compañeros (as), también participan en conductas que implican algún tipo de violencia física, tal es el caso de un grupo de niños que por lo general no son bastante agresivos ni son provocadores de peleas entre compañeros, que tienen el gusto por practicar juegos de pelea o pueden tener disgustos entre ellos y agredirse con puños o patadas.

Se observa cómo, de esta forma, las conductas que implican violencia física no son exclusivas de los (as) niños (as) más agresivos del salón, ya que los (as) demás muchachos (as) también pueden presentar este tipo de conductas y pueden agredir en algún momento a otros (as). Sin embargo, sí es necesario aclarar que el grado y la frecuencia en que lo hacen es mucho menor que el de los niños clasificados en la categoría de “Agresores”.

De igual modo, también los niños clasificados en la categoría de “Víctimas”, también pueden ejercer conductas que implican violencia física, pero practicadas entre su propio grupo, es decir, con las niñas o muy rara vez hacia otros niños. Los (as) niños (as) clasificados en la categoría de “Agresores”, también pueden ser víctimas de violencia física, no obstante, esto se presenta en muy raras ocasiones.

4. Violencia psicológica o emocional. Según Mejía (1997) este tipo de violencia se manifiesta de diferentes maneras, entre ellas, mediante la ausencia de afecto, el desconocimiento por el otro, la humillación ante los demás, la burla, el desprecio, los insultos, el regaño, y el uso de la autoridad o de algún rango de superioridad dado por cualquier aspecto, ya fuera físico o intelectual, para amedrentar o someter. Para esta categoría se tuvo en cuenta la presencia de dichos comportamientos en cualquier situación.

En este punto, se hace referencia a las conductas que implican maltrato emocional o que generan humillación en el (la) agredido (a). Al igual que con el anterior punto, los datos correspondientes a esta categoría fueron registrados sin importar la persona quien fuera el agresor ni el agredido, ni el momento ni el lugar donde se presentaran.

En esta categoría, se registran y describen comportamientos tales como:

- poner apodos, amedrentar - por ejemplo: “¿sabe qué?, lo llevo entre ceja y ceja”. Este comportamiento se refiere a generarle al otro cierto miedo y cierto respeto, queriendo el agresor decir con esto “¿sabe qué?, conmigo no se meta porque le puede ir mal”;
- amenazar - por ejemplo: “si no me das lo de tus onces hoy, te mando a pegar a la salida”;
- dejar en ridículo al otro, burlas - como ejemplo, cuando un niño se cae de su puesto y todos ríen de él, se podría dar el caso de que se burlen del niño que la mayoría de las veces es víctima constante de burlas por parte de casi todos (as) los (as) demás compañeros (as);
- ignorar - esto se puede presentar por el hecho de que en varios casos, por ejemplo, hay niños (as) que le están hablando a varios de sus compañeros (as), y a ellos (as)

no les importa lo que va a decir y lo mandan sentarse o callarse;

- desatender - esto se podría dar en varios casos en los cuales algún (a) niño (a) se encuentre hablando para todos, y hayan unos (as) niños (as) que continúen haciendo otra cosa, ya sea hablando, molestando o durmiendo, y menos colocándole atención a lo que el (la) otro (a) niño (a) estaba diciendo);
- regañar, remedar, demostrar fortaleza física, imponer y mandar.

Se observa entonces que el comportamiento que se presenta con más frecuencia y que implica violencia de tipo psicológico o emocional son los apodos, ya que la mayoría de los (as) niños (as) se maltratan de esta forma entre sí. El colocar apodos a los (as) demás niños (as), es una forma de defenderse ante cierta molestia que genere algún (a) niño (a) hacia otro (a), o también es un mecanismo por el cual se puede llevar implícita otra conducta que maltrata con violencia psicológica, a saber: las burlas.

Al ponerle un apodo a algún (a) compañero (a), se genera un momento en el cual se pueden burlar de alguien simplemente para molestar, fomentando la popularidad del (a) niño (a) que sea víctima de este maltrato gracias a su apodo, ya que así mismo, los (as) demás niños (as), van a conocer tal apodo, les parece gracioso y así seguirán llamando a la víctima de este hostigamiento, ya sea en situaciones de discusión o de manera espontánea para generar las risas de los (as) demás compañeros (as).

Los apodos que se pueden presentar por lo general hacen referencia a distorsiones cómicas de los nombres, por ejemplo, el apellido de uno de los niños era Amorochoco y le pueden decir "*Amorochetas*". Igualmente, cambio de género (masculino-femenino) con relación al nombre, por ejemplo: a Cristian le pueden llamar "*Cristina*". En esa continuidad de distorsiones, también puede citarse la burla por nombre con relación específica de su sexo, ejemplo: "*Se siente.....como Juan Carla, la niña bonita*", o "*las niñas como Camila (Camilo) no cumplen las promesas*". Adicionalmente, hacen referencia a atributos físicos de la víctima, por ejemplo, al niño que es gordo y le pueden llamar "*marrano*", o "*mogolla*"; al alumno que es más alto que los (as) demás niños (as) se le pueden burlar diciéndole "*Jirafales*"; de igual forma por sus peinados: "*vean la gallina, ja, ja, ja, ja,.....y su cresta*". Otros apodos pueden ser: "*gay*", "*bobo*", "*Juan Alcantarillado*", "*Juan Davina*", "*cara de lechón*", "*gafijfo*", "*cara de botella*".

Varios de los anteriores apodos, son dirigidos a los niños clasificados como las “víctimas”. Con los apodos, lo que se busca es ridiculizar y poner en vergüenza a la víctima ante los demás, o defenderse de una posible agresión previa.

Un segundo comportamiento que se presenta entre los (as) niños (as) agresores (as) con relación a la violencia psicológica o emocional, son las groserías. Estas son dirigidas hacia otros (as) niños (as), en la medida en que se esté presentando una disputa entre alumnos (as) y una de las armas de defensa ante los ataques del contrincante es ofenderlo diciéndole palabras de grueso calibre. También se pueden presentar las agresiones verbales hacia otros (as), cuando quieren hacer sentir mal a otro (a) compañero (a) (ridiculizarlo). Las groserías entre los (as) alumnos (as) se pueden presentar de manera directa o indirecta, es decir, se pueden expresar directamente de cara a la víctima o pueden ser enviadas por papelitos, como forma de amedrantamiento o molestia ante alguna situación en la que se encuentren los contrincantes.

Ahora bien, respecto a las reacciones que se pueden generar por encontrarse en el papel de víctima receptiva de groserías, es posible observar una probable reacción violenta y agrediendo de igual forma al agresor o con comportamientos que impliquen violencia física, derivando con esto una pelea, así mismo también pueden plantear la queja ante algún adulto o alguien que

se encuentre representando en un determinado momento una figura autoritaria.

Por esta misma línea, se puede hacer mención a las ofensas a los (as) otros (as) niños (as). Al parecer, el objetivo principal de las ofensas es hacer sentir mal a la víctima de tales agresiones verbales, ya sea niño o niña y no importa la dirección que lleve, es decir, puede ser de un niño hacia una niña, de un niño hacia otro niño, de una niña hacia un niño o de una niña hacia otra niña. Las ofensas pueden abarcar comentarios respecto a burlas, groserías o lastimar a las respectivas familias de la víctima a quien están dirigidas. El miembro de la familia que más es objeto de ofensas e insultos son las madres, siendo éste un fuerte motivo por el cual se puede desencadenar una riña que implique agresión física, ya que para la víctima que sea agredida de esta manera, indudablemente es una manifestación considerable de ofensa.

Otro tipo de agravios se presenta cuando intentan maltratar a la víctima de manera tal que lo menosprecien, por ejemplo: “JC le dice a otro compañero: “.....Yo ya le dije a él que esto se hace así y así, pero es que él no entiende, es que él es bruto....”. De igual forma, se puede tratar mal a otro (a) compañero (a), diciéndole de manera indirecta que es un animal, tal es el caso cuando CA, dice mientras abraza a un compañero que en ese momento fue defendido por él, de una agresión por parte de otro niño: “Yo soy el defensor de los animales, por eso tengo que cuidar a este animal”.

Otro tipo de ofensa se presenta cuando cierto grupo de niños (as) le gritan a otros (as) niños (as) “*sapos (as), sapos (as)... salten aquí?*”, cuando comentan algo que no es deseado que se comente por el agresor. También se pueden encontrar conductas por parte de uno de los niños clasificados en la categoría de “agresores”, maltratando a las niñas con conductas que pueden ser vistas como agresiones de tipo sexual, ya que este niño toma en varias ocasiones a las niñas, mientras se encuentran dándole la espalda y permaneciendo un tanto inclinadas hacia delante, las agarra por la cintura y empieza a frotar su pene con las nalgas de tales niñas, realizando movimientos similares a los practicados en relaciones sexuales de tipo anal.

En cuanto a las ofensas, éstas también actúan como medio para ridiculizar al otro, por ejemplo, cuando un grupo de dos niños de los “agresores”, se sienta encima de uno de los niños “víctimas” y le ponen sus respectivos traseros en la cara del niño víctima; mientras tanto se encuentran otros (as) niños (as) observando el hecho, y de esta manera se logran burlar de él, (siendo satisfactorio para los agresores el hecho de que los demás se burlen del niño que está siendo agredido de ésta manera).

Respecto a las reacciones que se pueden observar de los (as) niños (as) que son víctimas receptoras de tales comportamientos ofensivos, se pueden presentar las mismas que se refieren a las groserías, ya que también se puede reaccionar de igual manera

generándose una discusión, aunque si se ofende a “la mamá”, es muy probable que se inicie una disputa que lleva a emplear violencia física y se peleen. Así mismo, se puede acudir a la queja ante la profesora o un adulto que represente en ese momento una figura autoritaria como la secretaria o las enfermeras que llevan a cabo sus prácticas en dicha institución.

Además, se puede comentar también que los alumnos que fueron seleccionados para hacer parte de la categoría de víctimas, presentan una diferencia particular con los (as) alumnos (as) que hacen parte de la categoría de agresores. Tal diferencia radica en que, aunque los alumnos seleccionados para la categoría de víctimas, también pueden presentar este tipo de comportamientos, tales como ofender, poner apodos o agredir verbalmente a otro (a) niño (a), lo hacen de una manera no tan fuerte, ni agresiva ni con la misma intensidad como sí la pueden ejercer los (as) alumnos (as) que hacen parte de la categoría de agresores.

Para ejemplificar lo dicho, se menciona la siguiente situación: “En cierta ocasión, *VA*, la niña que hace parte de la categoría de “agresores”, se encuentra en un enfrentamiento de tipo verbal únicamente con *DJ*, uno de los niños clasificados dentro de la categoría de “víctimas” ofendiéndose mutuamente, pero la manera de ofender de *VA* es por medio de groserías y ofensas fuertes contra la mamá de *DJ*, sin embargo, *DJ*, aunque se defiende de igual forma, en sus palabras se escuchan solamente

expresiones soeces y no del calibre de las groserías como sí las utiliza la niña, mostrando una gran desventaja en dicha discusión, y por tanto se genera una situación en la cual la víctima se siente mal, se observa en su rostro impotencia, parece que acepta la desventaja que tiene ante su adversaria (o) y asume que ha perdido y queda como víctima de violencia de tipo psicológico o emocional.

Otro tipo de comportamientos que se encontraron para hacer referencia a la presente categoría, son las burlas. Estas hacen referencia a comportamientos con los cuales cierto grupo de alumnos (as), toman alguna situación, la cual pueden hacerla objeto de expresión ante los demás, ya sea de forma verbal o de forma simbólica. Verbal en el sentido de comentar algo “chistoso” que haya sucedido con alguno de los (as) compañeros (as) y expresarlo en voz alta, para que muchos (as) lo escuchen y también puedan burlarse de lo sucedido; y simbólico en el sentido de que sin necesidad de comentar algo en voz alta, las víctimas de tales burlas pueden ser objetos de actos (considerados como cómicos para los demás) mediante los cuales, buscan llamar la atención, sabiendo de antemano que dicho acto dará pie para iniciar un proceso de risa colectiva y burla de un objetivo común (la víctima).

Para mencionar un ejemplo: estando un grupo de niños en el parque, divirtiéndose en los juegos que se encuentran por lo general en varios parques infantiles de los barrios (columpios, rodaderos, llantas, barras y otros más), algunas de estas niñas

decidieron jugarle una broma a otras integrantes de este grupo, tomándolos en los momentos en que se encontraban desprevenidos, bajándoles el pantalón de la sudadera, para que los demás pudieran observar la ropa interior que llevaban puesta.

Otro ejemplo hace referencia al momento en el cual uno de los niños clasificados como “agresores”, humilla a otro niño con el siguiente suceso: el agresor coloca la cabeza del niño víctima entre sus piernas y empieza a saltar, hay unas niñas observadoras de este hecho y dicen en tono burlesco “*Se lo está mamando, se lo está mamando*”. Luego este le jala la ropa interior desde atrás exponiéndola y causando dolor. Obviamente esto generaba la risa y la burla por parte de los observadores, y el sentimiento de vergüenza y pena por parte de la víctima.

Bien sea por medio verbal, bien sea por medio simbólico, el (la) niño (a) que sea víctima de tales situaciones se sentirá avergonzado (a) y apenado (a) ante los demás, siendo una situación poco agradable para éste.

Otro tipo de burlas que se presenta, es cuando un niño se encuentra orgulloso de alguna actividad que haya realizado con mucho esfuerzo, y se dirige a presentarlo ante la profesora, mostrando satisfacción por lo que logró realizar. Sin embargo, uno de los niños “agresores”, lo menosprecia diciéndole cosas tales como: “*qué bobada, eso tan feo*”, o “*él no los hace, se los hace el hermano (refiriéndose a unos dibujos)*”, o “*simplemente se ríe de lo que está*

mostrando”. De esta manera los (as) niños (as) que son víctimas de este tipo de burlas se sienten tristes y ya no muestran el mismo interés de antes por lo que pretendían mostrar ante los demás.

Respecto a los grupos en donde se pueden presentar conductas del tipo de violencia psicológica o emocional, figuran aquellos entre niños y también entre niñas. A su vez se puede presentar en la dirección de un niño hacia una niña, de un niño hacia otro niño, de una niña hacia un niño o de una niña hacia otra niña, siendo las más predominantes las dirigidas por parte de un niño hacia otro niño o de un niño hacia una niña. Por lo general quienes más agraden de esta forma son los niños clasificados dentro de la categoría de “agresores”, y los que más son receptivos de este tipo de violencia son los niños clasificados dentro de la categoría de “víctimas”.

5. Conductas de acoso y amenaza entre escolares

Victimización. Existen ciertos niños que son objeto de agresiones y hostigamientos que suceden con bastante frecuencia, por parte de otros compañeros. Siguiendo los planteamientos de Olweus (1993), citado por Ortega y Mora-Merchán (1997), se entiende entonces la victimización como una conducta que conlleva persecución física y/o psicológica que realiza un alumno contra otro, el cual elige como víctima en repetidos ataques. Esta acción intencionada, coloca a la víctima en una situación de la que difícilmente puede salir por sus propios medios. El fenómeno de la victimización

implica los tipos de violencia tanto física, así como también la psicológica o emocional.

6. **Variables en la escuela.** En esta categoría, lo que se analizó mediante la observación de campo y las entrevistas, fue la relación que tienen cada uno de los participantes de la violencia escolar (víctimas, agresores), en la escuela, tanto con sus compañeros y con sus maestros, la forma de actuar y comportarse dentro de la escuela, entre otros aspectos que emergieron de las observaciones. Así mismo, fue importante analizar el rendimiento académico de estos niños seleccionados como víctimas y agresores, ya que desde la teoría de Olweus (1998), por lo general los alumnos que son víctimas frecuentes, presentan un deterioro en el rendimiento académico muy notorio. De igual forma, las perspectivas que tienen los otros compañeros y los profesores de tales alumnos, exploradas por medio de las entrevistas semiestructuradas realizadas. También se incluyó la descripción de los sitios más frecuentes donde se practican las conductas de intimidación entre escolares.

7. **Variables familiares.** Para el análisis de esta categoría se indagó, sobre las relaciones y dinámicas que se juegan en las familias de cada uno de los sujetos participantes de la investigación, buscando un contacto directo con la propia familia, o en su defecto, con la información que puedan brindar otros personajes como profesores, compañeros o allegados a esta. De tal modo se

logró conocer cómo es el ambiente familiar de los niños víctimas y de los niños (as) agresores (as), las relaciones con sus padres, con sus hermanos, si existen o no comportamientos violentos en la vida cotidiana de tales niños (as), y cómo se llevan a cabo las relaciones entre los distintos miembros de la familia.

8. Representación social de la violencia en la escuela. La representación social hace referencia a un proceso psicosociológico, el cual refleja las formas específicas como se construye la realidad social, a la vez que las relaciones interpersonales. En consecuencia, esta categoría describe a la forma como los niños hacen una representación social de lo que para ellos es la violencia en la escuela.

